

A LA SOMBRA DE EL MAESTRO



Jorge Emilio Sierra Montoya



El Autor

Jorge Emilio Sierra Montoya (Pereira, 1955) estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Caldas, y Ciencia Política en la Universidad Javeriana, donde también obtuvo el título de Magíster en Economía. Es Doctor Honoris Causa de la Universidad Simón Bolívar.

Durante catorce años fue director del periódico *La República* tras haber sido jefe de redacción, editor general y subdirector. También fue subdirector de *La Patria* de Manizales, colaborador de la revista *Cromos* y asesor del entonces presidente de la Cámara de Representantes, César Gaviria Trujillo.

Recibió el Premio Nacional de Periodismo Económico, otorgado por Anif, en tres oportunidades; fue nominado al Premio Simón Bolívar en las modalidades de crónica-reportaje y entrevista; declarado Fuera de Concurso en el Premio Crónicas de Colprensa; exaltado por el Icontec como Periodista de Calidad, y ganador del Premio Ciudad de Manizales, entre otros galardones periodísticos.

Ha publicado más de veinte libros sobre temas económicos, políticos, empresaria-

 UNIVERSIDAD
SIMÓN BOLÍVAR

A LA SOMBRA DE
EL MAESTRO

EDICIONES
 UNIVERSIDAD
SIMÓN BOLÍVAR

Sierra Montoya, Jorge Emilio

A la sombra de El Maestro / Jorge Emilio Sierra Montoya. -- Barranquilla: Universidad Simón Bolívar, 2014.
169 p.: 14 x 22 cm.

ISBN: 978-958-8715-51-3

1. Consuegra Higgins, José, 1924-2013 - Biografías. 2. Consuegra Higgins, José, 1924-2013 - Relatos personales. 3. Autores colombianos. 4. Literatura colombiana. 5. Economistas colombianos. I. Tit. 923 C758s 2014 cd 21 ed.

Universidad Simón Bolívar-Sistema de Bibliotecas

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida en ninguna forma por medios electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin la previa autorización por escrito de Ediciones Universidad Simón Bolívar y de los autores. Los conceptos expresados de este documento son responsabilidad exclusiva de los autores y no necesariamente corresponden con los de la Universidad Simón Bolívar y da cumplimiento al Depósito Legal según lo establecido en la Ley 44 de 1993, los Decretos 460 del 16 de marzo de 1995, el 2150 de 1995, el 358 de 2000 y la Ley 1379 de 2010.

Ediciones

Universidad Simón Bolívar ©

Carrera 54 No. 59-102

www.unisimon.edu.co/es/publicaciones

dptpublicaciones@unisimonbolivar.edu.co

Barranquilla - Cúcuta

Impresión:

Artes Gráficas Industriales

Calle 58 No. 70-30

info@editorialmejoras.co

editorial_mejoras@yahoo.com

www.editorialmejoras.co

Diseño y diagramación:

Jesús Alberto Galindo Prada

Almadigital2010@gmail.com

Fotos:

Archivo Universidad Simón Bolívar

A este libro se le aplicó

Patente de Invención No. 29069

ISBN: 978-958-8715-51-3

Primera edición, marzo de 2014

Printed and made in Colombia

 UNIVERSIDAD
SIMÓN BOLÍVAR

A LA **SOMBRA** DE
EL MAESTRO

Jorge Emilio Sierra Montoya

Índice

Prólogo	9
Dedicatoria	15
1. Un sueño hecho realidad	17
1.1. La rebelión estudiantil	19
1.2. Vida en las aulas	22
1.3. Por una teoría propia	25
1.4. Revista <i>Desarrollo Indoamericano</i>	28
1.5. De Cartagena a Barranquilla	33
1.6. Rector en la Universidad del Atlántico	35
1.7. <i>Cómo se reprime la Universidad en Colombia</i>	39
1.8. Los primeros pasos	42
1.9. La iniciación de clases	46
1.10. Corporación Educativa Mayor del Desarrollo Simón Bolívar	50
1.11. Ampliación y nuevas sedes	53
1.12. La Perla: Casa de la Cultura	56
1.13. La sede académica	60
1.14. Teatro José Consuegra Higgins	63

2. Lecciones sobre la Universidad 67

2.1.	El ideario de <i>El Maestro</i>	69
2.2.	La universidad popular	71
2.3.	El espíritu bolivariano	74
2.4.	La educación, clave del desarrollo	78
2.5.	La cultura en ‘la U’	81
2.6.	Contra la universidad repetidora	85
2.7.	De la docencia a la investigación	88
2.8.	Responsabilidad Social Universitaria (RSU)	92
2.9.	Humanismo en las aulas	96
2.10.	Globalización y Neoliberalismo	101
2.11.	Por el desarrollo regional	105
2.12.	A manera de repaso	109

3. Presente y futuro de la Universidad 115

3.1.	Rumbo a la meta	117
3.2.	La formación humanista	119
3.3.	Cultura de la calidad	123
3.4.	Vistazo a la administración	126
3.5.	Y de la investigación, ¿qué?	130
3.6.	Proyección social	134
3.7.	El sistema de bibliotecas	137

3.8.	La educación avanzada	141
3.9.	En el camino de la acreditación institucional	145
3.10.	En la hora de la internacionalización	148
3.11.	La cátedra de <i>El Maestro</i>	153
3.12.	<i>Del recuerdo a la semblanza</i>	156
4.	Epílogo	161

Prólogo

José Consuegra Bolívar

Rector Universidad Simón Bolívar

Con la doble satisfacción que puede sentirse al leer un libro que recrea la historia de vida de su padre, y simultáneamente la de la institución en la que labora, repasé feliz y orgulloso las páginas de este bello parto intelectual del distinguido amigo Jorge Emilio Sierra Montoya. Durante los momentos de lectura de la obra, viví plenamente su fascinante esencia de escritor y sus virtudes de periodista e historiador, donde logra entrelazar el discurrir histórico con el tiempo presente, en un lenguaje sencillo, accesible y ameno que convierte al lector en un viajero que viene y va por el tiempo y le permite conocer con cercanía cada uno de los momentos trascendentales de la vida académica de *El Maestro* José Consuegra Higgins y de los 40 años de historia de la Universidad Simón Bolívar.

Se siente en este texto la madurez de historiador y biógrafo lograda por Jorge Emilio después de sus exitosos libros *José Consuegra Higgins: El Maestro*, *Jaime Sanín Echeverri: Un humanista integral* y *Jaime Posada: El poder de las ideas*, publicados por la Asociación Colombiana de Universidades –ASCUN– y varias universidades colombianas, sin perder su lenguaje cercano y cálido derivado de sus más de cuatro décadas de ejercicio del periodismo. Es un libro que atrapa por el encanto de la narración y lo sencillo de su prosa. Le cabe en toda su extensión el refrán popular: “Sencillo y bueno, doblemente bueno”.

Además, el autor no ha sido lejano y mucho menos ajeno a la vida y obra de José Consuegra Higgins, ni tampoco a la historia de la Universidad Simón Bolívar. Con mi padre tuvo una cercana amistad en sus últimos 16 años y conoció la universidad desde su creación cuando se matriculó en la primera promoción del programa de ciencias sociales. Era en ese momento un mozuelo que compartía con plena efervescencia los aires frescos de la Revolución de Mayo del 68, promovida por la juventud en los años 70, que motivaba a los jóvenes a estudiar ciencias sociales y luchar por la redención de los pueblos. Por ello, al tener noticia, en su terruño cafetero, de que en Barranquilla nacía una universidad cuyo enfoque primordial eran las ciencias sociales, el pensamiento propio, el humanismo y el compromiso social, decide trasladarse a ‘La Arenosa’ y aprovechar la acogida que le ofrecía su tío Fernando Montoya para emprender sus estudios universitarios en el Caribe colombiano.

El autor fue de los privilegiados que acompañaron a mi señor padre en el primer día de actividades académicas de la Universidad Simón Bolívar como estudiante y fue testigo de la apertura de esa gran puerta de la academia del Caribe colombiano que se ofrecía como camino de movilidad social, de desarrollo científico y constructor de cultura. Igualmente, vivió esa inolvidable tarde, del primero de marzo de 1973, en la cual el rector-fundador, a la sombra de un frondoso árbol de almendro, daba la más cordial bienvenida a los 152 primeros estudiantes matriculados y pronunciaba su primer discurso en el Alma Mater. Ante esto, con seguridad, diría mi padre: “Mijo, éstas son las sorpresas del tiempo. ¡Quién iba a pensar que ese joven estudiante, 40 años después, tendría la alta responsabilidad de escribir la historia de la Universidad Simón Bolívar!”.

Existen todos los ingredientes para asegurarle al lector varias horas de amena y deliciosa lectura. Se unen en este libro la excelsa pluma, la temática interesante y la vivencia en primera persona de lo narrado por Jorge Emilio, gran amigo y admirador de *El Maestro* José Consuegra Higgins y su principal obra, la Universidad Simón Bolívar.

Este libro coincide con la reciente celebración del cuadragésimo aniversario de nuestra institución, cuyo fundador falleció precisamente al término de dicha efemérides, en las postrimerías de 2013. Ambos temas aparecen entrelazados, indisolubles, a lo largo de las páginas siguientes, como incluso

se sugiere desde el mismo título: “Universidad Simón Bolívar: A la sombra de *El Maestro*”.

En realidad, se trata de una breve historia de la Universidad, aun desde antes de nacer y sobre todo desde sus orígenes, con motivo precisamente de sus cuatro décadas y el avance, ya en camino, hacia su medio siglo de existencia (o sea, hacia sus Bodas de Oro), meta a la que aún está más cerca la revista *Desarrollo Indoamericano*, nacida en 1966, que fue otra de las grandes obras de mi ilustre padre.

La ocasión, pues, justifica con creces esta publicación, como homenaje a la Universidad Simón Bolívar en su onomástico.

El registro histórico es bastante singular. Porque lejos de ser un informe institucional, según suele hacerse ante circunstancias similares, es un relato literario, a partir de los antecedentes políticos, económicos, sociales y académicos que llevaron al surgimiento de nuestra casa de estudios, cuyo progreso en el tiempo es visto a través de sus más de 35.000 egresados, sus 60 programas académicos, sus 44 grupos de investigación, sus revistas indexadas, su sello editorial con más de 300 libros publicados, sus desarrollos culturales y su lindo *campus* universitario.

Todo este proceso se describe a la sombra de *El Maestro* Consuegra Higgins, quien será por siempre nuestro rector-

fundador. Él está, de manera integral, en el recorrido histórico hecho hasta hoy, pero no sólo en las realizaciones materiales, físicas, sino especialmente en los aspectos académicos, intelectuales o ideológicos, no ya en términos generales sino de manera específica sobre cuestiones universitarias, a partir de su propia experiencia personal, de su paso por numerosas universidades nacionales y extranjeras, de su rectoría previa en la Universidad del Atlántico y, claro está, de la realización de sus máximos sueños en la Universidad Simón Bolívar, aquellos que todavía tenemos el honor de seguir engrandeciendo.

Sin duda, el corazón de esta obra son sus ideas-fuerza en torno a la Universidad, como dice el autor al recordar la célebre expresión de Alfred Fouillée. Esas ideas, además, son de validez universal, mantienen plena vigencia en las distintas universidades latinoamericanas y del resto del mundo por referirse a cuestiones esenciales como la calidad educativa, el respeto por la cultura y el ancestro, la responsabilidad social y el humanismo, el desarrollo social regional y la internacionalización.

Ahí ustedes, apreciados lectores, encontrarán atinadas reflexiones de máximo interés para directivos, profesores y estudiantes, con un sentido crítico que debe ser característico del sector académico, cualquiera sea.

Por último, el ideario de José Consuegra Higgins, donde él puso a prueba sus condiciones excepcionales de pensador

y analista social, se confronta con la realidad actual y las perspectivas futuras de la Universidad Simón Bolívar, aspecto que también es de suma utilidad tanto para los miembros de la Universidad como para las distintas organizaciones (no sólo académicas), pues constituye en cierta forma un caso ejemplar, paradigmático, de la planeación estratégica en el marco de la cultura de calidad y la acreditación institucional, los principales retos con que ahora estamos comprometidos.

Esta obra nos permite confirmar que el presente y el futuro de la Universidad Simón Bolívar siguen y seguirán “a la sombra de *El Maestro*”, manteniendo y prolongando ese legado suyo que es de carácter imperecedero.

Al final del libro, el autor, con el corazón atropellado por la muerte de *El Maestro*, rememora la imagen de la Universidad Simón Bolívar nacida a la sombra de un árbol de almendro que se reemplaza por la del rector-fundador, a quien le rinde el postrer homenaje, haciendo eco del sentido adiós que le brindó nuestra familia Consuegra Bolívar, la gran familia bolivariana, la región Caribe, Colombia y su Indoamérica, en el Teatro Universitario José Consuegra Higgins, horas previas a depositar su cuerpo en el camposanto a la sombra de un almendro.

Hasta el presente y en el futuro, la Universidad Simón Bolívar nunca ha olvidado ni olvidará el amparo y la guía que le brinda la sombra de *El Maestro*.

Dedicatoria

*A la familia Consuegra Bolívar
y, en general, a la gran familia bolivariana,
a la cual tengo el honor de pertenecer.*

El Autor

Un **sueño** hecho realidad



1

1.1. La rebelión estudiantil

A fines de los años 60 del siglo pasado, un fantasma recorría al mundo: el comunismo. En realidad, ya no era sólo un fantasma según lo describieron Marx y Engels en su *Manifiesto del Partido Comunista*, sino algo real, de carne y hueso, en la Unión Soviética, China o Cuba, entre otros países, y pretendía extenderse al resto del planeta tras el colapso inminente, inevitable, del sistema capitalista, al decir de sus fieles seguidores.

Estábamos entonces en plena Guerra Fría, con Estados Unidos y Rusia, las dos máximas potencias militares, dispuestas a enfrentarse, más aún cuando poco antes, en 1962, casi desatan la Tercera Guerra Mundial, cuyos efectos habrían sido devastadores por el enorme y poderoso arsenal nuclear a cuestas.

En tales circunstancias, la agitación política llegaba al clímax en todos lados. Aquello parecía un volcán a punto de explotar.

El epicentro de tanta convulsión eran precisamente las universidades, tanto las europeas como las latinoamericanas y asiáticas, acaso sin excepción y de manera especial las de

carácter público, donde profesores y estudiantes, con libros marxistas bajo el brazo, se tomaban las calles, en concurridas y a veces violentas manifestaciones, con el propósito de abrirle paso a la soñada revolución socialista, de auténtica justicia social, que diera al traste con la simple democracia política, formal, para ampliarla a nivel económico, donde unos y otros fuéramos iguales, como hermanos, ya sin las odiadas barreras del Estado y la propiedad privada.

La posibilidad de volver al paraíso terrenal parecía estar, por fin, al alcance de la mano.

Y claro, París, que fue escenario de la Revolución Francesa donde se sentaron las bases de la democracia moderna en nombre de la libertad, la igualdad y la confraternidad, en 1968 era el sitio del que irradiaba esa energía incontenible de los jóvenes universitarios comandados por ‘Daniel, el rojo’, enfrentados nada menos que al general Charles de Gaulle (el imbatible héroe de la Segunda Guerra, que venció al nazismo de Hitler y el fascismo italiano), al tiempo que proclamaban, en sus gritos de protesta y en las paredes de la Ciudad Luz: “¡Sed realistas! ¡Pedid lo imposible!” y “¡Hagamos el amor, no la guerra!”.

Creíamos estar *ad portas* de otra Revolución Francesa, ya no guiados por los enciclopedistas –Rousseau, Montesquieu, Voltaire...– sino por Lenin, con *El Libro Rojo* de Mao y la imagen del ‘Che’ Guevara portada como estandarte

o enarbolada como bandera. Los principales intelectuales de Occidente, encabezados por el filósofo Jean Paul Sartre, hacían eco a las entusiastas protestas juveniles, poniéndose a su servicio.

De hecho, la rebelión estudiantil crecía como espuma en América Latina, cuyo terreno era más que propicio, acaso con las mejores condiciones para hacer la revolución: pobreza extrema, altos niveles de desigualdad, fuerte dependencia norteamericana y, sobre todo, Cuba, la paradisíaca isla caribeña que vio caer la dictadura de Batista por un puñado de jóvenes guerrilleros dirigidos por Fidel Castro, vista como el modelo a imitar en cada uno de nuestros países para alcanzar su independencia definitiva, no la apenas incipiente que se había conquistado en el siglo XIX al librarnos del colonialismo español.

Nuestros jóvenes, igual que en el resto del mundo, marchaban por las calles, repitiendo consignas contra el imperialismo yanqui, sintiendo el galope de la revolución, enfrentando a la policía que estaba al servicio de la oligarquía criolla y listos para asumir el poder político que el paso incontenible de la historia –sentenciaban, a la luz del materialismo histórico– habría de entregarles.

Las ideas progresistas, expuestas aquí y allá por intelectuales de izquierda, movían sus mentes y corazones. En economía política, por ejemplo, los imberbes alumnos y no

pocos de sus maestros seguían a pie juntillas los textos escritos en Colombia por un inquieto profesor de la Costa Atlántica (de Barranquilla, por más señas), quien era identificado como uno de los exponentes de la Teoría de la dependencia y el subdesarrollo estructural: José Consuegra Higgins, docente de la Universidad de Cartagena, donde él comenzaba a soñar con tener su propia universidad, regida por los ideales revolucionarios inspirados en la justicia social.

La lucha, sin embargo, apenas empezaba.

1.2. Vida en las aulas

Consuegra, aunque apenas bordeaba los 50 años, gozaba de gran prestigio, tanto por sus libros y artículos periodísticos como por su brillante carrera académica, universitaria, en centros educativos nacionales y extranjeros, donde se paseaba también como conferencista invitado.

Aunque era oriundo de Isabel López, pequeño corregimiento de Sabanalarga en el departamento del Atlántico, fue en Barranquilla, en plena adolescencia, donde se despertaron sus afanes intelectuales, especialmente en el Colegio San José, cuyos profesores veían sorprendidos que a tan temprana edad escribiera una novela romántica para competirle a uno de sus compañeros de clase: Gabriel García Márquez, el futuro Premio Nobel de Literatura, quien pulía sus primeros versos.

Al concluir bachillerato, atraído por la fuerte personalidad del caudillo Jorge Eliécer Gaitán a quien seguía como fiel militante en las huestes del liberalismo de izquierda, el joven viajó a Bogotá para cursar estudios superiores, convencido de que su vocación era ser abogado, como querían sus padres.

Pero, no. El mismo Gaitán le ordenó estudiar Economía en la Universidad Nacional, nada menos que en el Instituto de Ciencias Económicas (la posterior Facultad de Economía, primera del país), bajo la orientación de Antonio García, fundador del Partido Socialista Colombiano junto al maestro Gerardo Molina, quien fungía como rector, y Carlos Rafael Robles, Guillermo Hernández Rodríguez y Diego Luis Córdoba.

Se volvió, pues, socialista demócrata, como su líder; ingresó a la naciente organización partidista, cuyos pocos miembros sesionaban de manera informal en los predios de la Ciudad Universitaria; cuando menos pensó estaba con su título profesional bajo el brazo, previa la graduación con honores por su tesis sobre política arancelaria de corte proteccionista, y volvió a Barranquilla para emprender su vida docente en colegios de bachillerato y en la Universidad del Atlántico, donde era el único economista graduado.

De allí saltó a la Escuela Naval, en Cartagena —¡para dictar economía de guerra!—, pero la dicha le duró poco. En

efecto, la dictadura gobernante, del teniente general Gustavo Rojas Pinilla, hizo sentir su poder cuando impartió la orden de expulsarlo por participar en una recepción al dirigente liberal Carlos Lleras Restrepo, la cual fue organizada por el director del periódico *El Universal*, Domingo López Escauriaza (hermano de ‘El Tuerto’ López, el poeta que inmortalizara a ‘*Los zapatos viejos*’).

Por sus ideas progresistas, que muchos tildaban de comunismo, tuvo que exiliarse algún tiempo en Venezuela, donde estuvo de nuevo en el mundo universitario, al lado de connotados intelectuales; a su regreso, partió hacia la Universidad del Cauca, para compartir la enseñanza con personalidades nacionales como Luis Carlos Pérez, Benjamín Iragorri, Arturo Valencia Zea, Antonio García..., y pasados algunos años se encontró de nuevo en la Universidad de Cartagena, en la que permaneció, incluso como decano de la Facultad de Economía, durante una larga década, hasta principios de los años 70.

Consuegra, en síntesis, era un hombre de universidad, un universitario a carta cabal, maestro en el pleno sentido de la palabra, y por eso no es de extrañar que con el tiempo le ofrecieran la rectoría de la Universidad Libre en Bogotá (que no aceptó por negarse a entrar en la masonería) y de la Universidad Nacional, según lo reveló Diego Uribe Vargas, canciller de la República en el gobierno de Julio César Turbay Ayala.

Se paseó, además, como profesor en otras universidades colombianas (Libre, Gran Colombia, de América, Tadeo, Incca, Autónoma del Caribe, Central...) y del exterior, en países como Perú, Venezuela, Panamá, Argentina, El Salvador, Costa Rica, México, Unión Soviética, Cuba...

En México, a propósito, recién había participado en una importante reunión de economistas latinoamericanos, la cual fue decisiva para la Teoría de la dependencia y el subdesarrollo estructural, fundamento por excelencia de su labor universitaria, aquella que estaba a punto de tomar un rumbo imprevisto, inesperado.

1.3. Por una teoría propia

Corrían los años 60. México era epicentro de la actividad intelectual en América Latina, tanto en honor a la extraordinaria cultura de sus pueblos indígenas (los aztecas y mayas que reinaron en la actual Centroamérica), como por su intensa vida política, atizada por la cercanía de Estados Unidos, a lo largo de su frontera en el norte que fuera escenario sangriento de una guerra que le costó parte de su territorio, y porque también ahí cerca, en el mar Caribe, estaba la pequeña isla cubana, convertida en la principal base militar de la Unión Soviética.

La famosa Revolución Mexicana, en los albores del siglo xx, aún hacía sentir la fuerza de su espíritu nacional con acento socialista, mientras se creía que la revolución definitiva, con clara influencia comunista, estaba a punto de llegar.

En tales circunstancias, con tantos intelectuales metidos de lleno en la política no ya para interpretar la realidad sino para transformarla, era apenas natural que un centenar de ellos, economistas latinoamericanos de primer orden y profesores universitarios en su mayoría, se reunieran en la capital federal, hacia junio de 1965, para dejar constancia de su férreo compromiso social, de sus convicciones ideológicas, de su lucha por la libertad y la justicia, por la igualdad y la hermandad entre los pueblos.

Venían de todas partes: Argentina y Chile, Brasil y Perú, Uruguay y Panamá, Ecuador y Costa Rica... La representación de Colombia estaba en manos de Consuegra Higgins, profesor de la Universidad de Cartagena, a quien unos y otros conocían por sus libros, particularmente por su novedosa Teoría de la inflación, donde se iba lanza en ristre contra el modelo cuantitativo que explica la variación en los precios por la oferta y demanda de bienes o por la cantidad de dinero en circulación, no por el control monopólico u oligopólico existente en el mercado.

Consuegra tuvo la oportunidad de exponer su teoría y ponerla una vez más a prueba, en medio de aplausos; lo mismo hicieron Alonso Aguilar, con su juicio implacable a los modelos de desarrollo que pretenden imponernos desde fuera a los países latinoamericanos, y Oreste Popescu, con su idea original sobre los antecedentes del modelo keynesiano en nuestras tierras, entre otros ilustres expositores que al término de las agitadas deliberaciones coincidieron en una declaración común, suscrita por la totalidad de los asistentes.

¡Ese era el nacimiento formal, efectivo, de la Teoría de la dependencia y el subdesarrollo estructural, una teoría propia de América Latina para el mundo!

Pero, ¿en qué consiste esa teoría, llamada a superar la formulada pocos años antes por el argentino Raúl Prebisch con su escuela cepalina, de la cual sin embargo conserva muchos rasgos si bien acentúa más la independencia en América Latina contra el sometimiento a los países desarrollados, en especial de los Estados Unidos, la suprema potencia imperialista?

Hagamos una breve síntesis, clave para entender los hechos posteriores. Para empezar, nuestros pueblos necesitan dar el salto al desarrollo, como ya otros lo han hecho en Europa, Norteamérica y Asia; para tal propósito, de poco o nada sirven los modelos traídos de países desarrollados, no sólo porque sus condiciones son distintas a las nuestras sino porque simplemente no les conviene cambiar la dependencia que de ellos tenemos, dados los múltiples intereses (políticos, económicos, culturales, etc.) en juego.

Así las cosas, América Latina, igual que el Tercer Mundo en general, debe seguir su propio camino. Develar, sí, nuestro subdesarrollo, signado por la pobreza de la inmensa mayoría, pero no por factores como el exceso de población, la religión católica, la raza o el clima, sino precisamente por la dependencia, por la división internacional entre el Norte y el Sur, por el deterioro creciente en los términos de intercambio

al decir de la Cepal, o porque en definitiva hay factores estructurales, de fondo, que es preciso enfrentar de inmediato: la concentración de la riqueza, la propiedad rural con formas de organización feudal, la continua y masiva fuga de capitales, las cargas tributarias que benefician a los más favorecidos...

Una política defensiva, mejor dicho. Como la que Consuegra había expuesto en su tesis de grado sobre cuestiones proteccionistas, acogidas ahora con entusiasmo por la reunión en pleno, la cual coincidió en que son necesarias otras medidas estructurales hacia afuera –encabezadas por la recia lucha contra la dependencia– y hacia adentro, en cada uno de nuestros países, sobre los más diversos temas: agrícolas, financieros, industriales...

Se requiere –concluyeron– una publicación especializada que divulgue tales ideas y tan encomiables propósitos, como “órgano de expresión del pensamiento independiente y auténtico de América Latina”. Esa difícil misión se le encomendó al costeñito aquel de Isabel López, quien no se separaba un minuto de su elegante esposa, doña Ana Bolívar, una de sus alumnas de bachillerato cuando él regresó, con su cartón de economista, a Barranquilla.

¡Tremenda tarea la que le habían impuesto!

1.4. Revista *Desarrollo Indoamericano*

Él asumió ese propósito general de la reunión en México como un reto. No se decidió de inmediato, en verdad. No.

Pero meses después de su regreso, mientras dictaba clase en la Universidad de Cartagena, anunció dicho compromiso ante sus alumnos, quienes acogieron con entusiasmo la idea que de inmediato salió de las aulas, se regó por los diversos círculos intelectuales del país y trascendió las fronteras nacionales, donde sus colegas y amigos se declararon dispuestos a colaborarle. ¡La revista *Desarrollo Indoamericano* había nacido!

Fue en 1966, es decir, hace casi medio siglo. Y Consuegra, siempre con el apoyo decidido de su esposa Anita, se puso al frente de tan ambicioso proyecto, confiado en salir adelante por su tesón que todos le admiraban, por la solidaridad que convocó y por ser la materialización de los ideales latinoamericanos, pero también por su trayectoria periodística, la cual contaba a su haber con varias décadas encima. Tenía méritos de sobra para triunfar en su empeño.

En efecto, cuando apenas cursaba segundo de bachillerato en Barranquilla, con sólo doce años de edad, dirigió el periódico *Tribuna Estudiantil*, que fueron sus comienzos en “el oficio más hermoso del mundo”; después, todavía en el colegio, estuvo al frente de otras publicaciones: *El Momento*, *Izquierda* y *Frente Nacional* (vocero oficial del gaitanismo en el Atlántico); y, como si eso fuera poco, orientaba un programa dominical en la radio local: ‘Luz y ciencia’, donde le hacía eco al iluminismo y su profundo espíritu humanista, revolucionario.

En Bogotá, mientras estudiaba Economía, fue corresponsal del diario *El Nacional*, de Julián Devis Echandía, y como tal estaba acreditado para el cubrimiento informativo de la Conferencia Panamericana en abril de 1948, cuando fue asesinado Jorge Eliécer Gaitán, su amado líder, a cuyas ideas siguió siendo fiel por el resto de su vida.

En su exilio, fue columnista de *El Nacional* de Caracas y colaborador de varias publicaciones de izquierda, como la revista *Panorama*, donde compartió sus páginas con las de prestigiosos escritores venezolanos, como Domingo Maza Zavala, uno de sus mejores amigos; de nuevo en Colombia, dirigió la revista *El Economista* con Fernando Cepeda y Roca, y se paseó a sus anchas por las páginas editoriales de los más importantes periódicos del país, desde *El Tiempo* y *El Espectador* hasta *El Heraldo* y *El Universal*, donde la sola mención de su nombre bastaba para abrirle las puertas.

En síntesis, Consuegra era un periodista reconocido, nada extraño en aquella época cuando quienes ejercían su trabajo en diarios y revistas eran los más prestigiosos intelectuales, los cuales en ocasiones daban el salto del periodismo a la literatura (como fue el caso de García Márquez, entre muchos otros). En consecuencia, nadie se sorprendió al verlo en tales andanzas, como flamante director de la nueva revista: *Desarrollo Indoamericano*, bajo cuyo nombre se leía en la portada cuál era su misión, cumpliendo con el sagrado mandato de la citada reunión en México: “Por la formulación de una teoría propia para el desarrollo económico y social de América Latina”. La teoría propia, a la cual acabamos de referirnos.

Una teoría propia para el desarrollo de nuestros pueblos, insistamos. O un modelo propio, no importado, ni mucho menos impuesto por los países del Norte en beneficio de sus intereses particulares. Un desarrollo en sentido estricto, económico y social, lejos de reducirlo al simple crecimiento económico, con la justa distribución de la riqueza y el énfasis debido en aspectos humanos y sociales, puesta la mirada en la dignidad de cada persona. He ahí una apretada síntesis del camino señalado por la incipiente publicación, ante la cual nadie sospechaba siquiera que prolongaría su existencia durante varias décadas.

A poco andar, *Desarrollo Indoamericano* fue marcando la ruta de identidad latinoamericana o, mejor, indoamericana, que se remonta al glorioso pasado indígena de nuestros pueblos, víctimas de la dependencia desde la conquista española hasta los tiempos actuales, cuando el imperialismo hace de las suyas, con poderosas compañías multinacionales, a lo largo y ancho del planeta.

Tal identidad, a su vez, implica la lucha contra el centralismo, tanto a escala internacional, dado el nuevo orden económico mundial con la tajante división entre el centro y la periferia al decir de la Cepal, como en el plano interno, del que era una prueba irrefutable lo sucedido en Colombia, cuya capital, Bogotá, desde los tiempos coloniales, concentraba cuantiosos recursos, como si el resto del país no existiera.

Y, sobre todo, una identidad que lleva a la integración

de nuestros países, a la verdadera unión latinoamericana, no la formal o también dependiente en organismos como la Organización de Estados Americanos –OEA– o la Alalca para impulsar el libre comercio, sino a la que proclamaba *El Libertador* Simón Bolívar junto a otros héroes de la independencia republicana, como San Martín. “El espíritu bolivariano es esencial a nuestra identidad”, repetía Consuegra en sus artículos, respaldado en sus investigaciones y las de sus compañeros de lucha, quienes se iban sumando cada vez más a su causa.

Por ahí desfilaron, en las numerosas ediciones de la revista, Celso Furtado, Domingo Maza Zavala, Ezequiel Ander-Egg, Virgilio Roel, Gastón Parra, René Báez, André Gunder Frank, Alonso Aguilar, Josué de Castro, Fernando Henrique Cardozo, Theotonio dos Santos, Ruy Mauro Marini, Helio Jaguaribe, José A. Silva Michelena, Teodoro Petkoff, Oreste Popescu, Salvador Brand, Lázaro Cárdenas, Jesús Silva Herzog, Cuauhtémoc Cárdenas, Antonio García, Gastón Parra, Gerardo Molina, Isidro Parra-Peña, Orlando Fals Borda, Arturo Valencia Zea, Raúl Alameda, Antonio Cacia Prada, Otto Morales Benítez...

Consuegra, claro está, era el director de la publicación, pero también editor y quien la escribía en gran parte, la enviaba a los principales centros académicos y educativos del mundo, la sostenía con publicidad que él mismo se encargaba de conseguir tras enormes esfuerzos, y la repartía en Barranquilla de casa en casa, de oficina en oficina, con la ayuda de sus

pequeños hijos, guiados por su madre, quien fungía como gerente de esta empresa editorial apenas incipiente. Era una aventura quijotesca, sin duda.

1.5. De Cartagena a Barranquilla

Volvamos a situarnos ahora, a fines de los años 60, en Cartagena, donde Consuegra era docente de su emblemática universidad pública, departamental. Allí permaneció durante una larga década, siempre en intensa actividad académica, no sólo como profesor sino como decano de la Facultad de Economía, en fraternal amistad con sus colegas (Roberto Burgos Ojeda, Jorge Child, Fabio Morón Díaz, Carlos Calderón Mosquera, Gumersindo Serje...), en las casas de Cecilia Porras o Petra Villalobos y en el periódico *El Universal* con su director, López Escauriaza, quien les contaba graciosas anécdotas de ‘El Tuerto’, su querido hermano poeta.

“Aquí encontré el lugar adecuado”, dijo alguna vez Consuegra mientras exaltaba la gesta de independencia en la Ciudad Heroica, las antiguas murallas que la protegieron tantas veces y la propia Universidad de Cartagena, nacida en 1826 a la sombra de los ideales libertarios que él había asumido desde niño por la influencia del coronel Higgins, su abuelo materno, y su tío abuelo Pedro Pastor Consuegra, quien desde su curul en el Congreso anunció el vil asesinato del que sería víctima: “Sólo partiéndome el corazón, me callarán”. Lo callaron, sí; pero a él, el hijo más ilustre de Isabel López, no iban a callarlo por ningún motivo, ni con las peores amenazas que le hicieran.

En aquellos momentos, la vida universitaria era como una hoguera encendida, con los sueños revolucionarios a punto de hacerse realidad, y por eso *El Maestro* –como empezaban a llamarlo sus discípulos– sabía que tarde o temprano se pondría al frente de una universidad, desde la rectoría, para llevar a cabo los cambios profundos que reclamaba en sus clases, conferencias y libros. Y si el día de mañana –afirmaba, seguro de su destino– lo consiguiera, la bautizaría con el nombre de Simón Bolívar, símbolo de la libertad a la que también había consagrado su vida, según le comentaba en secreto a su esposa Anita, confidente de todas sus horas.

A principios de los años 70, cuando –repetimos– estaba en la Universidad de Cartagena como docente, recibió el ofrecimiento para ser rector en la Universidad del Atlántico, donde el gobernador del departamento tuvo que ceder a las presiones estudiantiles y a la decisión mayoritaria del Consejo Superior que presidía. Consuegra no lo pensó dos veces. Aceptó de inmediato, consciente de ser ésta la mejor oportunidad para materializar sus anhelos, para pasar de la teoría a la práctica sus proyectos educativos, y para responder, como es obvio, a la confianza depositada en él por directivos, profesores y estudiantes, quienes celebraron con bombos y platillos la designación, convencidos de que su liderazgo personal se transmitiría a la universidad frente a la ciudad, la región, el país y América Latina, dado su enorme prestigio nacional y continental.

No obstante, sentía nostalgia al tener que abandonar a

Cartagena tras diez años maravillosos que siempre recordaría, pero igualmente estaba orgulloso por tan alto honor, por llegar al cargo académico de mayor importancia en su departamento y acaso en toda la Costa Atlántica, por volver a su amada Barranquilla y especialmente porque allí, desde una de las universidades públicas con mayor reconocimiento en Colombia, estaría al servicio del pueblo, para su formación educativa, según sus hondas convicciones democráticas.

Su sueño de tantos años comenzaba a hacerse realidad.

1.6. Rector en la Universidad del Atlántico

A la Universidad del Atlántico, como sucedió en la de Cartagena, también regresaba. Años atrás, recién graduado de economista, inició allí su vida docente en las cátedras de Economía Política, Política Económica y Economía Colombiana, por lo que devengaba un salario mensual de 30 pesos, 600 menos de lo que habían ofrecido, por la misma carga académica, a un famoso colega suyo de origen alemán, quien por fortuna no aceptó. En aquel entonces, estuvo a un paso de ser decano en su Facultad, por ser el único profesor con título en mano, pero sus superiores le hicieron saber que dicho cargo le correspondía esta vez a un godo, no a un liberal como él, por insuperables razones políticas que iría entendiendo poco a poco.

El 31 de agosto de 1970 fue el acto de posesión, rodeado por el entusiasmo generalizado de profesores y

estudiantes, con la correspondiente expectativa y el malestar de sus adversarios, quienes desde su nombramiento temían lo peor: el avance del comunismo, ni siquiera del socialismo democrático, en este gran centro académico al que jóvenes anarquistas –decían– pretenden convertir en epicentro de la revolución social. Ganaban, sin embargo, los partidarios suyos, que eran mayoría.

Al día siguiente empezó a trabajar. A toda marcha, según suele decirse. No quería perder un segundo en el afán de conquistar sus ideales y darle un vuelco a la institución educativa, si bien era volverla a sus orígenes, a la universalidad en sentido estricto, a la dignidad intelectual, al avance científico y a su función social en beneficio de los sectores más desfavorecidos, esencia de la universidad pública en una democracia incipiente, apenas en formación. Consuegra sabía, pues, cuál era su camino y estaba dispuesto a recorrerlo, cualesquiera fuesen los riesgos u obstáculos que debía enfrentar.

Era un intelectual en el poder. Y actuó como tal ante una audiencia cercana a sus afectos y atenta a sus mensajes, a sus deseos de cambio, al radicalismo de sus argumentos. La cultura, como era apenas lógico, ocupaba el primer lugar de su agenda, a la que debían someterse las demás actividades por su carácter regulador, fundamental. De ahí que todos a una (directivos, personal administrativo, maestros y alumnos) participaran en esta cruzada de la inteligencia que se tomó por

asalto a la universidad: espectáculos folclóricos, de música y danza; publicaciones a granel, de libros y revistas; conferencias, recitales de poesía y presentaciones de teatro; ventas de libros a bajo precio, en la Librería Universitaria, y reapertura del Museo Etnológico, entre otras actividades que congregaban multitudes y se sucedían en medio de estruendosos aplausos.

El Maestro no estaba solo en esa tarea. Lo acompañaba doña Anita, inseparable; su director de orquesta, desde la Dirección de Cultura, era nadie menos que Jorge Artel, ‘el poeta negro de Colombia’, a quien tras conocer en un recital le dio el puesto, desempeñado a la perfección, y de hecho lo rodearon sus amigos de siempre, quienes desfilaban por el claustro en las distintas jornadas académicas, por lo general como conferencistas: Gerardo Molina, Antonio García, Arturo Valencia Zea, Raúl Alameda, Fabio Morón Díaz, Augusto Espinosa Valderrama, Aquiles Escalante, José Stevenson, Meira Delmar, Ramón Martínez Escamilla, Jorge Greco, Felipe Palencia, Vicente Pérez Silva, Ábel Ávila, Orión Álvarez, Julio Silva Colmenares y Judith Porto de González, entre muchos otros.

Como si fuera poco, en sólo un año duplicó la población escolar, amplió la planta física, abrió bibliotecas, aumentó la nómina de profesores e investigadores y dotó a los laboratorios de equipos necesarios, una gestión que a todas luces era ejemplar, digna de admiración y apoyo. Pero...

El gobernador de turno le había insistido, de manera

infructuosa, que atendiera las exigencias de políticos regionales, acostumbrados a disponer de la burocracia oficial como les venía en gana; ante su reiterada negativa a las pretensiones clientelistas, frente a las cuales invocaba la sagrada autonomía universitaria consagrada en mandatos constitucionales de validez universal, se recurrió al rector de la Universidad de Cartagena para ordenarle regresar a su puesto de profesor al suspenderle, en forma anticipada, la licencia concedida; y por doquier esta oposición recibía una solidaridad que al parecer se extendía hasta el gobierno nacional, donde veían con malos ojos que el cuestionado rector ganara más y más prestigio, sabrá Dios con qué oscuros propósitos, provenientes sobre todo de la Unión Soviética y Cuba.

En tales circunstancias, Consuegra fue destituido el 25 de agosto; tres días después se nombró el nuevo rector, a quien los estudiantes impidieron el ingreso para su posesión, y pocas horas más tarde, en la madrugada del 29 de agosto, la Universidad del Atlántico estaba militarizada, con la policía a su alrededor para evitar la entrada del personal. Ahí fue Troya. Se desataron violentas protestas, los estudiantes se enfrentaron con piedras a los uniformados, repetían consignas en contra de la represión, y en un abrir y cerrar de ojos concentraron sus fuerzas, sus gritos, sus reclamos, en la Escuela de Bellas Artes por el barrio El Prado, único sitio de 'la U' que se había librado de la invasión armada.

A continuación vinieron más golpizas, así como capturas

y expulsiones masivas de funcionarios, directivos, profesores y alumnos, quienes buscaron como último refugio la casa de Consuegra en el barrio El Paraíso, por dentro y por fuera, a lo largo de la calle, para decidir finalmente qué habrían de hacer frente al cierre definitivo de la universidad.

Sólo había transcurrido un año desde el histórico acto de posesión.

1.7. *Cómo se reprime la Universidad en Colombia*

En medio del ajetreo, de reuniones y consultas, de mítines que se regaban por toda la ciudad, de comunicados de prensa y declaraciones radiales, Consuegra no paraba de escribir. Éste era su oficio, al fin y al cabo. La oportunidad era propicia, además, para sacar a relucir su espíritu revolucionario, para no dar su brazo a torcer a pesar de la destitución, y para dejar en claro, a los ojos de la historia, qué había ocurrido, poniendo en evidencia los atropellos cometidos y cómo la Universidad, centro por excelencia del pensamiento y la libertad, era víctima de la represión armada por obra y gracia del gobierno de turno. Fue así como dio a luz su nuevo libro: *Cómo se reprime la Universidad en Colombia*, un verdadero éxito editorial.

En realidad, fue un testimonio personal de su paso por la rectoría, desde su nombramiento hasta su retiro y la correspondiente toma militar, pero también una reflexión en torno a la Universidad, a sus aspectos fundamentales desde el punto de vista ideológico y, de modo particular, al papel que le

corresponde cumplir en el campo social, en la transformación de la vida colectiva, lejos de mantenerse en actitud pasiva, sumisa, de simple receptora del conocimiento, que suele facilitar el abuso de poder.

Sobre lo primero, es decir, su gestión interrumpida en forma abrupta, enfiló sus baterías contra el gobernador Antonio Abello Roca, de quien denunció su férrea oposición al respaldo brindado por el Consejo Superior que presidía, todo al parecer porque meses atrás había querido ocupar el puesto en la rectoría, lo cual fue impedido, en medio de protestas, por los propios estudiantes. El funcionario, a su vez, se sirvió de la autoridad para imponer sus ideas retrógradas, para lanzar acusaciones y calumnias, para tergiversar los hechos (por ejemplo, acerca de las actividades culturales) y, sobre todo, para negarse a entregar los aportes que el departamento debía hacer a la Universidad por mandato legal, buscando así asfixiarla desde el punto de vista financiero e impedir, en la práctica, su cabal funcionamiento.

Al final, el mandatario seccional, con la tácita complicidad del gobierno nacional que encabezaba el presidente conservador Misael Pastrana Borrero, se salió con la suya. Lo destituyó, en un acto irregular, ilegal, que originó las demandas pertinentes de los abogados, entre quienes figuraba el poeta Artel; nombró un nuevo rector, al que en un principio los estudiantes no dejaron entrar a su despacho, y ordenó la expulsión masiva de alumnos, docentes, decanos y

hasta personal administrativo por su solidaridad con el rector saliente, a quien él ya no podía ver ni en pintura. Nunca imaginó, claro está, lo que vendría a continuación.

En efecto, la destitución de Consuegra fue rechazada al unísono por la gran prensa capitalina, a través de columnistas tan respetables como Abdón Espinosa Valderrama y Enrique Santos Calderón de *El Tiempo*; en igual sentido se pronunciaron organizaciones científicas y académicas, tanto nacionales como extranjeras, y de todos lados llegaban mensajes de apoyo a *El Maestro* por su valerosa actitud, su extraordinaria gestión y sus invaluable aportes a la cultura, recordando siempre que él era uno de los artífices de la Teoría de la dependencia y el subdesarrollo estructural, cuya validez se confirmaba paradójicamente por los atropellos cometidos en su contra, los cuales sólo constituían –decía– un episodio más en la lucha de la Universidad en América Latina, aquella que se había iniciado medio siglo antes en Córdoba (Argentina).

Expuesto lo anterior, Consuegra abordaba, en la segunda parte de su libro, los aspectos doctrinales de la Universidad, concebida dentro de la mayor autonomía, libertad de cátedra y tolerancia, en franco rechazo de la intromisión indebida del gobierno y, con mayor razón, de la fuerza pública; al servicio de los intereses populares, no de un pequeño grupo de privilegiados que le dan su tradicional carácter elitista, a merced de los grupos dominantes; en el marco de la mencionada Teoría propia, auténtica, ligada a nuestra cultura,

no dependiente de los acostumbrados manuales extranjeros, y con énfasis en los aspectos sociales, en la solución efectiva de los problemas que agobian a la mayoría de la población, para contribuir de manera significativa al desarrollo integral de nuestro pueblo.

Estaba sentando así las bases teóricas, acaso sin darse cuenta, de la Universidad Simón Bolívar que él había soñado en Cartagena, para gloria de *El Libertador*.

1.8. Los primeros pasos

Entretanto, y mientras Consuegra escribía y hacía público su libro sobre la triste experiencia de la Universidad del Atlántico, continuaban las actividades en la casita de El Paraíso, donde había reuniones permanentes en la sala y el patio, un amplio patio lleno de árboles, en cuyo centro se levantaba el pequeño quiosco que fue escenario de tantas decisiones históricas, trascendentales, como si en ellas se estuviera decidiendo el destino del mundo. Fue ahí donde empezó a formarse, a lo largo de 1972, la futura Universidad que al principio fue una simple idea, acaso descabellada, fruto más bien de la desesperación.

Lo cierto es que unos y otros se habían quedado sin universidad, expulsados por la acción represiva del gobierno. Al estar por fuera, el único camino que les dejaban, si querían avanzar en la vida académica, era emprender la aventura de abrir otra universidad por voluntad propia, en ejercicio de

su autonomía y en contra, si fuera necesario, de la autoridad del Estado, tal como lo proclamaba, en el mundo entero, el movimiento estudiantil que sin embargo venía sufriendo rudos golpes, desde el estruendoso fracaso de la rebelión en Francia contra De Gaulle hasta las manifestaciones sangrientas, con estudiantes acribillados en las calles, en la ciudad de México. No sería un camino fácil de recorrer, ni mucho menos.

Pero, lo siguieron. Tan pronto surgió la idea, todos la respaldaron, la convirtieron en su principal objetivo, la compartieron con familiares y amigos, la gritaban a cuatro vientos, con el entusiasmo juvenil de la mayoría, con la más alta convicción en sus ideales, seguros de triunfar por encima de los obstáculos que aparecieran. Sabían de antemano que estaban haciendo historia.

Fue entonces cuando *El Maestro*, de la mano de doña Anita y con sus amigos más cercanos (como el poeta Jorge Artel, Leonello Marthe Zapata, Álvaro Castro Socarrás, Walter Suárez Glasser, Eusebio Consuegra Higgins, Eduardo Pulgar Lemus, Eugenio Bolívar Romero y Sofanor Moré Redondo), inició unos encuentros formales para estructurar el nuevo centro educativo, para darle forma, para concebir las diferentes Facultades que estarían a cargo de los decanos y profesores despedidos en la Universidad del Atlántico, para elaborar los programas de estudio que habrían de cursar los numerosos alumnos expulsados, y para cumplir con los estrictos requisitos de las autoridades públicas, desde el Ministerio de Educación

y el Icfes hasta las de carácter departamental y municipal, lideradas por el gobernador Abello Roca. No era una tarea fácil, en verdad.

La oposición, además, reinaba a sus anchas. El gobernador fungía como su jefe máximo; los políticos regionales, a quienes nunca se les dio gusto, movían los hilos del poder para impedir que el proyecto en cuestión se hiciera realidad, y desde *El Herald*, el periódico más influyente de la Costa Atlántica, se atacaba a las llamadas ‘universidades de garaje’, advirtiendo sobre el negocio que allí había, sobre los mínimos controles para su funcionamiento, sobre la pésima calidad de la formación impartida, y obviamente sobre el alto riesgo de fortalecerse los grupos de izquierda, comunistas, más aún cuando de las aulas universitarias en Colombia partían algunos a engrosar las filas criminales de las organizaciones guerrilleras. No era fácil, insistimos.

A pesar de eso, las cosas fueron saliendo. Era como si la mano de Dios estuviera abriendo paso. Se les apareció la Virgen, en definitiva. Porque hacia fines del año, luego de presentar al departamento los documentos exigidos, un gobernador encargado, por afortunada o milagrosa ausencia del titular, aprovechó la interinidad para dictar la Resolución 1318 que le daba licencia de funcionamiento a la nueva institución, cuyos representantes (Consuegra, doña Anita, Artel y el resto de fundadores) estaban llenos de alegría, de la emoción, de una enorme satisfacción nunca antes sentida. La celebración fue una fiesta, como si el Carnaval de Barranquilla se hubiera

anticipado. Había, pues, motivos más que suficientes para recibir la Navidad con los brazos abiertos y el corazón agitado, palpitante.

Como la prensa local les hacía la guerra, se lanzaron a las calles para repartir volantes, invitando a los jóvenes de la ciudad para que se matricularan, por apenas mil quinientos pesos el semestre, en una modesta oficina del centro, cerca al Paseo de Bolívar (Bolívar, sí, como tenía que ser), y de inmediato el feliz matrimonio Consuegra Bolívar, con sus amigos Benjamín Sarta y Walter Suárez, así como con sus tres jóvenes hijos (José, Ignacio y Anita), se dedicaron a buscar la sede, naturalmente en alquiler, al no haber recursos suficientes, ni siquiera mínimos, para comprarla o construirla.

Por fin, después de mucho andar, encontraron una vieja casona en El Prado, situada en la carrera 54 con calle 59, a pocos metros de la Escuela de Bellas Artes que un año antes fuera su refugio al ser expulsados de la Universidad del Atlántico, pero sólo por la insistencia –o terquedad– de Consuegra, por la bondad de doña Anita y quizás por la mirada suplicante de los hijos que no se desprendían ni un minuto de sus padres, así como por la garantía absoluta de no convertir el sitio en fortín revolucionario o cosa parecida, el propietario cedió y hubo acuerdo final, aun sobre el canon de arrendamiento: ¡Cinco mil pesos mensuales!

¡Por sólo 5.000 pesos al mes se abriría la futura Universidad Simón Bolívar!

1.9. La iniciación de clases

Fue el primero de marzo de 1973 cuando la Universidad abrió sus puertas. No podía abrirlas, a decir verdad. O mejor, no debía. Al fin y al cabo contaba apenas con la personería jurídica otorgada por la gobernación, no con la correspondiente autorización del Icfes, la única entidad que estaba en condiciones de legalizar la actividad universitaria por su carácter regulador de la educación superior en Colombia. A Consuegra, sin embargo, sólo le importaba hacer realidad su sueño de crear “la universidad del pueblo y para el pueblo”, que era una tarea urgente, inaplazable. No hubo tiempo, según él, para cumplir con todos los requisitos legales cuyo lento trámite termina por hundir las mejores iniciativas, y por tal motivo dio la orden de avanzar, de seguir, de asumir los riesgos del caso, entre los cuales nadie podía descartar el cierre de la institución como ya lo pedían algunos de sus enfurecidos críticos. El primero de marzo de 1973 nació, pues, la Universidad Simón Bolívar.

Su sede era esta casona de El Prado, una de las que tanto admiró *El Maestro* en su adolescencia, cuando recién había llegado con su familia desde Isabel López, desplazado por la pobreza, la falta de oportunidades educativas en el corregimiento, y el poder seductor de Barranquilla, ciudad que desde los años 20 parecía tener un desarrollo superior al de Bogotá, tanto en lo urbanístico como especialmente a nivel industrial, empresarial, que el asfixiante centralismo santafereño le iría arrebatando con el paso del tiempo. De

hecho, la Simón Bolívar nacía también para hacerle frente al centralismo que se ha opuesto, desde tiempos inmemoriales, al avance de ‘la provincia’ (como se tilda en forma despectiva a cuanto está por fuera de la capital de la República), cuyo modelo de dependencia –afirmaba Consuegra, citando sus tesis sobre el subdesarrollo estructural– era sólo una copia del que se impone a escala internacional, entre países ricos y pobres.

La casa se tomó en alquiler, recordemos, por la increíble suma de cinco mil pesos al mes. Era amplia aunque de un solo nivel, solariega, cuidada y muy bien situada. Su propietario, don Luis de Vivo, cedió finalmente a los argumentos de Consuegra y su esposa, quienes le aseguraron que no permitirían, por nada del mundo, que los estudiantes fueran a acabar con la edificación, pues apenas comenzaran las labores educativas –decían, sin estar muy convencidos ciertamente– dejarían a un lado sus protestas, las pedreas callejeras que desataron tras el cierre de la Universidad del Atlántico, y el carácter revoltoso que tanto se temía, para dedicarse de lleno al estudio, a sacar adelante su universidad, a hacer realidad por fin su sueño de tener un título profesional que les permitiera también, en la mayoría de los casos, salir de la pobreza.

Comparada con las mansiones a su alrededor, la vivienda era de menor tamaño, sin ostentación, como si quisiera pasar desapercibida ante sus vecinos, entre los cuales se contaba el flamante Hotel El Prado, la imponente construcción de la que

estaba separada por unas pocas cuadras; cruzando el umbral o antejardín, característico del sector, se llegaba a la única puerta de entrada, y tras ésta, desde aquel histórico día, los visitantes se encontraban con la sala de recibo y la biblioteca, un primer patio de trinitarias, con mesa de ping-pong, una cafetería diminuta con la apariencia de una tienda de barrio, salones y más salones con pupitres de segunda, árboles y más árboles (de mango, acacia y almendro) que cubrían el patio grande, inmenso, el lugar más propicio para el solemne acto de inauguración, programado para esa fecha, en horas de la tarde, con un sol radiante, intenso, digno de la fiesta que todos habrían de celebrar.

A la hora llegada, la casa estaba llena, repleta, por primera vez desde su construcción. Se veían, con sus caras sonrientes de felicidad, los directivos, profesores y estudiantes expulsados de la Universidad del Atlántico, quienes recuperaban sus cargos en un sitio distinto, al que consideraban suyo, fruto del esfuerzo, de la lucha revolucionaria; entre los numerosos alumnos, también estaban los bachilleres recién egresados, con cartón en mano, que no sufrirían el tormento de ser considerados primíparos porque todos lo eran, sin excepción; se contaban más y más costeños (de Atlántico y Bolívar, de Magdalena y Córdoba, de La Guajira y Sucre...), atraídos por la cercanía a su lugar de origen, lo cual les representaba menores costos y la posibilidad de visitar a sus familiares con regularidad. Unos y otros gozaban así de la facilidad de acceso a la población más pobre, históricamente excluida de la educación superior.

También estaban, como es obvio, los invitados especiales, académicos en su mayor parte, nacionales y extranjeros, que escucharon atentos, igual que el resto del público, las exaltadas palabras de *El Maestro* sobre la materialización de sus ideales, la máxima obra de su prolongada vida universitaria; sobre “este acto heroico y de idealismo”, según habría de calificarlo en alguna de sus páginas, y sobre la ratificación de su compromiso con las ideas progresistas, las reformas sociales que clamaban a gritos nuestros pueblos, los intereses populares y el espíritu bolivariano de libertad, independencia (lucha contra la dependencia, para decirlo en el marco de su Teoría propia) e integración efectiva, con lazos de hermandad, entre los países latinoamericanos, como estrategia defensiva ante las potencias imperiales o, peor aún, imperialistas.

Los aplausos, que interrumpían a cada momento el emotivo discurso, estallaron en una sola voz, en un solo grito, en un solo aplauso colectivo, al final de la intervención, de veras el comienzo de una aventura que sólo Dios sabría cómo iba a terminar.

“Es la primera universidad del mundo que nace debajo de un árbol”, anotó alguno de los asistentes, sin saber siquiera que ahí estaba expresando la mejor definición de la Simón Bolívar, ‘la Universidad de Consuegra’ que muchos llamarían después en justo y cordial homenaje a su fundador, quien asumió igualmente el cargo de rector, volviendo al que ocupara unos meses antes en la Universidad del Atlántico, donde la represión seguía haciendo de las suyas.

1.10. Corporación Educativa Mayor del Desarrollo Simón Bolívar

La visita de los delegados del Icfes era esperada con enorme expectativa y ansiedad. No era para menos: en sus manos estaba la posibilidad de suspender las actividades académicas por haberlas iniciado sin el permiso debido, pero también la de darle plena legalidad a la institución que ya se encontraba en funcionamiento.

Ante tan crítico dilema, naturalmente para reducir el riesgo del cierre o la clausura, Consuegra y los otros fundadores, con sus más cercanos amigos, se encargaron de conseguir muebles, la dotación mínima y, en especial, los libros, pues *El Maestro*, quien se trajo de inmediato su biblioteca privada siempre abierta para las gentes de El Paraíso, sentenciaba que con eso bastaba, que lo fundamental en la universidad era el conocimiento, aunque éste se impartiera en el patio, debajo de un árbol, como en su época lo hacían Platón y Aristóteles, los filósofos griegos que fueron fundadores de La Academia y El Liceo, los antecedentes más remotos de la educación superior, avanzada. Y como nadie podía llevarle la contraria...

No faltaron los problemas. Los delegados oficiales, con el poder en la cabeza, exigían más y más, subrayando las deficiencias de acuerdo con las normas legales, pero Consuegra les quitaba la palabra, hacía gala de sus vastos conocimientos en materia universitaria y los iba convenciendo poco a poco que lo mejor era otorgar cuanto antes la aprobación.

Al concluir su evaluación, el Icfes dio la esperada luz verde a la nueva institución: Corporación Educativa Mayor del Desarrollo Simón Bolívar, nombre que expresaba los ideales de *El Maestro* sobre el desarrollo y la libertad de nuestros pueblos, encarnados a su modo de ver por el espíritu bolivariano, los cuales pretendía revivir, haciéndolos realidad, por medio de la educación superior, avanzada.

La citada decisión del Icfes fue recibida con entusiasmo, con alegría, lejos de la tristeza que embargaba a sus críticos, ansiosos porque se diera la orden de clausura. Para todos (directivos, profesores, estudiantes...), esto les garantizaba no sólo la continuidad de sus actividades sino la entrega de los diplomas correspondientes en el futuro, mientras sentían, con pasión, que su casa de estudios era una gran universidad de primer nivel, entre las mejores del país y América Latina, según lo reconocían prestigiosas autoridades académicas del país y el exterior. ¡Aquella fue una fiesta, como si el acto inaugural se repitiera!

La celebración continuó durante varios meses, tiempo en el que los directivos lanzaron un concurso para escoger el Himno de la Universidad –¡sí, de la Universidad Simón Bolívar!–, al que se presentaron numerosas propuestas, una de las cuales fue favorecida con el fallo del jurado: la de un alumno de primer año de Derecho, Avis E. Gil Barros, oriundo nada menos que de Valledupar, capital de la música vallenata que representa a cual más al folclor costeño y que ha conquistado, con el paso de los años, al resto del mundo.

De hecho, las bellas estrofas del joven vallenato ‘barrieron’ en el concurso, pero luego, tras los ajustes de rigor por parte del poeta Jorge Artel, fue el maestro Antonio Peñaloza (autor igualmente del Himno del Carnaval), quien hizo los arreglos musicales, cuya interpretación suele realizar desde entonces el coro de la Universidad, el cual está formado por un selecto grupo de estudiantes:

*La experiencia que cubre mis años / es un germen de
aurora boreal. / Soy el surco feraz que germina / en las luchas
que debo librar.*

*Soy la llama procera que ofrece / en los claustros,
radiante, el saber / a este mundo colmado de bienes, / repleto
de amor y de paz y de fe.*

*Soy la madre, genero esperanza; / soy cultura, ciencia y
libertad; / es mi afán extinguir la ignorancia; / soy del pueblo
y traigo la paz.*

*Tras las metas gloriosas del arte, / del deporte y la
ciencia social, / nuestras almas conducen la antorcha / que
despide su lumbre, ¡Oh, luz inmortal!*

*¡Simón Bolívar, ciencia y libertad! / ¡Simón Bolívar, tu
Universidad!*

La bandera, por su parte, fue izada por primera vez

en agosto de 1982. “Con un verde de mares, montañas y esperanzas –dijo entonces *El Maestro*, al inaugurar la sede académica del edificio central–, y el rojo de la sangre que bulle en los momentos de las dificultades y el compromiso creador”.

“Ante su sombra protectora –agregó–, buscaremos siempre estímulos para recordar el viejo lema de entender estos predios como una casa de estudios del pueblo, para la investigación científica, la formación técnica y la promoción cultural e ideológica”.

1.11. Ampliación y nuevas sedes

A los pocos meses de iniciar labores académicas, se vio que la casa alquilada a don Luis de Vivo resultaba insuficiente para albergar a tantos estudiantes atraídos por el bajo costo de las matrículas, fruto a su vez de la férrea decisión de Consuegra por hacer una universidad auténticamente popular, fiel a sus principios democráticos y socialistas, en oposición a las de carácter elitista que reinaban en nuestro medio.

El Maestro, pues, retomaba sus antiguos propósitos, frustrados en gran medida durante su paso por la Universidad del Atlántico, para llevarlos a la práctica; los requisitos exigidos para el ingreso de los estudiantes eran mínimos porque la educación, en su concepto, debe ser para todas las personas, sin excepción; y esto se enmarcaba en una política de congelación de salarios, manteniéndolos así en niveles

casi irrisorios para directivos y docentes, quienes compartían con entusiasmo esa orientación por considerar los aspectos económicos de poca o ninguna importancia frente a sus altos ideales de compromiso con la sociedad.

La austeridad se imponía por punta y punta, mejor dicho.

Era ahí precisamente donde entraba en juego el economista que también, junto al intelectual, habitaba en Consuegra. En efecto, él sabía de antemano, con base en las teorías económicas impartidas en clase y expuestas en sus libros, que los ingresos no se deben gastar o destinar al consumo en su totalidad sino guardar parte en aras de formar ahorros y hacer con estos nuevas inversiones, según la célebre fórmula keynesiana.

Controlar los gastos era, por consiguiente, algo inaplazable, perentorio, si querían el desarrollo o el progreso universitario, para beneficio de unos y otros; de igual manera, era indispensable reinvertir el saldo a favor, utilidades o ganancias generadas en tales operaciones por un adecuado manejo administrativo y financiero, a cargo de doña Anita. Tan sana gestión, con un estricto control del gasto y la eficiencia en el área de cobranzas, dio resultados positivos desde un comienzo, desde el mismo momento de la fundación, hasta los años siguientes, sin parar. Prueba de ello fue lo que sucedió al principio, circunstancias que hoy parecen imposibles, como de fantasía.

Lo cierto es que la institución tuvo que abrir nuevas sedes para albergar a sus distintas facultades, las cuales funcionaron en colegios de bachillerato de El Prado y el centro de Barranquilla. Era una especie de descentralización en sus operaciones, como hoy se diría. O de expansión institucional, para expresarlo en términos más modernos. La USB, por tanto, crecía y crecía, como si fuera una de las cadenas comerciales, tan comunes aun entonces. “La Simón Bolívar es como las ‘Olímpica’ –comentaban muchos, con humor–, que están regadas por toda la ciudad”.

Y un buen día, Consuegra se asomó por una pared interna, al fondo de la sede inicial, para comprobar que en la casa contigua, por detrás, había otra similar, la cual podría servir –pensó, guiado por la intuición y la creatividad que son tan necesarias en dichos procesos– para la ampliación requerida, siempre y cuando llegara a algún acuerdo con su propietaria, doña Petra de Blanco Núñez, distinguida esposa de un exgobernador del Atlántico. La señora, por fortuna, acogió con alborozo la propuesta, tanto por tratarse de un centro educativo como por el acuerdo final sobre el canon de arrendamiento, y de inmediato empezaron los trabajos de adecuación, con la celeridad debida.

En esa forma, tras tumbar la pared y abrir una puerta que comunicaba a ambas casas, las dos viejas construcciones entraron a formar parte de la entidad educativa, exhibiendo su particular estilo morisco no traído, ni mucho menos, por

inmigrantes árabes sino en general por las ricas familias de El Prado, deslumbradas en sus viajes a La Alhambra, en Granada (España), según recientes investigaciones históricas.

La nueva sede, que sólo era prolongación de la primera, permitió abrir más oficinas y salones de clase, pero sobre todo la Librería Indoamericana, naturalmente con énfasis en lo indoamericano (como la revista *Desarrollo* que nació tras el recordado encuentro de economistas en México), de nuevo con carácter popular, para la venta de libros a precios de costo, previas alianzas de Consuegra –escritor consagrado en el país y el exterior por sus textos de estudio– con las editoriales respectivas, tal como él lo había hecho meses atrás desde la rectoría de la Universidad del Atlántico.

La Universidad marchaba viento en popa.

1.12. La Perla: Casa de la Cultura

Pasados los años, al concluir la década del 70, se tuvo el primer edificio propio (ya no en arriendo) por escasos cinco millones de pesos, que estaba situado muy cerca de la casa donde nació la Universidad y al frente de la Escuela de Bellas Artes –¡sorpresas del tiempo!–, centro de reunión al que llegaron Consuegra y sus amigos tras la expulsión de la Universidad del Atlántico. Era como si estuvieran volviendo sobre sus pasos, convirtiendo el triste pasado en un alegre presente y, sobre todo, en el próspero futuro que se auguraba hacia las postrimerías del siglo xx y el comienzo del tercer milenio.

‘La Perla’ se leía en el frontis de la edificación, otra bella casona de El Prado, construida en los años 20 –es decir, durante la época de oro en Barranquilla–, como fiel copia de una mansión en la maravillosa Costa Azul (al sur de Francia, bañada por el mar Mediterráneo), la cual por lo visto había contado, entre sus ricos propietarios, nada menos que a Charles Chaplin, el más grande comediante de todos los tiempos. En este caso, la réplica era propiedad de una amiga de doña Anita, quien no tuvo reparos en firmar la transacción comercial.

¡Qué alegría la de *El Maestro* y su familia, tan pronto el negocio fue cerrado por una suma de dinero tan modesta, fruto además de sus esfuerzos, sacrificios y austeridad, ahorros y muchos desvelos! Pero, poco tardaron en saber por qué tan bajo precio. En realidad, la majestuosidad de la construcción era sólo aparente, más bien de la fachada, y aunque en sus orígenes era imponente, de claras dimensiones artísticas, en los últimos años venía sufriendo un lamentable deterioro que amenazaba incluso con su destrucción. Era fácil imaginar que el costo final sería muy superior si querían dejarla apta para las diversas actividades universitarias.

El reto, pues, era restaurar la vivienda, dejarla en condiciones adecuadas para que allí funcionara un centro educativo de alto nivel, y recuperar la dignidad de antes, cuando el pintor Alejandro Obregón, entonces decano de la Facultad de Bellas Artes que estaba frente a su puerta, cruzando la calle, solía departir con sus amigos de farra, encabezados

por Gabriel García Márquez y Álvaro Cepeda Samudio, cuya residencia quedaba también en El Prado.

Por fortuna, Ignacio, uno de los tres hijos de Consuegra, estudiaba Arquitectura en México, donde el arte de la restauración, a diferencia de nuestro país, se hallaba en una fase avanzada. Él fue, por tanto, el gran artífice de la recuperación de esta casa, todo a punta de fotos que le enviaban desde su ciudad natal para compartirlas con sus profesores, quienes le ayudaron a diseñar los planos con paredes y techos, puertas y columnas, ventanas y escaleras, conservando el estilo original en sus rasgos principales pero adaptándolo a las necesidades de la Universidad, que no eran pocas.

Al término del cuidadoso y calificado trabajo, surgió ‘La Perla’, dando por fin honor a su nombre, como recién llegada de la Costa Azul, blanca como la arena, en medio de la alegría de la comunidad educativa, cuyos numerosos funcionarios y alumnos no se cambiaban por nadie. ¡Era otro bello sueño hecho realidad!

Acaso por su lejano origen en el genio de Chaplin y su más reciente presencia de Obregón, con Bellas Artes a pocos metros de distancia, ‘La Perla’, en manos de la USB y de *El Maestro*, tenía que ser la sede de actividades culturales, artísticas, literarias, como lo fue al convertirse en Casa de la Cultura de América Latina, “albergue de investigadores, científicos sociales, escritores, poetas y catedráticos”, según

dijo Consuegra en uno de sus tantos libros mientras recordaba la estadía, durante una larga e inolvidable semana, del poeta cubano Nicolás Guillén, quien declamó sus versos por la libertad del pueblo y de la raza africana junto a Jorge Artel, el otro gran exponente de la poesía negra en Indoamérica.

El auditorio era el centro de tales actividades, las cuales iban desde la presentación de libros y recitales hasta coloridos espectáculos de danza y música, verdaderas “fiestas de las artes integrales” que reunían a los directivos, profesores y alumnos con reconocidos intelectuales locales, regionales, nacionales y extranjeros, todos deslumbrados por este culto a la inteligencia, por este derroche de belleza, por esta felicidad que ninguno quería que llegara a su fin, que terminara, que algún día cerrara sus puertas. ¡Nadie quería despertar de este sueño!

La Casa de la Cultura, a propósito, ha sido sede, hasta hoy, del Museo Bibliográfico Bolivariano, una de las mejores bibliotecas bolivarianas del mundo; de la Biblioteca de Humanidades, con varios incunables y ediciones príncipe de obras famosas, desde *El Quijote de la Mancha* hasta el *Diccionario de la Real Academia Española*; de la Hemeroteca Universitaria y el Museo del Periodismo, con numerosas revistas y libros de autores costeños, en franca exaltación de la cultura regional, propia, auténtica.

¡Otro gran sueño de *El Maestro*!

1.13. La sede académica

El 20 de agosto de 1982, casi diez años después de la fundación, se inauguró la sede académica, el edificio principal de la Universidad, aunque en ese momento era también una casa vieja, otra casona del barrio El Prado, por el Parque de los Fundadores que rinde culto al pionero de la aviación en Colombia: Ernesto Cortissoz, nombre con el que a su vez fue bautizado el aeropuerto de la ciudad. A decir verdad, lo único que allí se inauguraba era la compra de esa vivienda, pues el resto de la construcción estaba ‘en pañales’, en la imaginación de los arquitectos y, sobre todo, en la mente de Consuegra, quien vislumbraba una edificación que albergara las aulas y se integrara, usando su amplio patio, con las características arquitectónicas del lugar.

Pero, ¿cómo fue posible –se preguntará– que en poco tiempo se pasara de casas alquiladas a sedes propias, como antes había ocurrido con la Casa de la Cultura y como sucedió en los años siguientes, cuando más y más edificios, empezando precisamente con los de la sede académica, se fueron levantando en aquellos sitios, siempre en El Prado y alrededor de un mismo punto, en círculos concéntricos? De hecho, la fórmula arriba mencionada, con la formación del ahorro a partir de la restricción del gasto y la correspondiente reinversión de utilidades, fue la clave del éxito. Sin embargo, igualmente influyeron factores externos (las llamadas causas exógenas en opinión de los economistas) que es preciso destacar. Veamos.

En la década de los 80, la crisis económica golpeaba con rigor a Barranquilla. Politiquería, corrupción, pésimos servicios públicos y alto costo de vida, todo ello se juntaba para desatar una profunda recesión, la cual obligó a muchos propietarios de antiguas viviendas salir de ellas, venderlas a cualquier precio, rematarlas y buscar otros sitios para vivir, abriéndose así nuevos polos de desarrollo que entonces eran incipientes, lejos todavía del espectacular crecimiento que tendrían después.

Los precios de la vivienda estaban por el suelo, con mayor razón en las viejas casonas de El Prado, cuyas grandes dimensiones representaban cuantiosos gastos cuando no muchas molestias para su mantenimiento y cuidado, más aún cuando ya las familias comenzaban a ser más pequeñas, con menos hijos, según cambios demográficos que se daban en todo el mundo. Para expresarlo sin rodeos, el estilo de vida en boga exigía residir en pequeños y cómodos apartamentos, no tan costosos ni tan poco funcionales. Esa era la última moda que por cierto no ha desaparecido.

La Universidad aprovechó tales circunstancias, como el hecho de que muchas de las gentes de mayores recursos, concentradas antes en El Prado, iniciaran su desplazamiento progresivo hacia modernas zonas residenciales, con altos edificios y sofisticados centros comerciales, característicos del siglo XXI.

Pues bien, la casa en cuestión, en torno a la cual se

construiría la sede académica, fue parte de ese proceso urbanístico, de la recesión y el desplome de precios, tanto que su propietario, de origen italiano, quien vivía en la planta baja de la que partía una escalera al segundo piso donde estaba su inquilino, la vendió por una modesta cantidad de dinero, acaso simbólica. Lo importante era salir de ella, como fuera.

Al comprar la vivienda, Consuegra ordenó que no la tocaran, que la dejaran tal como estaba, que al fin y al cabo esto era patrimonio cultural de la ciudad, y que la ampliación, según se hizo en la primera donde nació la Universidad, fuera hacia atrás, en el patio, donde el arquitecto Gustavo Raad Mulford, un pariente cercano, concibió los edificios en forma de ‘L’ que fueron surgiendo poco a poco.

El Maestro fue quien puso la primera piedra, sin importarle que las edificaciones no existieran, ni hubiese la plata para hacerlas, ni que los planos de pronto se quedaran en bocetos. No. Presidió el solemne acto de inauguración, invitó al director del Icfes, Pablo Oliveros Marmolejo, y al contralor general de la República, Aníbal Martínez Zuleta, para que lo acompañaran en el histórico acontecimiento, y exaltó una vez más la memoria de Simón Bolívar, cuya estatua habría de presidir esta nueva etapa rumbo al siglo XXI, en la que él estaría guiado no sólo por *El Libertador* sino también por José Martí, a quien luego le rendiría honores con el nombre de la biblioteca central.

“¡Que el gran Libertador proteja nuestros actos!”,

fueron las palabras finales de su discurso que se reprodujo 25 años más tarde en sus *Obras Completas*.

1.14. Teatro José Consuegra Higgins

La institución seguía creciendo. A comienzos de los 90, con José Consuegra Bolívar como rector ejecutivo mientras su padre fungía como rector-fundador, se dio inicio al segundo ciclo de expansión, crecimiento y desarrollo, necesario ante la crisis desatada en las ciencias sociales, particularmente en los programas de Sociología y Economía, cuyos pocos estudiantes los condenaban al cierre definitivo. Fue entonces cuando se decidió abrir la universidad a todas las ciencias, mejorar la calidad educativa, entrar en la era de los posgrados y fortalecer la actividad investigativa, aun en las ciencias básicas.

En 1998, al celebrar sus Bodas de Plata y al acercarse el año 2000, cuando muchas gentes aseguraban que al concluir el segundo milenio de la era cristiana sería el fin del mundo, la Simón Bolívar, casi tres décadas después de su creación, recibió el título oficial de ‘Universidad’, previa solicitud de sus directivos a las autoridades nacionales respectivas para el cambio del nombre. Así, la Corporación Educativa Mayor del Desarrollo Simón Bolívar, que todavía se recuerda con nostalgia, pasaba a la historia, lejos de desaparecer los ideales bolivarianos y de desarrollo que le dieron origen, al tiempo que la Universidad Simón Bolívar (a la que seguiremos identificando como Universidad Simón Bolívar) entraba al tercer milenio con bombos y platillos, en traje de gala y en

plena juventud, aunque con la madurez que sólo dan los años y las buenas obras.

Una de esas buenas obras tuvo lugar precisamente por aquellos días, en 1998, cuando se inauguró el edificio de Posgrados. ¡Quién iba a pensarlo! ¿La USB, nacida en un garaje al decir de sus críticos furibundos, ofrecería los programas educativos más avanzados, tanto de maestrías como de futuros doctorados, al estilo de las mejores universidades del mundo? ¿Y disponía para ello de un flamante edificio, también de su propiedad como todos los demás, sin tener que recurrir a casas alquiladas o colegios de bachillerato, según lo hizo en sus comienzos?

El Maestro, con razón, celebraba el magno acontecimiento, no sin advertir en el acto de inauguración que más allá de los cartones y la mayor especialización en tales o cuales áreas están la debida formación de las personas, sus valores intelectuales o morales, y especialmente la visión integral del conocimiento, con una íntima relación entre las ciencias que tienen su origen común en el ser humano, invocando en esta forma sus ideas principales sobre lo que es y debe ser la Universidad, un tema al que nos vamos ahora acercando para verlo a profundidad en el próximo capítulo.

Sigamos. Llegado el siglo XXI, con el nombre de la Universidad en su nueva imagen que la identificaba ante propios y extraños, la USB entró con pie derecho a los retos

planteados por la globalización, no sólo ampliando su red física (tanto con la Casa de la Rectoría como con la de Matrículas, de las que se conservaron a su vez, con la restauración necesaria, las antiguas casonas de El Prado), sino también mejorando los aspectos educativos que en los últimos años le han merecido el premio de la acreditación a varios programas mientras se le apunta, con todas las baterías enfiladas para alcanzar tan loable propósito, a la acreditación institucional, contemplada en el actual plan de desarrollo.

Pero, por encima de esto, están los fuertes lazos que la unen al pasado, a la historia, a los orígenes y Principios –Principios, con mayúscula–, de los que nunca podrá separarse. Y no se ha separado, enhorabuena. Al contrario, la USB tiene un pie en el futuro, puesto en la internacionalización, y otro pie en sus tradiciones, en el legado de sus fundadores.

Por ello, nada mejor que haberle dado el nombre de José Consuegra Higgins al Teatro de la Universidad Simón Bolívar, lugar donde hoy se realizan los actos académicos de mayor trascendencia, entre los cuales sobresale la celebración de los 40 años de fundación a lo largo de 2013.

También aquí, en el Teatro José Consuegra Higgins, hay mucha historia. La de El Prado, en primer lugar; la de los antiguos teatros de cine en Barranquilla, como que en este sitio se levantaba el famoso ABC, una cadena que tenía otros locales en el centro de la ciudad; y sobre todo la prolongada y extraordinaria historia de *El Maestro*, quien hizo sentir su

presencia, en escenas desgarradoras, a través de un saludo en video que fue transmitido a todos los asistentes a dicho acto, el cual estaba presidido por su hijo mayor, el rector José Consuegra Bolívar, y por doña Anita, ‘mi computadora’ como le decía con cariño en justo reconocimiento por su memoria prodigiosa, facultad que por desgracia a él lo abandonó en los últimos años.

“Mi padre siempre quiso –dice Ignacio, arquitecto restaurador y actual vicerrector de Infraestructura de la USB– un sitio así, con un auditorio enorme, majestuoso, en los más altos niveles estéticos, que las gentes del pueblo, sin recursos económicos, pudieran disfrutar”.

Y cuando dice esto, al segundo hijo de Consuegra le brillan los ojos, como si las lágrimas estuvieran a punto de brotar...

Lecciones **sobre**
la Universidad



2

2.1. El ideario de *El Maestro*

Tras el rápido recuento de los 40 años de la Universidad Simón Bolívar, guiados en todo momento por su fundador, José Consuegra Higgins, pasamos ahora, en este segundo tramo del camino, a considerar sus ideas sobre la USB y la Universidad en general, expuestas obviamente por quien fue un universitario a carta cabal, maestro en el pleno sentido de la palabra y uno de los más importantes pensadores de América Latina en las últimas décadas, ya no sólo como economista, en el campo de la llamada ‘ciencia lúgubre’, sino también de las humanidades y las ciencias sociales, del conocimiento científico en su conjunto, de la propia Responsabilidad Social Universitaria (RSU) y de otros múltiples aspectos políticos, culturales, éticos, etc., que abordaremos a continuación.

De hecho, en las páginas anteriores hemos registrado algunos de esos aspectos, relacionados por ejemplo con la teoría propia, el auténtico desarrollo integral de los pueblos, la lucha contra la dependencia y el atraso, la actividad cultural y la misma autonomía universitaria, pero ya los veremos en detalle, con lupa, lo cual nos permitirá no sólo ahondar al respecto sino también llevar tales enseñanzas a nuestra conciencia, dejarlas impresas en lo más profundo de nuestro ser y, sobre todo, ponerlas en práctica como *El Maestro* lo hizo

a través de su prolongada vida académica. He ahí el principal objetivo, dicho sin mayores rodeos, del presente libro.

Son verdaderas lecciones, claro está. Lecciones sobre la Universidad, insistimos. Como si él estuviera todavía en el salón de clase o, mejor, dictando una de sus inolvidables conferencias en el auditorio al aire libre de la Casa de la Cultura, donde—en medio de sus regaños paternales, con cariño pero igualmente con autoridad— reclamaba una educación popular, clave para el desarrollo, mientras exaltaba la figura heroica de *El Libertador* Simón Bolívar y la mencionada autonomía, atacaba el centralismo asfixiante a escala nacional y mundial, se iba lanza en ristre contra el neoliberalismo y la globalización, invocaba el civismo y la urbanidad, todo ello en el marco del compromiso social y de las diversas manifestaciones culturales que solían cerrar con broche de oro sus palabras, siempre emocionadas y convincentes.

A nuestro modo de ver, este ideario es de obligada consulta por los diferentes miembros de la USB (directivos, profesores, personal administrativo y estudiantes), tanto los de ayer como los de hoy y quienes lleguen en el futuro, porque es como su sello de identidad, lo que debe distinguirlos en la sociedad, dondequiera que estén. Eso es lo que significa, ni más ni menos, ‘ser bolivariano’, según lo sugiere el citado himno institucional en el mensaje del coro, a modo de estribillo: “¡Simón Bolívar, ciencia y libertad! ¡Simón Bolívar, tu Universidad!”.

Pero, su vigencia trasciende los estrechos límites de la USB, por amplios que sean. Las ideas de *El Maestro* son válidas para todas las universidades colombianas y de América Latina, según lo podrán comprobar los lectores de otros países hermanos y hasta del resto del mundo, incluidas las naciones con mayor desarrollo en el planeta, donde sigue vigente el reclamo de nuestros pueblos por la justicia social, la erradicación de la pobreza, la igualdad de oportunidades y la dignidad de las personas, cuyos derechos son sagrados, inviolables. ¿Quién podrá negar, con los pies en la tierra, la validez de dichos criterios?

Lo invito, amigo lector, a escuchar atento estas lecciones, puesta la mano en el corazón, en sus valores humanos esenciales, con la única autoridad de su conciencia. ¡Dejemos que *El Maestro* hable de nuevo, como si no estuviera hundido en el silencio!

2.2. La universidad popular

“Casa de estudios del pueblo”, repetía *El Maestro* al hablar de la Universidad Simón Bolívar, destacando así su carácter popular, democrático, por oposición a las numerosas universidades que no lo son, que mantienen un carácter elitista, sólo para ricos, mientras ésta en cambio era, es y debe ser para pobres, para estudiantes de escasos recursos económicos, a los menores costos posibles, con las matrículas más bajas de la ciudad y del país.

“Del pueblo”, subrayemos. Y para el pueblo. Que es, en

verdad, la expresión de su pensamiento socialista, de izquierda, a favor del proletariado, cuyas miserables condiciones de vida se deben superar a través precisamente de la educación, del estudio, del conocimiento. Esa era la bandera enarbolada por millones de estudiantes en el mundo, a fines de los años 60 y comienzos de los 70, mientras soñaban con la revolución social desde la universidad, fruto a su vez de la libertad, aquella que por cierto suele reinar en los corazones juveniles. Consuegra era digno exponente de estos ideales revolucionarios.

Se trata de una visión marxista, sin duda. Con el énfasis debido en la división de clases sociales propia del sistema capitalista, donde la clase dominante se perpetúa, entre otros muchos medios, a través de la educación, la cual crea condiciones favorables para su acceso al tiempo que los sectores populares quedan excluidos, como si no tuvieran derecho a su progreso intelectual, profesional.

Es lo que explica –según Consuegra– los exámenes de Estado para los aspirantes al ingreso (del Icfes, en el caso colombiano), la restricción de cupos en los diversos programas o facultades, el recorte presupuestal que él mismo padeció en la rectoría de una universidad pública como la del Atlántico, y en último término la flagrante violación de mandatos constitucionales, donde la libre escogencia de los estudios por parte de los ciudadanos se queda en letra muerta.

El resultado era una universidad elitista, “sólo para ricos”, según lo planteaba durante su diálogo con el poeta Artel

en el patio de la casa de El Paraíso, ahí mismo, en el quiosco, donde también salieron tantas páginas de su vieja máquina de escribir. De ese encuentro histórico, por fortuna, se conserva el video correspondiente, en el cual *El Maestro* presenta su concepción de la universidad, tanto sobre los aspectos que venimos destacando como sobre otros que veremos a lo largo del presente capítulo.

“La Universidad Simón Bolívar –recordaba entonces– nació como un centro de estudios eminentemente popular y democrático que conserva su distintivo de organismo al servicio del pueblo”. Acá está dicho todo.

Una universidad popular, para el pueblo, para los más pobres, para campesinos y obreros como él señaló alguna vez al justificar, en medio de las protestas de ciertos funcionarios por los problemas financieros que la institución presentaba desde su creación, medidas como la congelación de las matrículas, sin olvidar las becas que él ofrecía con generosidad a muchos estudiantes y, de manera especial, a los bachilleres egresados del Colegio Ana Bolívar de Consuegra, en Isabel López, su amado pueblo de infancia.

La USB, por lo demás, nació pobre, con la pobreza a cuestas, sin apoyo del Estado o del sector privado, pero tampoco aspiraba a ser rica, a convertir la educación en negocio rentable, a usar la universidad con fines lucrativos, lejos de ser una entidad sin ánimo de lucro como ordenan las normas legales.

No obstante, su razón última de ser –explicaba– es la de contribuir en forma significativa a superar la pobreza y el atraso, “la dependencia cultural y el subdesarrollo dependiente”, consciente de que la educación es el único camino seguro para salir de pobres, para romper el círculo vicioso y terrible de la pobreza que tanto degrada al ser humano.

¿Cuántas personas –cabe preguntar– pueden dar fe, con su experiencia vital como prueba, sobre la plena validez de tales criterios? ¿Sus familias acaso no vencieron la pobreza, mejorando sus condiciones de vida, por la educación recibida en la universidad? ¿Y este criterio, según el cual la educación es la clave por excelencia para dar el salto al desarrollo, no se acoge hoy en todo el mundo, proclamándose aquí y allá su vigencia? ¿Quién puede afirmar lo contrario?

Digamos, por último, que la educación popular, profundamente democrática, es lo que proclaman a gritos las frases de Bolívar, Martí y Neruda, impresas en los muros de la USB, desde la sede académica hasta la Casa de la Cultura, desde el edificio de rectoría hasta el de Posgrados, repitiendo las hondas convicciones de *El Maestro*.

2.3. El espíritu bolivariano

José Consuegra Higgins fue un bolivariano absoluto. Lo era desde sus años mozos, cuando vio que sus ideas libertarias, de izquierda, revolucionarias, tenían origen principalmente en *El Libertador*, de quien se negaba a aceptar que fuera el padre

del conservatismo colombiano, no de su partido, el liberal, en especial del liberalismo socialista al que entregó por completo su vida. Por eso hemos dicho que la USB encarna ante todo el espíritu bolivariano de *El Maestro*, como deben encarnarlo sus directivos, profesores y alumnos, quienes a su vez tienen que sentirse orgullosos por ser bolivarianos, fieles a los ideales del Padre de la Patria.

Consuegra fue fiel a dicho legado, como pocos. Tanto que en su primera idea de crear una universidad ya aseguraba que su nombre sería el de Simón Bolívar, según le confesó a su esposa Anita en Cartagena; la USB se levantó en honor a *El Libertador*, “nuestro patrono” como él decía con insistencia; y por ello no es de extrañar que la sede académica, cerca a la entrada principal, esté presidida por su estatua solemne, imponente, desafiante, mientras sus frases cubren paredes y muros junto a las de otros libertadores de Indoamérica: Martí y Neruda, como acabamos de señalar.

“Llevamos un nombre que es un reto diario: Simón Bolívar”, dijo precisamente al inaugurar, en agosto de 1982, la sede académica. Es el reto –anotaba– de conocer su obra, valorarla y divulgarla, cumplirla y, en definitiva, llevar a la realidad sus ideales no sólo de libertad sino de integración, de unión y de hermandad entre nuestros pueblos, cuya historia y cultura son comunes.

“Nuestra Patria es América”, proclamaba *El Maestro*

al citar la máxima sentencia bolivariana; propugnaba, pues, por una integración regional efectiva, como reviviendo La Gran Colombia desde México hasta La Patagonia, y a cada momento rememoraba las palabras finales de *El Libertador* en su lecho de muerte: “Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro”.

Sin integración, a su modo de ver, no es posible el desarrollo, ni tampoco se alcanza la libertad, ni por tanto la democracia fundada igualmente en los principios de igualdad y confraternidad que inspiraron a la Revolución Francesa, fuente del espíritu bolivariano.

Y claro, la unión latinoamericana es indispensable –concluía el fundador de la USB– como estrategia defensiva frente a las fuerzas dominantes de Estados Unidos, cuya cultura es diferente a la nuestra, cuyos afanes imperiales fueron rechazados por el mismo Bolívar con visión profética, y cuyas nuevas formas de poder, paradójicamente en nombre de la democracia y las libertades económicas, generan una dependencia mayor que la padecida en América Latina desde la conquista española hasta la feliz culminación de la época colonial.

En síntesis, Consuegra vio en Bolívar a un pionero de la Teoría propia en América Latina, contra la dependencia y el subdesarrollo estructural, tanto a la luz del pensamiento

jurídico (que reclamaba formular nuestras leyes –siguiendo las enseñanzas de Montesquieu– con base en nuestra realidad particular), como en el plano económico (pensemos en su libro sobre *Las ideas económicas de Simón Bolívar*) y en el social, siempre opuesto a los modelos extranjeros.

“*El Libertador* fue brillante exponente de un pensamiento jurídico, económico y social auténtico”, dijo *El Maestro* durante algún acto de graduación de abogados, economistas, sociólogos y trabajadores sociales de la USB, mensaje que ciertamente compromete a todos los egresados con la teoría propia, único medio posible para alcanzar la autenticidad.

Digamos, para cerrar esta sección, que las ideas bolivarianas aquí resumidas continúan vigentes. Son útiles para abordar los problemas actuales, repetimos. Ni la dependencia, ni el subdesarrollo, ni el imperialismo, ni la desigualdad social, están pasados de moda, vencidos por el paso del tiempo. No. Como la democracia plena, económica y social, o la lucha por la libertad y, en general, por los derechos humanos, tampoco son temas obsoletos, ni mucho menos. Al contrario, están más vigentes que nunca. Basta abrir los ojos para comprobarlo.

Sería imperdonable, en tales circunstancias, que seamos inferiores al reto trazado por *El Maestro*, quien a propósito rindió un nuevo homenaje a *El Libertador*, en la propia Universidad Simón Bolívar, con la apertura del Museo Bibliográfico Bolivariano, el mejor de su género en el mundo,

cuyos varios miles de libros especializados en diferentes salas (Santander, San Martín, Sucre, Urdaneta...) esperan ansiosos a los investigadores, profesores y estudiantes, para darles la sabiduría que tanto anhelan.

Ahí está el Museo, en la hermosa Casa de la Cultura, donde cada mes se reúnen la Sociedad Bolivariana del Atlántico y la Academia de Historia, sirviendo además como escenario de los actos solemnes de entrega del título de Doctorado Honoris Causa a reconocidas personalidades nacionales y extranjeras.

2.4. La educación, clave del desarrollo

“Un hombre sin estudios es un ser incompleto”, decía Bolívar, quien explicaba: “La instrucción es felicidad de la vida. El ignorante, que siempre está próximo a revolverse en el lodo de la corrupción, se precipita luego infaliblemente en las tinieblas de la servidumbre”. “Un pueblo ignorante es instrumento ciego de su destrucción”, concluía.

La cita es de *El Maestro*, según consta en algún aparte de sus *Obras Completas*. Por lo visto hasta ahora, es fácil explicar por qué: el conocimiento es la razón de vivir, la felicidad plena; quien no conoce, está condenado a la servidumbre y la corrupción, a ser esclavo y caer en el peor estado de degradación como ser humano, mientras un pueblo ignorante, sin educación, va rumbo a su extinción, a la aniquilación total, definitiva.

Conviene, apreciado lector, detenerse un momento en tales reflexiones y tomar conciencia sobre su profundo significado y de cuánto nos dicen sobre nuestras actividades académicas, cualesquiera sean.

Pero, las reflexiones de Consuegra al respecto van más allá. Se relacionan con su Teoría propia y, en particular, sobre la dependencia y el subdesarrollo estructural de nuestros países, situación que sólo es posible superar a través de la educación, la cual es por consiguiente el factor clave para dar el anhelado salto al desarrollo.

“No puede haber desarrollo, aunque haya crecimiento, sin educación”, recalaba. Y claro, ese es el único camino, en las aulas universitarias, donde se logra vencer la pobreza, según le constaba en su experiencia personal, familiar, al recordar la penuria que soportaron en su infancia las gentes humildes de Isabel López, su pueblo natal. Un criterio que por cierto hoy es admitido a escala universal, desde el seno de Naciones Unidas.

La educación, por último, es la más noble causa, como es la del maestro o profesor, quien debe cumplirla –advertía– con enorme satisfacción u orgullo por el gran servicio que presta a la sociedad, a los demás, a quienes de veras lo necesitan. Con lo cual llegamos a la debida exaltación del trabajo docente, a través del cual se imparte la tarea educativa. Identifiquemos también aquí algunos aspectos que son dignos de consideración.

Para empezar, no olvidemos que Consuegra fue siempre un maestro, un profesor, tanto que sus numerosos discípulos lo identificaban como *El Maestro*, un título que él recibía con agrado, pero también con mucha humildad, cuando recordaba que con ese mismo nombre se referían otros discípulos a Jesús, el hijo de Dios según las milenarias creencias cristianas. Jesús era *El Maestro* –dijo al oído de los profesores de la USB que entonces lo escuchaban– “porque su vida fue la entrega en la enseñanza de la hermandad, el bien y la doctrina salvadora de su Padre”.

“Un maestro, un profesor, es ser particular y afortunado”, sentenciaba, enunciando a continuación las razones: “Con delicada y responsable misión, de una parte; y del gozo del privilegio de moldear caracteres y conductas, por la otra”. O sea, la educación es noble por naturaleza, pero también lo es quien la imparte al asumir una misión de tanta importancia en la sociedad y de tan profundo impacto en cada persona, a quien se logra mejorar en todo sentido, sacándolo de su estado primitivo para elevarlo al mundo de la cultura, de la civilización. ¿Habrà alguien que se le pueda comparar en tan noble tarea?

Así las cosas, no es de extrañar que Consuegra abunde en elogios al maestro a lo largo de su vasta obra. El suyo –afirma– es “un compromiso sublime” ante la confianza depositada por la sociedad, las familias y los propios estudiantes para su formación; “es la entrega y el goce”, nunca

un sacrificio como algunos piensan en forma equivocada; y hasta “los mismos sufrimientos y desventuras se recuerdan después como ofrendas al privilegio de educar la juventud”, siendo “los momentos más difíciles, apenas gajes del oficio”.

Frases para enmarcar, grabar en la memoria colectiva y repetirlas hasta vivirlas a cada momento, con pasión, como debe ser. ¡Todos los profesores, no sólo universitarios, deben darse por aludidos!

De otro lado, y gracias a la enorme capacidad de análisis que poseía, *El Maestro* observaba los cambios recientes en la pedagogía, en la forma de enseñar y en la personalidad del docente (quien dejaba de ser el tradicional ‘sabelotodo’ engominado para transformarse en amable compañero de sus alumnos, cuya mayor participación en las clases resulta necesaria), pero también era bastante crítico por la repetición de textos o manuales —“como loros”, decía—, por la absoluta dependencia de modernas tecnologías y por ser en muchos casos simples catedráticos, no profesores en sentido estricto, temas que iremos desglosando en las siguientes páginas.

2.5. La cultura en ‘la U’

Como acabamos de señalar, la educación es esencial a la vida universitaria. ¿Y qué decir de la cultura, sinónimo en gran medida de la educación? De hecho, las universidades son centros educativos y culturales; la educación es cultura, como ésta suele darse a través de aquella, y en tal sentido se

trata de dos conceptos bastante relacionados, como si fueran hermanos. O al menos así debe ser, en opinión de *El Maestro*.

Pensemos, a propósito, en su carácter intelectual, con amplia formación en diferentes disciplinas (economía, política, historia, literatura...) y, sobre todo, en la intensa actividad cultural que promovió especialmente desde la rectoría de la USB, según veíamos en el capítulo anterior. Pero, fue en la Universidad Simón Bolívar donde logró darle rienda suelta, sin control, a esta visión humanista de ‘la U’, hasta alcanzar una posición de verdadero liderazgo no sólo en el país sino en América Latina, cuyas figuras más representativas del pensamiento social fueron sus asiduos visitantes, huéspedes a quienes atendía como el mejor anfitrión que pudieran conocer.

Por esto precisamente fue que el escritor David Sánchez Juliao, otro gran exponente de la cultura caribeña, calificó a Consuegra como “el más importante promotor cultural de la Costa colombiana”, llegando a proponer que fuera declarado “monumento vivo” como el poeta Nicolás Guillén en Cuba. No era descabellada la propuesta, ni mucho menos. Al contrario, era apenas lo justo, lo que él se merecía, lo que debió haberse hecho. Lo absurdo y lamentable es que ese máximo reconocimiento no se hiciera, prueba cabal de la poca valoración que despierta la cultura entre las autoridades públicas, privadas e incluso académicas, cuando no por la ingratitud y envidia aún en boga.

El Maestro, sin embargo, pasó siempre por encima de tales circunstancias negativas, poco favorables. Antes bien, arremetía contra quienes llegaban a oponérsele, a reclamar una orientación tecnócrata en las aulas o a ver la educación como un simple negocio, y respondía no sólo con ironía en sus artículos periodísticos y en sus libros sobre diversos temas sino especialmente con los numerosos festejos culturales en la USB, a los que asistían, a veces como espectadores y a veces como protagonistas, los más prestigiosos intelectuales del momento, tanto de la Costa como del resto de Colombia y de otros países. Bajo su dirección, ¡la Universidad Simón Bolívar se convirtió en centro cultural de primer orden!

Continuas presentaciones de libros, pues “el libro –decía– es la más bella expresión de la cultura”; conferencias y más conferencias, por lo general de invitados extranjeros; bellos espectáculos de música y bailes folclóricos, como la cumbia y el mapalé; exposiciones de arte, con autores representativos de la región, y en definitiva múltiples actos culturales, en los que la juventud bolivariana participaba con entusiasmo, dándole así plena razón a *El Maestro* sobre la necesidad de promover dichas acciones en el apasionante mundo universitario. Cualquiera de sus profesores y alumnos puede dar constancia de ello.

Todo lo anterior fue sugerido por Consuegra en su citado diálogo con el poeta Artel sobre la Universidad, la cual a su modo de ver debía estar comprometida con la cultura en sus

diversas manifestaciones, tanto que sus futuros profesionales dispusieran también de una sólida formación intelectual en materia política, económica, social e histórica (cualquiera sea su especialidad, por más técnica que fuese), para ser ante todo buenos seres humanos, conscientes de su enorme responsabilidad en virtud de sus valores éticos, morales.

Conscientes, por ejemplo, de la necesidad de contribuir al cambio social y, por ende, al mejoramiento de la vida colectiva, regida por principios de equidad o justicia. De ahí el enérgico rechazo, formulado por Consuegra hasta sus últimos días, de la dependencia cultural, de las modas importadas desde los países desarrollados, de la televisión que ha desplazado el amor a la lectura, de las modernas tecnologías que concentran la atención de niños y jóvenes, del libertinaje exhibido en los medios de comunicación, del excesivo culto al dinero, de la pérdida de los auténticos valores por el materialismo y el consumismo en boga, del avance incontenible de la globalización y el neoliberalismo encargado de arrasar los viejos ideales democráticos de libertad, igualdad y confraternidad.

En síntesis, *El Maestro* propugnaba por la identidad cultural y su búsqueda incansable, con el culto de rigor, en nuestras universidades, lejos de ser por el contrario el escenario donde se destruyen los pocos signos de dicha identidad para dejarlo en manos de la dependencia cultural de los países desarrollados, los cuales utilizan precisamente ese medio

—diríamos, parodiando su famoso libro sobre el control natal— como arma del imperialismo.

¿Cuán lejos estamos —cabe preguntarse— del modelo trazado por él hace 40 años en el patio de su casa en El Paraíso? ¿Qué dirían él y su querido amigo poeta sobre lo que hoy está sucediendo en el mundo? ¿Qué dirían?

2.6. Contra la universidad repetidora

A este asunto nos hemos referido en secciones anteriores, como cuando observamos la aguda crítica de Consuegra a los profesores que son como ‘loros’ en las clases, repitiendo textos extranjeros, o a los intelectuales subdesarrollados, quienes saben más de las culturas foráneas que de las propias, o incluso a su Teoría sobre la dependencia estructural, de la cual precisamente el fenómeno en cuestión es una de sus más claras manifestaciones. Pero, conviene volver sobre él, ahora que repasamos esta especie de decálogo universitario, con mayor razón por la gran vigencia que tiene. ¿O será que las situaciones descritas ahí están superadas? Ustedes dirán.

Para empezar, *El Maestro* se iba lanza en ristre contra “la visión extranjerizante, sometida, dependiente, de la mayor parte de nuestros círculos académicos, en especial universitarios”, según observamos en un libro anterior sobre su vida y obra. Su diagnóstico, pues, era bastante crítico, negativo si se quiere. Recordemos, sin embargo, que ese fue siempre su mundo, el de los intelectuales y como profesor

o conferencista en numerosas universidades del país y el exterior, por lo cual tenía autoridad de sobra para pronunciarse al respecto. Hablaba con conocimiento de causa, mejor dicho.

Y como buen analista social, identificaba exactamente las causas del fenómeno, de las cuales la dependencia, la tantas veces mencionada dependencia cultural, era fundamental. La veía, por ejemplo, en la proliferación de libros importados, mientras las mismas editoriales se niegan a distribuir los textos de autores latinoamericanos, quienes sólo salen a flote cuando son reconocidos más allá de las fronteras nacionales, en las metrópolis o centros de poder. O en el campo de la economía que, como sabemos, era su especialidad. Detengámonos acá por un momento, en gracia de discusión.

En su época, cuando la política de izquierda se había tomado por asalto a muchas de nuestras universidades, eran bastante comunes los libros marxistas (de Marx, Lenin, Stalin, Mao...), así como los manuales de economía política, entre ellos el muy popular de Nikitin. Pues bien, Consuegra bautizó a los maestros que repetían hasta el cansancio dichos textos con el mote de ‘nikiteros’, en forma similar al calificativo de ‘loros’ que solía usar para referirse a sus colegas intelectuales. Fácil es imaginar la enérgica reacción que esto provocaba entre sus indefensas víctimas, quienes preferían guardar silencio o simular que la cosa no era con ellos sino con los demás, como siempre ocurre.

Quienes actuaban así –agregaba en su reprimenda que

muchas veces hacía pública en sus exaltados discursos en la Casa de la Cultura— hacen apología de conceptos equivocados que aparecen en los manuales provenientes de Estados Unidos, Europa, China y hasta Cuba, como cuando acogen la doctrina cuantitativa sobre los precios, la misma que él atacó en su teoría sobre la inflación al considerar que ésta no es generada por la cantidad de dinero en circulación y su correspondiente demanda sino por el manejo monopólico de los productos en una economía capitalista, al servicio del gran capital.

‘Loros’ y ‘nikiteros’ ignoran además —precisaba— que esa teoría cuantitativa, a la que tanto idolatran, fue formulada primero en nuestros países latinoamericanos por autores de origen español e incluso criollos, según demostraban las investigaciones históricas de Oreste Popescu. O que a fin de cuentas dicha política monetaria obedece a un propósito específico de dominación y dependencia, imponiendo así las naciones dominantes aquellas teorías que favorecen sus propósitos expansionistas, basadas en la libre competencia donde siempre llevan las de ganar. Nuestros maestros, en fin, terminan convertidos en idiotas útiles del imperio, presentando como científico lo que en sentido estricto no lo es o simplemente se queda a mitad de camino sobre el conocimiento de la verdad.

Para Consuegra, en cambio, la economía es una ciencia social y, en consecuencia, debe partir de nuestras realidades sociales, no las de países extranjeros, cuyas teorías pueden

ser válidas para ellos, no para nosotros; de ahí lo absurdo –comentaba– de enviar profesores al exterior para que luego vengan a repetir enseñanzas que sólo buscan fortalecer la dependencia de nuestros pueblos; y lo que se requiere, en último término, es desarrollar –insistía– una teoría propia, auténtica, original, ligada a nuestro suelo, a nuestras raíces, sin ser como ‘loros’ o ‘nikiteros’, ahora con manuales distintos que hablan, por el contrario, del neoliberalismo y la globalización.

Volvamos a lo dicho arriba: ¿nuestras universidades siguen siendo simples cajas de resonancia de cuanto se dice en el extranjero, por equivocado que sea? ¿Lo son? ¿O no lo son? Ustedes dirán.

2.7. De la docencia a la investigación

Para *El Maestro*, la educación universitaria no se reduce sólo a la docencia o a la formación profesional. No. También considera esencial la actividad investigativa, incluso por lo que acabamos de señalar: permite ir más allá de la mera repetición, en actitud pasiva, de los conocimientos, que la cultura memorista (aprenderse todo de memoria) ha impuesto desde tiempo atrás, para avanzar por el contrario en el sendero del conocimiento, ampliando sus fronteras, como debe ser.

Es pasar de la universidad repetidora a la universidad creadora, original, con identidad propia, donde la capacidad de innovación juega un papel fundamental, con ayuda de facultades como la imaginación, esa “imaginación

sociológica” de que hablaba Wright Mills. Criterios que por cierto, formulados hace varias décadas por *El Maestro*, tienen acaso ahora mayor validez que antes, pues forman parte de los principios que rigen a las universidades en el mundo entero para ser de veras competitivas y contribuir de manera significativa al desarrollo científico y social, como él también creía.

No es de extrañar, por consiguiente, la enorme importancia que le otorgaba a la investigación dentro de la universidad, más aún cuando él mismo era un investigador consumado, según dejó constancia en numerosos libros donde aparecen sus aportes significativos a las ciencias económicas, políticas y sociales (por ejemplo, su célebre Teoría de la inflación).

Tampoco sorprende que él fuera pionero de la doble dimensión de la universidad: docencia-investigación, tan común hoy en los círculos académicos, como no es ajeno al mundo contemporáneo su reclamo continuo a profesores y alumnos para que no se formen sólo profesionales, aptos para la vida laboral, sino auténticos científicos, al servicio de la ciencia, del conocimiento, de la verdad.

“La Universidad no es solamente Medicina, Derecho, Ingeniería”, decía tras observar que “la industrialización es el resultado de los avances de la ciencia y de la técnica”, según es fácil apreciarlo en “el campo de la medicina”. Y agregaba,

ratificando su culto a la tarea investigativa en el medio universitario: “El hombre es investigador por excelencia”. Quien no investiga, quedándose en el aprendizaje por importante que sea, permanece a mitad de camino, lejos de la plena realización personal que es –o debe ser– el objetivo último de la educación.

Consuegra consideraba, además, que la universidad es precisamente el mejor sitio para investigar al brindar las condiciones óptimas para ello, desde la autonomía que le conceden por derecho propio las sagradas normas constitucionales hasta su cuerpo de investigadores “de tiempo completo”, la infraestructura debida (bibliotecas, laboratorios, etc.) y hasta las inquietudes características del espíritu juvenil que aspira a encontrar respuestas a todas las preguntas.

De ahí su esfuerzo continuo, tanto en la Universidad del Atlántico como en la USB, por ampliar la infraestructura física (aun con edificio exclusivo para el área de investigación), así como los laboratorios y bibliotecas, con miles de libros y revistas a disposición, al igual que las modernas tecnologías de la información, empezando por los computadores.

“Es importante que la Universidad esté dotada de toda la gama de ayudas audiovisuales e informática”, decía no sin observar, con sentido crítico, que se requiere un manejo adecuado de tales equipos, cuyo mal uso –advertía– puede afectar la calidad de la educación y acentuar los

niveles de dependencia de nuestros países frente a “regiones dominantes con estrategias y conductas para su casi exclusiva conveniencia”.

Pero, ¿investigar sobre qué? Ante todo, sobre nuestra compleja y difícil realidad social, es decir, sobre nuestros problemas, con el propósito obvio de contribuir a resolverlos, en cabal ejercicio –según veremos en la siguiente lección– de la responsabilidad social universitaria.

Se trata, pues, de investigaciones concretas, prácticas, no de mera especulación teórica como las que tanto abundan en nuestros centros educativos, los cuales en ocasiones parecen vivir a espaldas de la sociedad, usando una jerga especializada que nadie entiende. Hay que transformar la realidad y no sólo interpretarla, recordemos.

No hay que repetir como loros –insistía– los textos extranjeros; los códigos legales que deben regirnos son los que surgen de nuestros pueblos, no los que vienen de Washington, planteaba mientras citaba a Montesquieu en *El espíritu de las leyes*; exigía a nuestros investigadores una teoría propia, en contra de los modelos importados; y a fin de cuentas reclamaba ahondar en el estudio de la dependencia y el subdesarrollo, frente a fenómenos como la pobreza, naturalmente en busca de su solución, con justicia social.

Pasemos, entonces, a la responsabilidad social universitaria, conocida como RSU.

2.8. Responsabilidad Social Universitaria (RSU)

Al iniciarse la celebración de los 40 años de la Universidad Simón Bolívar, y en el marco de una nueva versión de la Cátedra José Consuegra Higgins, quien esto escribe dictó una conferencia sobre *El Maestro*, presentándolo como pionero de la RSU en Colombia y América Latina. ¿Lo es, en verdad? ¿En qué me basé para hacer esa afirmación, acaso infundada porque el tema en cuestión es más bien reciente, al que ni siquiera él se refirió explícitamente en alguno de sus muchos libros? Conviene, pues, repasar las ideas principales que allí expuse.

En primer lugar, la simple fundación de la USB (que no es tan simple, como hemos visto) es Responsabilidad Social Universitaria en sentido estricto. Lo es de Consuegra, a nivel personal, pero también de su familia, de su esposa e hijos, y en general de todos los que han entregado su vida, desde los fundadores, a sacar adelante este proyecto educativo, fundamental para el desarrollo de nuestro pueblo. Como se sabe, la RSU debe ser ante todo individual, personal, y en este caso lo es en grado sumo, a través de un amplio grupo social, digno del mayor reconocimiento. La ocasión resulta propicia para ello.

Más aún, el carácter específico de la Universidad confirma tales criterios. En efecto, se trata de “una casa de estudios del pueblo”, popular por esencia, al servicio de los sectores de menores ingresos en la población, objetivo al que

siempre apunta la responsabilidad social, sea empresarial (RSE), universitaria (RSU) o de cualquier otro tipo. De hecho, este nuevo modelo de gestión en las distintas organizaciones busca contribuir a resolver problemas sociales como la pobreza, siendo la educación precisamente el mejor medio para conseguirlo. La USB, por tanto, es responsable socialmente con los más necesitados, como debe ser.

Hasta el enfoque socialista de *El Maestro*, profundamente democrático y opuesto al totalitarismo –sea de derecha o de izquierda– que coarta las libertades, lo acerca bastante a la moderna concepción de la RSE. Lo es cuando se va contra el individualismo, para invocar en cambio la solidaridad en nuestra sociedad, y contra el materialismo en boga, todo ello en nombre de una concepción humanista, defensora de la dignidad humana, de los derechos del hombre, con plena sujeción a los principios morales. ¡Esto es responsabilidad social, por donde uno lo mire!

¿Y qué decir sobre lo que tanto hemos planteado acá, repitiendo las tesis de Consuegra, en torno a la austeridad, al eficiente manejo de los escasos recursos económicos, y al hecho de que la Universidad no puede convertirse en un negocio puesto que su misión es la del servicio, el bien común y no los intereses particulares, comenzando por sus estudiantes y futuros profesionales que deben cumplir también su función social, en beneficio del pueblo? ¿No están ahí puestos los pilares de la RSE y la RSU, desde la necesaria sostenibilidad

económica hasta la plena responsabilidad social, trascendiendo los intereses financieros, por legítimos que sean? ¿Quién podrá decir lo contrario?

De otra parte, pensemos en los proyectos sociales de la USB, donde se pone en práctica el modelo de gestión a que aludimos. El propio Consuegra los mencionó en un pequeño pasaje de sus *Obras Completas*: “Desde su fundación, la Universidad Simón Bolívar se ha preocupado por adelantar actividades más allá de su sede. En su momento de mayor esplendor organizó escuelas, colegios, bibliotecas y museos en barrios marginados de Barranquilla y corregimientos y municipios del Atlántico. En la población de Isabel López construyó un edificio de cinco pisos y ahí funciona el colegio de bachillerato (Ana Bolívar de Consuegra) para la educación gratuita de los niños de la región”. Sobran los comentarios.

Pensemos, además, en la importancia que arriba mencionamos de la investigación universitaria, por encima incluso del aprendizaje recibido a través de la docencia, sobre problemas sociales para ayudar a resolverlos, a lo que precisamente *El Maestro* dedicó su prolongada e intensa vida intelectual, según consta en casi medio centenar de libros y en miles de artículos periodísticos a lo largo de varias décadas. Recordemos, a propósito, que uno de los indicadores claves para medir la RSU es la cantidad y calidad de las investigaciones sobre temas sociales, los cuales a su vez suelen estar relacionados con proyectos emprendidos hacia la comunidad, los estudiantes y profesores, los empleados

y proveedores, entre otros grupos de interés –*stakeholders*, según la jerga especializada–.

La cultura, por su lado, es igualmente esencial a la RSE y su desarrollo en la RSU. Sin duda, cuando hablamos de responsabilidad social entramos al terreno ético, de los valores morales, intelectuales y culturales, entre los cuales la historia ocupa lugar de primacía.

Consuegra Higgins fue un moralista, tal como lo describí en la biografía de *El Maestro*, editada hace varios años por Plaza & Janés; fue asimismo un historiador, miembro distinguido de la Academia correspondiente, dado que las ciencias sociales (Política, Economía, Sociología, Antropología, etc.) exigen el conocimiento de la historia porque es ahí donde están las causas de los distintos fenómenos objeto de estudio; y a fin de cuentas él asumió cabalmente, tal como debe hacerse en la USB y demás universidades, su responsabilidad social con la cultura, según lo hizo a través de múltiples actividades que ya registramos en las páginas precedentes.

RSU es, por último, concentrarse en el papel transformador de la realidad, con profundas reformas sociales, que era su norte, e incluso en proyectos filantrópicos, sin la rentabilidad que en cambio ofrecen otras actividades, como el que desarrolló en el Colegio Ana Bolívar de Consuegra en Isabel López, cuyos bachilleres podían ingresar con becas, sin ningún costo, a la USB, sin olvidar su afán por hacer de los alumnos buenos ciudadanos, con auténtico espíritu cívico,

fundamento de la llamada ciudadanía corporativa, sinónimo de la actual responsabilidad social.

¿Y qué decir de la alta responsabilidad social universitaria que representan la creación de los museos bibliográficos y del periodismo, así como la adquisición de un derruido cine para convertirlo en el bello Teatro José Consuegra Higgins?

Es claro, en consecuencia, que *El Maestro* fue pionero de la RSU en Colombia y América Latina. Los hechos lo demuestran.

2.9. Humanismo en las aulas

“Es, en sentido estricto, un humanista”. Así definí a *El Maestro* en su biografía por ser sin duda lo que más lo identifica. Lo era, en verdad. Un humanista integral, con la fuerte influencia marxista que inspiraba a los movimientos estudiantiles de los años 60; con la correspondiente valoración de cada persona, por humilde que sea; y, sobre todo, con la concepción de la Universidad como centro de formación por excelencia del ser humano, el mejor ciudadano, con pleno desarrollo de sus capacidades intelectuales, de modo que la inteligencia, la razón, el conocimiento, guíe siempre nuestros actos.

Un gran humanista, como también deben serlo –pensaba– la institución educativa y todos sus miembros, sin excepción.

Ahora bien, ¿qué debe hacer la Universidad, en su concepto, para lograr tan alta formación? De hecho, lo fundamental son los principios morales. Consuegra es un moralista consumado, según he dicho con insistencia. La misma dignidad de la persona se establece por criterios éticos, tanto como su derecho a la libertad y el ideal de la igualdad que constituye el pilar de la democracia moderna.

Es apenas obvia, en consecuencia, esa valoración del ser humano, quien merece la mayor importancia en la vida académica cuyo principal objetivo no es otro que el alumno. Los directivos, profesores y demás funcionarios de ‘la U’ tampoco son ajenos a dicha valoración, simplemente como personas que son. Y si en las empresas se ha impuesto la tesis de que la gente es su activo o capital más valioso, ¿qué decir de las universidades en la actual sociedad del conocimiento, donde el extraordinario avance tecnológico surge primero en las mentes de los científicos? ¿Qué podemos afirmar al respecto?

En la práctica, el humanismo universitario es reflejo, tiene que reflejarse, en manifestaciones artísticas, culturales y científicas, dentro de lo que en medios universitarios se ha llamado, desde tiempo atrás, las humanidades, expresión –como sugiere su nombre– de ese humanismo. ¿O acaso alguna universidad podrá ser humanista dejando a un lado este campo de las humanidades? ¡No! Hacerlo conduce fácilmente no a la cultura sino a la barbarie, a la deshumanización, a la

pérdida de la razón de ser de la *universitas* nacida en la Alta Edad Media, en la Escolástica (en alusión a la escuela que también son nuestros centros de educación superior).

Las Humanidades, sin embargo, se reúnen ahora en las Ciencias Humanas y Sociales, cuyo objeto de estudio, según enseña la epistemología contemporánea, es el hombre o la sociedad, como el mundo físico lo es de las ciencias naturales y las operaciones racionales (las matemáticas, por ejemplo) lo son de las ciencias lógicas o formales.

Ahí están, como sabemos, la Filosofía y el Derecho, la Economía y la Política, la Historia y la Sociología, entre diferentes disciplinas que alcanzaron a su vez el nivel científico, si bien no con la exactitud propia de las otras áreas mencionadas. Al fin y al cabo el hombre y la sociedad son fenómenos complejos, de una diversidad infinita en virtud de la libertad del ser humano, cuyo estudio no se reduce, ni puede reducirse, a una mera cifra, a un número, a una fría estadística.

Más aún, las ciencias sociales, por su origen humano o social, están relacionadas entre sí, sin que una sea independiente de las demás. Los fenómenos económicos, verbigracia, tienen aspectos políticos, culturales, sociológicos, antropológicos, etc. Es lo que se conoce como ‘interdisciplinariedad’, a la que Consuegra se refería en sus conocidos cuestionamientos a la tendencia creciente hacia la especialización que rompe con la unidad del conocimiento y del ser humano, base del humanismo integral que señalamos en un principio.

Repasemos lo que alguna vez dijo *El Maestro* en tal sentido, como si anticipara las tesis del “padre del pensamiento complejo”, Edgar Morin, quien fuera visitante ilustre de la USB en septiembre de 2009.

Consuegra atacaba la “estrechez de las especializaciones del mundo moderno, tan en discordia con el conocimiento humanístico”, mientras señalaba que la ciencia social en su conjunto es una “rama del saber humano de máxima dependencia e interrelación entre las variadas disciplinas y artes que la representan”.

Interdisciplinariedad, mejor dicho. Y claro, lanzaba fuertes ataques a la especialización que parece dejar al ser humano roto en pedazos. “El que sólo sabe de una cosa –era una de sus inolvidables sentencias–, no sabe ni de esa cosa”, afirmación que ratificaba frente a su profesión y sus colegas: “Es poco probable que un hombre sea buen economista si no es nada más que economista”. Saquen ustedes sus conclusiones.

En tales circunstancias, la creación de facultades en ciencias sociales al surgir la USB, así como su mantenimiento a través de una historia que ya se acerca al medio siglo de existencia, era algo inevitable y hasta obligatorio. En ocasiones, contra viento y marea, contra las dificultades que nunca faltan en el campo de las Humanidades y, en particular, contra las limitaciones económicas, fruto del poco acceso a dichas carreras, con mínimas excepciones (Derecho y Trabajo Social, en primer término).

No son un buen negocio, a fin de cuentas. Pero, la educación no lo es, no puede serlo, y deben prevalecer intereses superiores, como los que hemos expuesto, sobre los estrictamente financieros, según lo impone –decíamos arriba– la Responsabilidad Social Universitaria. Por lo demás, los mejores rendimientos que ofrecen otros estudios, por lo general de orden técnico y con mayores perspectivas laborales y de ingresos, permiten subsidiar aquellas, sin las cuales el auténtico espíritu universitario se perdería por completo. *El Maestro* Consuegra lo sabía, mejor que nadie.

No obstante, sufrió rudos golpes. Como el cierre definitivo de la Facultad de Economía, por falta de alumnos. Se impusieron, en fin, el materialismo rampante, el afán de dinero, el menosprecio por el conocimiento especulativo y las razones pragmáticas, utilitarias, que son tan caras al sistema capitalista. Con el tiempo, esta mentalidad que él tanto condenó en sus exaltados discursos en la Casa de la Cultura, frente a ilustres invitados de distintas regiones y de otros países, parece haberse tomado por asalto al mundo universitario, mientras no se demuestre lo contrario.

Por fortuna, la enfermedad que padeció en sus últimos años lo protegió en cierta forma de ser consciente sobre esa terrible realidad, tanto como sobre el avance incontenible de la globalización y el neoliberalismo que fueron el blanco de sus ataques permanentes, implacables, sobre los cuales conviene hacer una rápida mención antes de cerrar el presente capítulo.

2.10. Globalización y Neoliberalismo

Consuegra fue un duro crítico del neoliberalismo y la globalización no sólo en sus libros sino especialmente en sus artículos de prensa, sobre todo cuando Colombia, siguiendo una tendencia que se impuso a lo largo de América Latina, adoptó el modelo de apertura económica a comienzos de los años 90, el cual tenía su origen en las políticas trazadas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, desde donde se irrigaban al mundo entero. Al respecto, fue un crítico implacable, como otrora lo fue de la represión armada en las universidades o como lo era todavía ante el centralismo asfixiante de Bogotá, la capital, en nuestro país. Tenía, además, razones de sobra para mantener tan enérgica posición.

En realidad, ese modelo global y neoliberal echaba por tierra sus nobles ideales de una Teoría propia, auténtica, para reemplazarla por otra de carácter universal, idéntica para los distintos países, donde a su vez se daba al traste con el tradicional concepto de la soberanía al romper las fronteras nacionales que trae consigo el libre comercio por medio de tratados como los TLC. Era, pues, todo lo contrario de lo que él creía y quería para alcanzar nuestro desarrollo. Era ponerle fin a todo aquello por lo que había entregado su vida, sin descanso. Era matar sus sueños, compartidos durante tantos años por familiares y amigos, profesores y alumnos, escritores y poetas.

A su modo de ver, esto no es más que una nueva fase del

capitalismo, la etapa transnacional, trascendiendo –repetimos– las fronteras nacionales no ya con ejércitos y gobiernos sino con sus empresas, las poderosas firmas multinacionales en la banca, la industria, el comercio, etc., que vienen precisamente de los más grandes centros de poder (Estados Unidos, Francia, Inglaterra, España...) y ponen el mundo a su disposición, gracias a la teoría económica que les sirve de pilar fundamental. Detengámonos acá por un momento, en gracia de discusión.

Para *El Maestro*, economista por excelencia, dicha teoría no es más que el resurgimiento de la economía clásica, enunciada durante los inicios de la ciencia económica por Smith y Ricardo cuando trazaron el modelo de competencia perfecta en el que la libertad de mercado es la varita mágica para garantizar el crecimiento, el mismo que se comprueba –decían– con la libertad comercial que permite beneficios para todos, compradores y vendedores, sin importar el tamaño de los negocios o de los propios países. Es una nueva teoría clásica, en definitiva. La teoría neoclásica, podríamos decir. O el neoliberalismo, como se le ha tildado desde la adopción de la apertura económica en nuestros países.

Él no tragaba entero, sin embargo. De una parte, nunca creyó en la tal competencia perfecta, ni en que de ésta sólo hay ganadores, nunca perdedores, ni en la supuesta neutralidad científica de la teoría. No. Recordaba los ataques de Marx y del mismo Lenin a la economía clásica, cuando la señalaban como una ideología al servicio de los intereses de las grandes

potencias imperiales, criterio que recogía su gran amigo y fundador del Partido Socialista Colombiano, Antonio García, en libros como *La estructura del atraso en América Latina*, al revelar en la práctica, en el contexto latinoamericano, la completa validez del citado planteamiento marxista.

En síntesis, la globalización y el neoliberalismo no hacen sino acentuar, en medio del capitalismo transnacional, la dependencia y el subdesarrollo estructural que él combatió junto a una ilustre pléyade de intelectuales latinoamericanos en los años 60 y 70 del siglo pasado, cuando a la sombra de sus ideales socialistas y democráticos surgió la Universidad Simón Bolívar de Barranquilla. Se daba al traste con la Teoría propia, insistamos. Y obviamente sus tesis y las de sus amigos eran vistas como obsoletas, populistas o demagógicas, nada científicas y sólo fruto de la ideología marxista, cuyo fracaso estruendoso era evidente en la caída del comunismo soviético tras el desplome del Muro de Berlín.

Pero, las fallas de la globalización no tardaron en aparecer. El sistema global trae, sin duda, múltiples beneficios asociados por lo general al avance extraordinario de las telecomunicaciones, pero en materia social deja mucho que desear, pues continúan habiendo ganadores y perdedores en el juego económico, mientras crece la brecha entre países ricos y pobres así como la desigualdad por la alta concentración de la riqueza y los elevados niveles de pobreza en las naciones signadas por el subdesarrollo, según es fácil apreciarlo a

simple vista. Y, con razón, hay “Malestar en la globalización”, como escribe Joseph Stiglitz, Premio Nobel de Economía.

Ante tales circunstancias, que se tornan críticas y de proporciones apocalípticas por fenómenos como el calentamiento global y la amenaza nuclear que podrían llevar al fin del hombre y de la vida en la Tierra, aparece como tabla de salvación el Capitalismo Social, ahora con un profundo sentido humano en la economía, con una adecuada intervención del Estado (para regular, por ejemplo, los mercados financieros que desatan crisis globales permanentes por la libertad excesiva) y con la correspondiente exigencia de una mayor equidad en las relaciones internacionales, tanto económicas como políticas. Es como si el péndulo de la historia se hubiera devuelto, por enésima vez.

Ahora bien, cabe preguntar: ¿Qué papel juegan ahí las universidades, sean en su conjunto o de manera particular la USB, cuyas raíces y cuyos propósitos originales así lo exigen? ¿No deben ser conscientes sus directivos, profesores y estudiantes, sobre la crítica situación descrita y la enorme responsabilidad social que les compete –según veíamos en una sección anterior– para resolverla en beneficio de los sectores populares, de la inmensa mayoría de nuestra población? Sería lamentable, por decir lo menos, que fueran indiferentes ante esto, más aún cuando ya *El Maestro* no puede defenderse.

Por ello, es urgente reflexionar sobre esos temas y actuar

en consecuencia, lejos de estar repitiendo como loros las tesis neoliberales en defensa de la globalización y los tratados de libre comercio, participando así del “fundamentalismo del mercado” denunciado por Stiglitz. El Capitalismo Social, que acabamos de describir, parece ser el camino indicado, al que de pronto Consuegra vería con buenos ojos, aunque no muy convencido por cierto.

2.11. Por el desarrollo regional

Consuegra vivió siempre en Barranquilla, ciudad adonde llegó aún niño desde Isabel López y de la cual sólo se iría varios años para cursar estudios de Economía en Bogotá, cuando estuvo exiliado en Venezuela o como profesor universitario en Popayán y Cartagena. Pero, desde comienzos de los años 70, al asumir la rectoría de la Universidad del Atlántico que fue el primer paso hacia la fundación de la USB, no salió más (sino apenas para viajes fugaces, rápidos) de ‘La Arenosa’, conocida también como ‘La Puerta de Oro de Colombia’.

¿Por qué? Él, que gozaba de tanto prestigio en la capital de la República y en toda América Latina, ¿por qué lo hizo? ¿Por qué se encerró allí cuando pudo brillar tanto por fuera?, osaban preguntarle algunos de sus amigos más cercanos. ¿Por qué?

La respuesta es obvia: por su amor a Barranquilla. “Todos por Barranquilla”, escribió en alguno de sus artículos de prensa. O mejor, “todo por Barranquilla”, a la que tanto le

debía. Aquí se educó, aquí se casó, aquí tuvo a sus tres amados hijos: José, Ignacio y Anita, y aquí hizo su Universidad, dedicada –como era su sueño– a la memoria de *El Libertador* Simón Bolívar. Tenía, pues, que entregarle su vida. Se la entregó por completo, en cuerpo y alma. ¡Era un *cipote* barranquillero, como el que más!

De otra parte, ese amor tenía que ver con sus hondas convicciones intelectuales y morales, según es fácil comprobarlo. En efecto, acá, en Barranquilla, encontraba auténticas expresiones culturales, de origen popular, encabezadas naturalmente por su carnaval, en el cual “la cultura popular arropa con un solo manto a toda la sociedad”, decía tras destacar ese espíritu democrático que “deja a un lado las jerarquías y pone de presente la igualdad social”. El carnaval –agregaba– “impone la democracia añorada por los soñadores y facilita el retorno a organizaciones comunitarias del pasado, de convivencias en un solo techo”.

Pero, también amaba su historia, su vieja arquitectura, sus años de gloria, su centro histórico y su barrio El Prado, sus personajes y leyendas, por lo cual invocaba a cada momento el civismo e incluso la urbanidad, las buenas maneras, para hacer la vida más amable. ¡Era un líder cívico, como pocos!

Sin embargo, había otras razones, muy personales, que explicaban sus afectos. En primer lugar, la pobreza imperante, medida en los tugurios, en barrios humildes, en calles

abandonadas, en los mendigos y niños hambrientos. A su modo de ver, esto era la consecuencia lógica del modelo económico sin justicia social, ahora con su globalización y neoliberalismo a cuestras, modelo impuesto igualmente –señalaba, con dedo acusador– a nivel nacional, incluso desde los lejanos tiempos de la Colonia, cuando el centralismo santafereño comenzó a hacer de las suyas y puso a ‘la provincia’, al resto del país, a su servicio. “Una de las principales causas de nuestro atraso es el centralismo”, concluía.

Veía, pues, una correspondencia total entre la dependencia de nuestros países, generador del subdesarrollo, con la de nuestras regiones y su atraso. El enfoque cepalino del centro y la periferia, que Prebisch y sus seguidores aplicaban para el análisis de la compleja situación latinoamericana, era válido asimismo –según él– a escala local, en los diversos municipios y departamentos, donde por cierto denunciaba otro tipo de centralismo por parte de cada capital, incluida Barranquilla.

“¡Esto hay que acabarlo!”, proclamaba en sus exaltados discursos, sin importarle siquiera que en la mesa principal estuviera acompañado por importantes personalidades bogotanas.

Rechazaba el centralismo, mejor dicho. El que lo obligó –recordaba– a irse de bachiller hacia Bogotá, como tantos otros costeños que abandonan con dolor su amado terruño

por falta de oportunidades en la patria chica, donde dejan a sus padres y abuelos; a comprender que era preciso brindar educación superior, con alta calidad, para ponerle término a tan terrible fenómeno que hundía más y más a la ciudad en el atraso; y finalmente a crear la Universidad Simón Bolívar, nacida por tanto como reacción al centralismo y, en particular, a las universidades bogotanas, elitistas en su mayoría.

¡La USB –nunca lo olvidemos– es enemiga declarada, confesa, radical, del centralismo! ¡Y es, por encima de todo, la Universidad Simón Bolívar de Barranquilla! “¡La nuestra es universidad de la provincia y para la provincia!”, sentenciaba.

Por ende, a las fuertes arremetidas permanentes del centralismo respondía con su mejor estrategia defensiva frente a la dependencia y el subdesarrollo estructural: la educación universitaria, exaltando los valores culturales autóctonos en el marco de la descentralización, del desarrollo regional, de la autonomía de las provincias con relación al centro (similar a su reclamo constante por la autonomía universitaria), y de la correspondiente aplicación de las normas constitucionales en tal sentido, buscando el desarrollo integral y armónico de la nación.

No por otra cosa *El Maestro* es considerado el padre de la planeación regional en Colombia. Lo fue desde mediana edad, cuando estuvo al frente del departamento respectivo en Planeación Nacional, tras haber sido director económico

del Plan regulador de Barranquilla (el cual fue recomendado por la Cepal para aplicarse en las diversas ciudades latinoamericanas).

Desde tan importante cargo –en Bogotá, claro–, montó las correspondientes oficinas departamentales en todo el país, con tanto éxito que el presidente Guillermo León Valencia propuso su designación, acogida luego con entusiasmo por la Cámara de Representantes, en el Consejo Nacional de Política Económica y Planeación, que era el máximo órgano oficial de ese ramo en Colombia, donde varios ministros participaban, pero sin voto.

¿Cómo no seguir los pasos de Consuegra en la USB y, en general, las diferentes universidades nacionales y extranjeras, en el campo de la planificación? ¿Qué tanto podemos aprenderle acá, siguiendo sus enseñanzas? ¿Cómo desarrollar los planes universitarios, sean académicos, administrativos o financieros? Más adelante volveremos sobre el tema.

2.12. A manera de repaso

Tras escuchar de nuevo estas lecciones de *El Maestro* sobre la universidad, las cuales creemos que son válidas –reiteramos– para cualquier centro educativo y no sólo para la USB, realicemos ahora un ejercicio, como si estuviéramos en el salón de clase: volvamos a las ideas principales, recapitemos, hagamos la correspondiente reflexión en torno a nuestras propias actividades universitarias y, en general,

repasemos cuanto hemos dicho a lo largo del presente capítulo, por medio de preguntas que cada uno debe responder con toda sinceridad. Entremos en materia.

Recordemos que la universidad debe ser popular, abierta, democrática, no elitista o excluyente. ¿Lo es, en verdad? ¿O esto sigue siendo apenas un sueño, una utopía, algo irrealizable, imposible, no sostenible en la práctica? ¿Qué tal abrir las puertas a todos los aspirantes, al margen de sus capacidades y no sólo de sus condiciones económicas? ¿O algo sí se ha hecho al respecto, permitiendo el acceso cada vez mayor de estudiantes pobres, con becas por ejemplo, en nombre de la equidad en la educación superior? ¿Qué está haciendo usted, en particular, para avanzar en tal sentido?

Veamos ahora el espíritu bolivariano que según Consuegra debe tener la USB y, por ende, las universidades latinoamericanas e incluso del Tercer Mundo. ¿Qué tanto al menos se le conoce, se estudia siquiera el pensamiento de *El Libertador*, se le valora y se le tiene en cuenta? ¿En las aulas, verbigracia, se dan las libertades que él reclamaba en su intensa lucha que le costó la vida? ¿Hay libertad de cátedra? ¿Hay verdadera autonomía universitaria? ¿Y nuestros pueblos, con el debido liderazgo académico, están avanzando cada vez más hacia su integración, como si fueran hermanos? ¿O cada cual echa por su lado, gracias al individualismo en boga?

En cuanto a la educación como clave del desarrollo,

como el factor determinante para la lucha contra la pobreza, parece no haber discusión. Pero, ¿nuestros docentes –sí, ustedes– aman la noble tarea de enseñar o la ven como simple rutina, de la que ya están cansados, y que sólo cumplen por razones económicas, aunque a todo momento protesten por ser muy mal pagados? ¿Creen que están prestando un gran servicio a la sociedad, acaso con la mayor responsabilidad, o esto por el contrario les tiene sin cuidado? ¿Qué dicen ustedes, los profesores?

Hablemos un poco de la cultura en la universidad. ¿También la valoramos o, por el contrario, merece nuestro rechazo? ¿Promovemos las actividades culturales en nuestros centros educativos o consideramos que eso carece de importancia, es pérdida de tiempo y dinero, simple entretenimiento? Si somos directivos, ¿destinamos cuantiosos recursos presupuestales para la cultura en sus múltiples manifestaciones o aprobamos apenas cifras irrisorias, siguiendo el ejemplo de altos organismos oficiales? Para ustedes, ¿la universidad es cultura, como debe ser? ¿O no lo es? ¿Y el cuento de la identidad cultural les importa un comino?

Pregúntese, por un momento, si su modelo de enseñanza y aprendizaje es repetitivo, como si maestros y alumnos –al decir de Consuegra– sólo fueran loros. ¿Repite usted, querido profesor, los manuales de clase, traídos por lo general de países extranjeros (Estados Unidos, Francia, Alemania, España...),

cualquiera sea la disciplina en que se encuentra? ¿Y usted, querido alumno, cree todavía que aprender es memorizar, sin juicio crítico, sin análisis previo, tragando entero? ¿Ambos, pues, están sometidos a la dependencia cultural o hacen grandes esfuerzos, en ocasiones con buenos resultados, por desarrollar una teoría propia, auténtica?

¿Van más allá de la docencia a la investigación? ¿Qué tan importante es la investigación en ‘la U’, en su universidad? ¿Le destinan también el presupuesto necesario o más bien es ínfimo, irrisorio, por considerar además que esas actividades son de largo plazo, muy costosas y sin mayor rentabilidad, con mínimas excepciones? ¿Qué tantas investigaciones se hacen sobre temas sociales? ¿O no se financian sino las de carácter técnico, las únicas que importan a su modo de ver? ¿Usted investiga, en realidad? ¿O le da pereza?

Sobre la responsabilidad social universitaria, la hoy célebre RSU, ¿qué le parece? ¿Una moda pasajera, como tantas otras? ¿O considera, en cambio, que es un modelo adecuado de gestión para su universidad? ¿Cuáles son, a propósito, los programas sociales hacia los estudiantes y sus familias, profesores o personal administrativo, y hacia sus otros grupos de interés (comunidad, gobierno, empresas, etc.)? ¿Hay transparencia, ética y hasta rendición de cuentas sobre sus actos o todo lo esconde en nombre de la sagrada autonomía universitaria que ordenan las normas constitucionales? ¿Cuál es la verdadera situación?

Por último, ¿sí hay humanismo en la universidad? ¿Se valoran las ciencias humanas y sociales, desde la ética y la filosofía hasta la historia y la economía, o son vistas como algo sin importancia? ¿Se ofrecen, de otra parte, programas interdisciplinarios, no de mera especialización en las áreas de pregrado? ¿Y existe el debido respeto a las personas, dada la dignidad del ser humano? ¿O todas son vistas como mercancías, por su capacidad de compra, por su nivel de ingresos?

¿Qué opina sobre la globalización y el neoliberalismo? ¿Son objetos de estudio, en especial por sus implicaciones políticas, económicas y sociales, sobre la vida colectiva, familiar y personal? ¿Qué puede decir, en especial, sobre los tratados de libre comercio? ¿Y sobre el desarrollo regional? ¿Le interesan la historia local y la cultura autóctona o no tiene sino ojos para la última moda que viene del exterior? ¿Propugna por la descentralización, en contra del centralismo sea a nivel departamental, nacional o mundial? ¿Tiene usted un espíritu cívico y acata las normas básicas de convivencia, comenzando por las de urbanidad?...

Como se ve, las preguntas podrían multiplicarse hasta el infinito. Por lo pronto, basten las que hemos formulado y prosigamos el camino, donde nos dirigimos hacia el presente y el futuro de la Universidad Simón Bolívar, siempre a la sombra de *El Maestro*. Será la última etapa de nuestro ya largo recorrido.

Presente y futuro de la Universidad



3

3.1. Rumbo a la meta

Entramos a la fase final de un viaje que nos ha llevado desde la fundación de la Universidad Simón Bolívar, en un ambiente bastante agitado por la rebelión estudiantil de fines de los años 60 y comienzos de los 70 en el siglo pasado, hasta el ideario de José Consuegra Higgins no sólo sobre la USB sino sobre la universidad en general, especialmente la de América Latina, tema que consideramos de enorme significación para la sociedad en su conjunto y, de manera particular, para directivos, profesores y estudiantes. He ahí, a vuelo de pájaro, el camino que hemos andado hasta este momento.

Ahora, en cambio, pasaremos del pasado al presente y el futuro de la Universidad. Se trata, sí, de dar un vistazo general, rápido, a la situación actual de la institución educativa y sus perspectivas, pero no al margen de *El Maestro* sino –digamos hasta el cansancio– a su sombra, como si estuviéramos todavía siguiendo sus huellas, como si él estuviera aún trazando la ruta, abriendo senderos, llevándonos hacia la conquista de sus ideales que también deberían –pensamos, con terquedad– ser los nuestros. Los interrogantes, claro está, surgen a cada paso, como tiene que ser en el mundo académico, donde la libertad de conciencia es regla de oro. Veamos por qué.

¿Qué tan vigente –cabe preguntar– es el pensamiento de Consuegra en torno a la Universidad? ¿O, por el contrario, es obsoleto? ¿Las concepciones en boga coinciden con las suyas o éstas fueron superadas, por doloroso que sea decirlo y aceptarlo? ¿Cuál es el presente de la USB, tanto de su sede principal en Barranquilla como de su extensión en Cúcuta, y qué tan alejado se encuentra de lo que anhelaba su fundador? ¿El futuro que nos espera es similar al que él soñaba o se aleja por completo de sus sueños, de sus más hondos deseos? ¿Hay continuidad en la invisible línea del tiempo o hay, en cambio, profundas rupturas, sin continuidad posible?

A continuación abordaremos esas y otras inquietudes. ¿Cómo? Por medio de una metodología específica, según las exigencias propias del mundo académico, universitario. En este caso –con la debida colaboración del actual rector, José Consuegra Bolívar–, entrevistamos a las principales directivas de la USB, no tanto para que rindieran cuentas sobre sus actividades sino para confrontarlas con las tesis expuestas en los dos capítulos anteriores, cerrando así con broche de oro nuestro ciclo. El diálogo, en verdad, no era tanto sobre lo que cada uno de ellos quisiera decir, sino sobre lo que nosotros, haciendo eco a las recordadas lecciones de *El Maestro*, queríamos saber.

El resultado de tales encuentros no podía sino ser el que obtuvimos, caracterizado quizás por una visión parcial, sesgada si se quiere, donde se quedan por fuera numerosos aspectos que son dignos de consideración al

hacer un diagnóstico de la situación actual en la USB y mostrar sus perspectivas o proyecciones, para lo cual además se dispone de numerosos documentos que serían de obligada consulta en las investigaciones pertinentes. Por nuestra parte, nunca pretendimos esto último, ni nos interesa. Presentamos, entonces, disculpas anticipadas por los vacíos o limitaciones que se presenten, consecuencia lógica –repetimos– de la metodología empleada.

Al margen de las deficiencias que acabamos de anotar, creemos que los aspectos tratados son de gran valor, útiles para la USB y otros centros universitarios, incluso porque pueden ser vistos como un caso de estudio, de investigación, que otros analistas podrían ampliar aún a escenarios diferentes. Y como la organización académica y administrativa, a lo largo y ancho del planeta, es más o menos la misma en todas las universidades, los criterios expuestos en las siguientes páginas –a través del rector y los vicerrectores, directores de programas, investigadores, profesores, etc.– servirán para el análisis de cada institución, según habrán de comprobarlo nuestros lectores, quienes a fin de cuentas dicen la última palabra.

Entremos, pues, en materia.

3.2. La formación humanista

José Consuegra Higgins era ante todo un intelectual, un humanista o, en definitiva, un académico. Por algo fue miembro

de las Academias de Historia, de Economía y de la Lengua, a nivel nacional, y de las Academias de Ciencias Económicas e Historia de Venezuela y México, como justo reconocimiento a sus invaluable aportes en esas áreas. No por cosa distinta, además, fundó la Universidad Simón Bolívar, dándole a su vez la máxima importancia a los aspectos académicos, tanto en la docencia como en la investigación e incluso en lo social, según hemos visto. Pero, ¿qué tan importante es ahora lo que él consideraba prioritario? ¿Hay avances o retrocesos? ¿Qué podemos decir al respecto?

De hecho, lo académico sigue siendo fundamental. En la USB se imparte una formación humanista, como *El Maestro* quería. Porque sí es indispensable ser profesional, poseer un título universitario y desenvolverse a cabalidad en la vida laboral, pero el principal propósito de la educación es formar buenas personas, buenos ciudadanos, buenos seres humanos, lo cual no es posible sin sólidos valores morales, sin asumir nuestros grandes valores culturales y sin recibir una adecuada preparación en el campo de las humanidades, de las ciencias humanas y sociales.

En síntesis, la formación sociohumanista es aquí el mayor factor de diferenciación frente a otros centros de educación superior. Y aunque muchos alumnos tienden a creer, al menos en los primeros semestres, que tales disciplinas (política, economía, historia...) no generan interés o son una pérdida de tiempo, carentes de utilidad en la práctica, el

lento paso de los años se encarga de mostrarles sus múltiples beneficios personales, familiares y colectivos. ¡Finalmente se sienten orgullosos porque los egresados de la USB tengan esta marca de identidad, este sello indeleble, impreso en lo más hondo de sus conciencias!

No se piense, sin embargo, que dicha formación es propia o exclusiva de programas como Derecho o Trabajo Social. No. Aun los de carácter más técnico, como Medicina, ofrecen en su currículo los cursos de antropología y sociología, filosofía e historia, con un número de créditos determinado, de carácter obligatorio. La parte sociohumanística, en fin, tiene un gran peso en los planes de estudio.

Como si fuera poco, la interdisciplinariedad, tan común en las ciencias sociales, se extiende al resto de disciplinas, según lo confirman la Maestría en Neuropsicología y el Posdoctorado sobre la Formación de Pensamiento Complejo, siguiendo las orientaciones de Edgar Morin, uno de los más destacados pensadores del último siglo en el mundo, a quien la USB le concedió el Doctorado Honoris Causa en Ciencias de la Educación. ¿Cómo no habría de sentirse satisfecho *El Maestro* Consuegra ante la situación descrita, tan cara a sus afectos y tan fiel a sus sabias enseñanzas?

En cuanto a la actividad cultural, baste anotar que la Misión de la USB, definida en su Plan Estratégico, precisa: “La Universidad Simón Bolívar valora y cultiva la identidad, la cultura y el respeto del ancestro”.

Es decir, la cultura, integrada a las áreas de formación e investigación, exalta el pasado, la historia, las huellas de nuestros ancestros, a través de las múltiples expresiones folclóricas, artísticas, literarias, etc. de una región que abarca desde Barranquilla y el Atlántico hasta la costa Caribe colombiana, conformada por varios departamentos de donde proviene la mayor parte de sus estudiantes, quienes se apropian así de sus tradiciones locales.

De hecho, “el ideario de *El Libertador* Simón Bolívar –dice el Proyecto Educativo Institucional– de un ser ético, culto, autónomo y líder, constructor de una sociedad democrática, justa, solidaria y sostenible”, está acá presente. Y lo está no sólo en la imponente efigie del edificio central, en las frases inmortales talladas en los muros y en el Museo Bibliográfico Bolivariano, sino especialmente en la Cátedra Bolivariana, obligatoria para todos los alumnos de primer semestre en los programas de pregrado, pero también en los de posgrado durante la jornada de inducción.

De igual manera, el curso sobre ‘Educación para la democracia’, dictado por mandato legal en las diversas instituciones universitarias del país, en la USB se articula con la Cátedra Bolivariana para formar un auténtico espíritu democrático, no quedarse en el mero aprendizaje memorístico de las normas constitucionales y contribuir, sobre todo, a la construcción de un mejor país, basado en la dignidad del ser humano, de cada persona, con el debido respeto a sus derechos fundamentales.

Por último, es preciso subrayar que, en respuesta a los continuos reclamos de Consuegra por tener verdaderos profesores y no simples ‘dictadores’ de clase –que sólo dictan clases– o catedráticos, hoy existen más docentes de tiempo completo, más acompañamiento a los estudiantes por medio de tutorías y más capacitación permanente (incluido el personal administrativo) con mejor dotación o espacio físico, todo ello en busca de la acreditación institucional, máximo objetivo propuesto para los próximos años.

Por fortuna, los programas de Ingeniería de Sistemas y Administración de Empresas están acreditados, mientras el de Psicología fue reacreditado por seis años; están en proceso de acreditación los programas de Medicina, Derecho, Trabajo Social, Ingeniería Industrial y Fisioterapia (estos dos últimos en su proceso final), y aunque no se requieren sino cinco para la acreditación institucional, la meta al 2017 es de diez, con más doctorados como el de Ciencias Sociales y Humanas, por lo que habría al final un pleno reconocimiento a la cultura de la calidad, sobre la cual es preciso hacer un análisis más detallado. Veamos.

3.3. Cultura de la calidad

Al respecto, el Plan Estratégico de Desarrollo de la USB, elaborado para el quinquenio 2013-2017, habla por sí solo: se identifica precisamente por el fortalecimiento de la cultura de calidad, manifestando así no sólo que ésta tendrá mayor importancia en el futuro sino que viene desde atrás,

desde sus propios orígenes y de manera especial en los últimos años, desarrollando las políticas que en tal sentido se imponen a nivel nacional e incluso mundial.

La mejor calidad de la educación es sin duda el mayor reto de nuestras universidades, enfrentadas además a una competencia sin precedentes, ahora en el marco de la globalización.

Ese criterio es ratificado por el rector ejecutivo, José Consuegra Bolívar, en la presentación del Plan al identificar la gestión de calidad entre sus cinco grandes dimensiones (junto al desarrollo y el compromiso social, la pertinencia y permanencia, el fortalecimiento institucional y la internacionalización), no sin resaltar “la acreditación de alta calidad de programas académicos” como uno de los factores que evidencian el notorio crecimiento de la USB, confirmado a su vez por diferentes indicadores que también aparecen en el citado documento.

Como cualquier plan estratégico, éste también define la Misión y señala la Visión de la organización, así como sus valores y fortalezas, sus objetivos y estrategias que apuntan, en último término, a una gestión integral de calidad, pasando en consecuencia de la teoría a la práctica, a la cabal aplicación de sus principios, criterios que pueden considerarse de validez universal y sirven por tanto a otras instituciones educativas comprometidas en el camino de la excelencia. Hagamos una apretada síntesis, a modo de ejemplo.

En 2017, al cierre del presente quinquenio, la USB aspira a ser reconocida por su cultura de calidad, la acreditación institucional y –como lo habría planteado, con seguridad, *El Maestro* Consuegra– “por ser dinamizadores del conocimiento y del desarrollo integral de la sociedad”. Un desarrollo integral, sí, como aquel por el que lucharon los fundadores de la Universidad cuando el primero de marzo de 1973 iniciaron las labores académicas en la Corporación Educativa Mayor del Desarrollo Simón Bolívar.

De otra parte, la calidad como valor está presente en la muy selecta lista de Principios y Valores de la USB, entre cuyas fortalezas, acaso a la luz del conocido modelo DOFA que es tan común en los enfoques administrativos vigentes, se menciona precisamente a la calidad. Hay que aprovechar las fortalezas, ya se sabe. Y en este caso se trata de “sostener y mejorar el programa de la excelencia académica” y, en definitiva, “fortalecer la cultura de calidad de la Universidad en cumplimiento de su compromiso social”.

Para expresarlo sin rodeos, este propósito es uno de los objetivos estratégicos de la USB, el cual comprende los correspondientes objetivos específicos y sus estrategias para hacerlos realidad, como son, entre otros, el plan de desarrollo profesoral con planta docente de calidad, la formación y competencia del talento humano o el apoyo virtual con las avanzadas tecnologías de la información y la comunicación –TIC–.

Las estrategias, a su turno, van desde las necesidades de formación en las diferentes disciplinas y de habilidades para docencia e investigación, hasta el diseño y la implementación de los planes respectivos, lo referente al escalafón docente y la formación continua o la retención de personal, pasando por la revisión de las modalidades de contratación y la educación virtual, conocida como *e-learning* o aprendizaje por internet.

La implementación de tales estrategias –señala el Plan– permite el anhelado fortalecimiento de la cultura de calidad, cuyo carácter multidimensional es subrayado con base en parámetros de organismos como la Unesco y el Consejo Nacional de Acreditación, garantizando así la mencionada gestión de calidad que ya le mereció el Premio a la Calidad, otorgado por AUIP a la USB.

En las páginas siguientes, aunque de forma tangencial, volveremos sobre el tema.

3.4. Vistazo a la administración

Como intelectual que era, *El Maestro* daba mayor importancia a lo académico en la Universidad, no tanto a lo administrativo, pero aún así fue rector ejecutivo durante casi 20 años y como tal debió abordar dichos asuntos, para lo cual su condición de economista le permitía adoptar el enfoque empresarial característico de la microeconomía, mientras el hecho de ser experto en planeación lo llevaba también a actuar en tal sentido, con planes de desarrollo para la institución

educativa. Era, pues, gerente o administrador en cierta forma, aunque con un estilo bastante particular.

El suyo era un estilo personalista, como el que más. No había ninguna decisión, por mínima que fuera, que él no tomara. Actuaba sobre la marcha, a las carreras, como para no dejar que el tiempo pasara. Mientras se paseaba con los miembros de su grupo directivo –cuenta alguno de sus cercanos colaboradores– iba diciendo qué hacer, cuál edificio se debía construir, dónde serían las nuevas inversiones, etc.

Y tampoco nadie le podía llevar la contraria. Era regaño fijo, como se sabe. No había quien se atreviera a discutirle, a poner en duda sus criterios y mucho menos a tomar decisiones sin su consulta previa, sin que él lo supiera. “Es un dictador”, decían a hurtadillas sus críticos, temerosos por la enérgica reacción que pudiera generar el comentario.

Pero, era un hombre bueno, siempre con las mejores intenciones, con una visión excepcional para proyectar a la USB en la senda de progreso que recorrió durante el largo tiempo que estuvo en sus manos, y con un profundo sentido social –socialista, claro– que muchas veces lo llevaba a actuar en contra de la racionalidad económica, del adecuado manejo financiero.

Y es que Consuegra repartía becas a granel, por ejemplo a los bachilleres egresados del Colegio Ana Bolívar de

Consuegra en Isabel López; congelaba matrículas y salarios, tanto que a sus directivos en un principio ni siquiera les pagaban sueldo, e imponía la austeridad a diestra y siniestra, consecuencia lógica de la pobreza que le acompañó durante muchos años y por las dificultades, en especial financieras, que la falta de recursos económicos trae consigo. ¡Si hasta tuvo que cerrar, con dolor en el alma, el programa de Economía al que sólo se matriculaban tres o cuatro alumnos por semestre!

Pero, ese estilo gerencial le dio resultados. ¿Por qué? Es fácil saberlo: por su alta valoración del ser humano, de su gente, en virtud del humanismo al que tanto nos hemos referido; por los valores éticos, morales, como la honestidad y la transparencia, indispensables para tener éxito en los negocios, en cualquier empresa; porque el control estricto de los escasos recursos financieros permitía finalmente ahorrar y hacer inversiones, según enseña la ciencia económica, y porque trascendía el plano personal, individual, al formar un gran equipo de trabajo y, en general, una gran familia en la Universidad, a la que todos –profesores, alumnos y empleados– pertenecían.

He ahí las claves gerenciales que *El Maestro* tuvo consigo para sacar adelante al que fuera el mayor reto de su vida, su máximo ideal, su sueño iniciado hace 40 años en una modesta vivienda alquilada del barrio El Prado en Barranquilla. En esa forma él fue uno de los pioneros, a la manera de los antiguos patriarcas que hicieron la industria en Colombia, del

montaje y desarrollo de importantes organizaciones sociales (empresariales, académicas y hasta políticas), si bien con una estructura jerárquica, piramidal, propia de los modelos de administración que entonces regían aún en los círculos académicos.

No obstante, los tiempos cambian. Vivimos en una época de cambios. Y la administración, incluso en las organizaciones académicas, también ha sufrido reformas sustanciales, entre las cuales se destaca el paso de la estructura piramidal a una más plana, del centralismo a la descentralización, del trabajo individual al trabajo en equipo, proceso que en principio parece ir en contravía del mencionado estilo de Consuegra Higgins, quien sin embargo fue un demócrata convencido, atacó el centralismo en todas sus manifestaciones y formó, como acabamos de señalar, verdaderos equipos de trabajo, con mística, con hondas convicciones, con solidaridad, según reclaman los actuales modelos gerenciales.

La USB, por tanto, es ahora una Universidad mucho más compleja, organizada, planificada y descentralizada en su funcionamiento, en sus operaciones, dentro de una mayor especialización y distribución de funciones y responsabilidades, lo cual ha sido determinante asimismo para el espectacular desarrollo, desde la infraestructura física hasta la cultura de la calidad en la parte académica, alcanzado en los últimos 22 años bajo la orientación del rector ejecutivo, José Consuegra Bolívar, hijo mayor de *El Maestro* y como tal formado por

él al igual que sus dos hermanos: Anita e Ignacio, también al frente de importantes cargos directivos en la Universidad, cuya presidenta de la Sala General es doña Ana Bolívar de Consuegra, la esposa inseparable.

Hay continuidad en la gestión, mejor dicho. “A la sombra de *El Maestro*”, como tanto decimos. En los aspectos mencionados, pero también en la austeridad y el correspondiente sano manejo de los recursos, determinado ciertamente por el menor nivel de ingresos debido a las bajas matrículas que se mantienen en nombre de una educación popular, para los sectores más pobres de la población (los estudiantes pertenecen en su mayoría a los estratos socioeconómicos 1, 2 y 3, según cifras estadísticas).

La USB continúa a la sombra de *El Maestro*.

3.5. Y de la investigación, ¿qué?

Pongamos otra vez el espejo retrovisor, hacia la actividad investigativa, y veamos de nuevo a Consuegra como investigador, proclamando aquí y allá la necesidad de una Teoría propia en América Latina, la lucha contra la dependencia y la búsqueda incansable de nuestra identidad cultural, al tiempo que reclamaba centrarnos en el análisis de la realidad social para ayudar a resolver los graves problemas que nos afectan, lejos de quedarnos en especulaciones vacías, sólo teóricas, nada prácticas. ¿Lo recuerdan? Esos eran algunos de sus caballitos de batalla, sobre los que volvía una

y otra vez en sus conferencias, artículos de prensa, libros y discursos, donde nunca faltaban los regaños correspondientes por no hacerse cuanto pedía.

¿Cuál es, entonces, la situación de la USB en términos de investigación? Para empezar, baste anotar que posee ahora 45 grupos de investigación escalafonados en los niveles más altos por Colciencias, mientras ofrece más programas de Maestría, orientados por principio a la generación de conocimiento, que programas de especialización. Esto ha sido el fruto de grandes esfuerzos, en muchos de los cuales *El Maestro* participó en forma directa, con base en disposiciones legales (Leyes 80 de 1980 y 30 de 1992) que ordenaban no sólo orientar las tesis de grado hacia la investigación sino que ésta se volcara a lo social, como era su deseo.

Múltiples proyectos comunitarios surgieron así en la USB: apoyo a escuelas y bibliotecas en barrios populares, al Colegio Ana Bolívar de Consuegra en Isabel López y al estudio de la realidad Caribe, en este caso con propuestas concretas para el desarrollo de la región, mejorando los aspectos institucionales que tanto se requieren.

De otra parte, programas como Sociología y Trabajo Social dejaron a un lado el enfoque teórico, especulativo, del modelo estructural-funcionalista, para tomar el camino de la *praxis*, basados en autores como Paulo Freire y Orlando Fals Borda, en contacto permanente con los sectores populares,

tarea indispensable para realizar tales estudios. Esto es, sin duda, seguir fielmente las huellas de *El Maestro*, recorriendo un camino que él había trazado.

Aun sobre la Teoría propia, valga decirlo. Porque hoy todas las facultades la incluyen en su programa de estudios, si bien dispersa en varios cursos del área sociohumanista a que antes nos referimos; porque numerosas investigaciones, desde las tesis de grado en los doctorados, la tienen como telón de fondo, a la manera de su principal objetivo, y porque a fin de cuentas ese propósito se conserva a pesar de los cambios en la realidad latinoamericana y hasta en las metodologías, propugnando siempre por aportes originales, no que sean la simple repetición o copia de otros estudios.

Existe, además, el programa Semilleros de Investigadores para formar en tal sentido a los estudiantes desde un principio, tan pronto ingresan a la Universidad; se emplean cada vez más los avanzados recursos que en esta época ofrece la tecnología, como por ejemplo internet que es la mayor biblioteca en la historia de la humanidad, y se promueve un mayor diálogo entre las diferentes disciplinas, o sea, la interdisciplinariedad, no restringida ya –repetimos– a las ciencias sociales sino ampliada a las demás ciencias, con proyectos que son modelo para el país y el mundo.

Desde 1985, cuando surgieron los primeros posgrados y un seminario sobre investigación, fue creado –por iniciativa de

El Maestro– el Instituto de Investigaciones hoy integrado por cuatro centros especializados y dos unidades de investigación e innovación, en el marco de un Plan Estratégico que busca superar los extraordinarios logros de su casi medio centenar de grupos de investigación, reconocidos en Colciencias; sus revistas indexadas, de carácter científico, y sus laboratorios de investigación, fuera de presidir las Redes Iberoamericanas de Investigación Científica y contar con cinco programas de Maestría (más que de las especializaciones, lo cual marca una diferencia con la mayoría de las universidades), con énfasis en investigación, además del plan de tres doctorados.

Como si eso fuera poco, existe el Grupo de Investigación sobre Pensamiento Complejo que cuenta a su haber con actividades como la realización de seminarios y publicaciones especializadas, la conexión a la Red Internacional de Pensamiento Complejo, una línea de investigación que se ha convertido en Doctorado, investigaciones con su vinculación al currículo de diferentes programas académicos y la consabida interdisciplinariedad, cuando no la transdisciplinariedad, que han hecho célebre en el mundo entero al profesor Edgar Morin, “padre del pensamiento complejo”, vinculado desde hace cerca de dos décadas a tan importante programa que es reconocido por su liderazgo en Colombia y América Latina.

Morin, a propósito, presidió en septiembre de 2009 el homenaje que la USB rindió a su vida y obra en la Cátedra América Latina José Consuegra Higgins, donde precisamente

El Maestro lo acompañó, en completo silencio, durante el solemne acto de instalación. ¡Fue como el encuentro de dos mundos, de dos universos intelectuales y morales, que seguían sosteniendo un diálogo permanente a través de sus libros, aunque no pudieran hacerlo de manera directa, como ambos con seguridad habrían querido!

3.6. Proyección social

A *El Maestro* ya lo hemos identificado como pionero de la moderna Responsabilidad Social Universitaria (RSU) y, en general, de la responsabilidad de las distintas organizaciones sociales, incluidas las empresas (RSE) y, sobre todo, de cada individuo, de cada uno de nosotros, que en el caso de las universidades se trata específicamente de directivos, alumnos, profesores y personal administrativo en su conjunto, pero también de sus egresados y los otros grupos de interés (comunidad, gobierno, empresas, etc.), considerados grupos externos, con quienes deben establecerse verdaderas alianzas estratégicas.

Volvamos ahora sobre el tema, aunque mirando la situación actual y sus principales tendencias, de cara al futuro.

Aquí nos encontramos, como algunos lectores lo habrán imaginado, en el Departamento de Extensión y Proyección Social, similar a los que hay también en los demás centros de educación superior del país. Y claro, en él se concentra ese tercer nivel considerado esencial en toda universidad,

referente a su función social que complementa las dos arriba mencionadas sobre docencia e investigación. Se trata, pues, de la RSU en la práctica, a través de programas y proyectos desde el propio Plan Estratégico, cuya consulta recomendamos a las personas interesadas.

La USB desarrolla, en el marco de su responsabilidad social, un Plan de servicio y desarrollo comunitario, orientado obviamente a la comunidad en un sentido bastante amplio (niños y adolescentes, adultos mayores, familia, mujer y vecindario, sector empresarial y otros servicios como las casas de justicia y el consultorio jurídico), población objetivo que se aborda con varios programas, de los cuales conviene hacer una rápida mención. Veamos.

Tenemos, por ejemplo, el programa “Escuela saludable”, cuyos ejes temáticos van desde la prevención del maltrato infantil y los derechos de la niñez hasta la formación de valores ciudadanos para la convivencia y la solución pacífica de conflictos; “Años de plenitud”, en beneficio de la tercera edad, con énfasis en las áreas recreativa, educativa y ocupacional; “Salud familiar y buen trato”, que “intenta –según los documentos institucionales– prevenir factores de riesgo y promover el desarrollo individual, la equidad de género y la integración familiar y vecinal”; “Empresa y medioambiente”, orientado al uso racional de los recursos naturales, con cuatro frentes de asesoría a organizaciones empresariales, sean familiares o pequeñas y medianas –Pymes–, e “Integración

social y desarrollo ciudadano”, en busca del desarrollo integral de la comunidad.

Existen, además, programas como el de Educación Continua a través especialmente de diplomados en Ciencias de la Educación, Ciencias Sociales, Derecho y Ciencias Políticas, Ciencias Económicas Contables y afines e Ingenierías; el de Egresados, con servicios de capacitación y actualización, intermediación laboral y asesoría para la organización profesional, y el de Preservación y promoción del patrimonio cultural que comprende tanto la arquitectura de Barranquilla como los museos Bibliográfico Bolivariano y de Autores del Caribe.

Por último, están los Servicios Externos y de Consultoría, los cuales incluyen asesoría, consultoría, asistencia técnica, interventoría y veeduría, donde participan “los diferentes programas académicos que han ido conformando unidades de negocios”, así como el programa de Divulgación, entre cuyos objetivos se destaca, como una expresión más del legado de *El Maestro*, “difundir el pensamiento y la cultura propia de la región”, además de “fomentar el diálogo con la comunidad local, regional y mundial” en los medios de información. ¡La presencia de José Consuegra Higgins está aquí presente, por donde uno mire!

En tales circunstancias, cabe concluir que la USB está comprometida de lleno con su responsabilidad social, es

decir, con la RSU que se promueve desde organismos como la Asociación Colombiana de Universidades (ASCUN) y el Observatorio de RSU donde participa con otras universidades para realizar proyectos como la identificación del llamado estado del arte en tal sentido, actividades que sin duda son la cabal prolongación del espíritu de su fundador, pionero –insistamos por enésima vez– de la responsabilidad social universitaria.

Como si eso fuera poco, la USB entrega anualmente el Premio al Mérito Empresarial en la categoría de RSE, prueba de su alianza estratégica con el sector privado y sus otros grupos de interés.

3.7. El sistema de bibliotecas

José Consuegra Higgins era un bibliófilo, amante de los libros. O un bibliómano, como todo intelectual que se respete. Su vida eran los libros, a través de los cuales veía el mundo, lo interpretaba y buscaba transformarlo especialmente con la educación, clave por excelencia –según decíamos atrás– del desarrollo.

La propia USB surgió en torno a su biblioteca, la suya, personal, que él donó al igual que el resto de fundadores, quienes creían con razón que lo más importante en la Universidad es el conocimiento, generado precisamente en la pasión por la lectura, por el estudio concienzudo de las obras de los más brillantes pensadores en la historia de la humanidad.

No concebían el mundo académico de otra manera, ni podían hacerlo.

Así nació lo que hoy se conoce como Sistema de Bibliotecas. Sí, nació en forma modesta, con libros regalados o prestados por los fundadores; luego, poco a poco, se amplió con las adquisiciones que fueron permitiendo los recursos propios (o sea, los excedentes que iban quedando en medio de la austeridad), y hasta con alguna donación que el Icfes –¡sorpresas del tiempo!– hizo en sus comienzos, acaso para ayudar a cumplir los requisitos legales de funcionamiento a esta nueva Corporación Educativa Mayor del Desarrollo Simón Bolívar, nombre de la USB en sus inicios.

Su mayor fortaleza, desde entonces, fueron las publicaciones sobre temas económicos y sociales, como era de esperarse con base en la formación y las hondas convicciones de *El Maestro*.

Y allí ha estado siempre, como también es obvio, la colección completa de la revista *Desarrollo Indoamericano*, creada –recordemos– en 1966, tras la histórica reunión de México que reclamaba a toda América Latina, con la voz autorizada de prestigiosos economistas de la región, la formulación de una Teoría propia, auténtica, para hacerle frente a la dependencia y el subdesarrollo estructural que aún padecemos.

Consuegra, claro está, era el fundador y director de la revista cuyos doce mil ejemplares se han distribuido sin ningún costo en numerosos países, especialmente en los centros universitarios, los cuales a su vez envían sus publicaciones en un intercambio que resulta de beneficio mutuo, manifiesta la solidaridad indispensable en el campo académico y contribuye a mejorar en forma significativa los recursos bibliográficos de la USB.

Y a medida que la Universidad crecía, dentro de aquel maravilloso proceso que describimos en las primeras páginas del presente libro, fue creciendo también el patrimonio bibliográfico, repartido en las edificaciones que iban apareciendo. Así, en la primera sede académica, nada menos que en su vieja casa republicana, se abrió la biblioteca especializada en Ciencias de la Educación, bautizada con el nombre de Francisco de Paula Santander, en honor al otro gran héroe de la independencia que, junto a Bolívar, sentó las bases jurídicas de la República.

La Casa de la Cultura, por su parte, albergó el Museo Bibliográfico de Autores del Caribe, conformado por más de mil quinientos volúmenes, así como el Museo Bibliográfico Bolivariano, con una cifra similar, el cual es también reconocido a nivel internacional, sobre todo entre los investigadores y organismos especializados en la vida y obra de *El Libertador*.

El 21 de diciembre de 1984 se creó la Biblioteca Central

‘José Martí’, en honor al símbolo de la revolución cubana (cuyas obras completas fueron donadas, con un busto en su memoria, por el gobierno de la paradisíaca isla caribeña), que integra las colecciones bibliográficas de las facultades de Derecho, Fisioterapia, Enfermería, Psicología e Ingeniería, con varias bibliotecas satélites: en Derechos Humanos, Humanidades y Posgrados, también con sus colecciones especializadas.

Mantiene, como quería su fundador, la especialización en Ciencias Humanas y Sociales, pero también en áreas de la salud, publicidad y ventas, ingenierías industrial y de sistemas, entre otras, de acuerdo con los programas existentes en la USB, a cuya información sus numerosos usuarios –profesores, investigadores y alumnos– pueden acceder a través del portal del Sistema de Bibliotecas de la institución.

En cuanto a la hemeroteca, formada desde 1986, fue el origen del posterior Centro de Documentación e Información en Ciencias Sociales y Humanas, convertido con el paso del tiempo en uno de los mejores centros hemerográficos de la región Caribe, el cual se ha fortalecido en los últimos años con los modernos recursos que ofrecen las tecnologías de la información y las comunicaciones –TIC– desde su nueva sede, localizada en el segundo piso de la sede número dos.

En 1994, al aparecer nuevos programas académicos de pregrado y posgrado en el marco del Plan Trienal de Desarrollo Institucional, se promovieron las bibliotecas

especializadas, como las del Instituto de Posgrados y el Instituto de Investigaciones y Educación Continuada, surgidas con la mirada puesta en el siglo XXI.

El Maestro estaría más que satisfecho en su condición de bibliófilo, amante de los libros y revistas, tarea a la que consagró la mayor parte de su vida.

3.8. La educación avanzada

José Consuegra Higgins es un maestro. *El Maestro*, le decimos. Por sus sabias enseñanzas, que hoy por fortuna podemos repasar en sus *Obras Completas*, publicadas en la USB; por sus clases que muchos recuerdan, donde ponía a prueba sus habilidades pedagógicas, didácticas, que hacían de la enseñanza un arte, no una simple técnica, para despertar el entusiasmo de sus alumnos por el conocimiento; y naturalmente por el culto a la educación, esa varita mágica del desarrollo que permite salir de la pobreza.

De ahí su insistencia en estudiar y ampliar cada vez más los límites de la capacidad intelectual, con mayor razón en la actual Sociedad del Conocimiento que dicen los expertos. Nunca podemos conformarnos con lo que sabemos, era su mensaje permanente.

Y por eso, a pesar de sus críticas a la especialización que restringe la universalidad, así como a la proliferación de títulos o al mismo uso de las modernas tecnologías, fue

quien le abrió paso en la USB a la nueva era de la educación avanzada, posterior a la formación de pregrado, desde las especializaciones y maestrías hasta los doctorados, la última fase en que ahora se encuentra. Hagamos un breve recorrido histórico al respecto, a manera de ilustración.

En efecto, fue durante 1992, desde la presidencia de Sala General, cuando se abrieron las primeras especializaciones en Gerencia Social, Derecho Administrativo y Gestión de Proyectos Educativos; luego, en 1995, la de Gobierno y Asuntos Públicos, mientras en los dos años posteriores se ofrecieron las de Gerencia en Salud y Seguridad Social, Familia y Salud Ocupacional, por lo que ya en 1997, apenas un lustro después de haberse comenzado este proceso, había siete programas en tal sentido y una cifra similar de proyectos.

Para entonces, el número de alumnos se acercaba a 600, quienes “habían colmado –según confirman los informes históricos– la capacidad física de las instalaciones existentes”.

En tales circunstancias, la construcción de una sede adecuada era necesaria, inaplazable. He ahí el origen del edificio de Posgrados, inaugurado el 17 de diciembre de 1998 (al cumplirse un aniversario más de la muerte de *El Libertador* en Santa Marta), acto donde Consuegra destacó, en su elocuente discurso, los cuatro pisos de la edificación y sus ocho salas principales en honor a “destacadas figuras, orgullo de la región costeña, en los campos del periodismo, la literatura, la universidad y la cultura en general”, según

la tradición iniciada por la USB –decía– “en los Museos del Periodismo y en su segunda sede académica, con la sala Jorge Artel”.

Recordemos esos nombres, como homenaje postrero: Juan B. Fernández Ortega, Pedro Pastor Consuegra, David Sánchez Juliao, Benjamín Sarta, Ramiro Moreno, Mario Ceballos Araújo, Alfredo Gómez Zurek y Roberto Burgos Ojeda.

En 2014, cuando escribimos estas notas, la lista de programas en posgrados asciende a 27 –¡un número superior al de los pregrados!–, con otros en camino, que son: ocho especializaciones, cuatro especialidades médico-quirúrgicas y catorce maestrías, más un doctorado –¡sí, un doctorado!– en Ciencias de la Educación, los cuales cuentan con 756 estudiantes, 26 salones, dos auditorios, una sala de informática con 27 puestos de trabajo, una sala de estudio para 25 alumnos y una biblioteca con 20 puestos habilitados, de acuerdo con los registros oficiales.

¡Quién iba a imaginar al principio, cuando la USB nacía en una modesta casa alquilada del barrio El Prado, tan extraordinarios avances institucionales, hasta llegar nada menos que a los niveles más altos de la educación en el mundo! ¡Es de veras un sueño hecho realidad!

El doctorado recibió la aprobación del Ministerio de Educación en 2012, a un año de cumplirse las cuatro primeras

décadas de haberse fundado la Universidad. Es en Ciencias de la Educación, como con seguridad lo habría deseado *El Maestro*, y una de sus líneas de investigación es sobre Pensamiento Complejo y Transdisciplinariedad con base en el modelo educativo de Edgar Morin, el célebre pensador francés que no sólo ha prestado su asesoría, por lo general a través de algunos de sus discípulos en la propia USB (el profesor Rubén Fontalvo, en primer término), sino que también preside el Comité Internacional del programa cuyos miembros del personal docente, nacionales y extranjeros, poseen su correspondiente título de doctor o PhD.

En el doctorado hay tres núcleos integradores, con sus correspondientes líneas de investigación: Educación, Pedagogía y Currículo e Investigación y Producción Científica, con Énfasis y profundización Inter y Transdisciplinar, según reza el plan de estudios que insiste en cómo “desde esta perspectiva la Universidad Simón Bolívar fortalece su posicionamiento, a la luz de su intervención científica y académica, en el desarrollo socioeducativo en el Caribe colombiano”.

Dicho posicionamiento o liderazgo regional se ha consolidado con el programa posdoctoral y los nuevos posgrados, incluyendo otros doctorados (por lo pronto, en Ciencias Sociales y Humanas, Administración y Psicología), pero igualmente hacia fuera, lejos de las fronteras nacionales, en el marco de la internacionalización, de cara al siglo XXI.

Es como si la USB aspirara a tener tanto futuro como pasado, lejos de quedarse en el recuerdo, en los días gloriosos de antes, en la nostalgia por lo que alguna vez fue o dejó de ser. Aquí la sombra de *El Maestro*, como en tantos otros aspectos, sigue presente.

3.9. En el camino de la acreditación institucional

Al iniciarse el tercer milenio, en el año 2001, la USB creó un modelo de autoevaluación y autorregulación académica en aras de mejorar cada vez más la calidad de sus servicios.

Lo adoptó, repetimos. No lo adaptó de otros modelos, de los cuales el suyo fuera una simple copia. No. Fue algo propio, en respuesta a la vieja exigencia de Consuegra Higgins sobre la Teoría propia, auténtica, que nuestros países requieren para superar la dependencia y el subdesarrollo estructural, dando por fin el anhelado salto al desarrollo. Era, pues, seguir de nuevo sus pasos, sus huellas y, en definitiva, el camino trazado por él desde 1973, cuando su mayor propósito era la excelencia académica, educativa, en su amada Universidad.

Ahora bien, todo esto sirvió para los posteriores procesos de acreditación o reacreditación, regulados por las máximas autoridades universitarias del país (el Ministerio de Educación Nacional, en primer término), cuyos resultados positivos sólo aparecen tras intensos esfuerzos, dentro de las mayores exigencias, por parte de los pares académicos, quienes evalúan los programas impartidos y hasta la misma

institución para otorgar –o rechazar, que es otra opción– la alta nota de la acreditación, una especie de certificado o sello de calidad, necesario para ser competitivos en la actual sociedad del conocimiento.

La USB, por consiguiente, no era, ni es, ni podía ser la excepción a la regla.

Por fortuna –repetimos–, adoptó ese modelo propio, que le ha servido en gran medida para dichos procesos de acreditación. Pero también le fueron útiles, acaso más todavía que cualquiera otra cosa, las tesis expuestas por *El Maestro* en sus numerosos libros y documentos sobre la USB, donde siempre están presentes su vasta formación intelectual, la profundidad de sus conceptos, el rigor metodológico característico de un investigador y científico social de su categoría, con aquellas claridad y capacidad de convicción que los mencionados evaluadores aún hoy le reconocen.

En efecto, los procesos en cuestión comprenden la consulta de los grupos internos (profesores, estudiantes, personal administrativo) y externos (egresados, empresas, gobierno, etc.) con relación a la Universidad, lo cual implica tanto la transparencia debida en sus operaciones –algo indispensable a la luz de los principios éticos dada la condición de moralista que hemos subrayado de *El Maestro* en repetidas ocasiones–, como el pensamiento crítico en que se sustenta, y la metodología participativa, democrática en sentido estricto,

que parecen hacer eco a las ideas-fuerza expuestas en el capítulo anterior.

Ni para qué hablar de la pertinencia entre lo académico y lo social, básica igualmente en materia de acreditación. Al fin y al cabo era eso precisamente lo que invocaba Consuegra en sus escritos, aun antes de la fundación y con mayor razón mientras la Universidad estuvo bajo su mando, pues no concebía a la educación sin volcarse a la sociedad, sin contribuir en forma significativa a resolver nuestros graves problemas sociales, sin su papel protagónico, decisivo, en la transformación social, fruto de su formación marxista y el socialismo democrático que no dejaremos de subrayar.

Y cuando los pares académicos reclaman que el elemento social esté incorporado a los distintos programas, así como que haya una estrecha relación entre la docencia, la investigación y la proyección social, no podemos menos sino concluir que ellos, acaso sin darse cuenta, están repitiendo las tesis de quien fuera uno de los más representativos líderes académicos de América Latina en la segunda mitad del siglo pasado, quien se anticipó a muchos de los lineamientos que hoy están de moda, como la Responsabilidad Social Universitaria (RSU), de la que fue uno de sus pioneros según vimos en las páginas precedentes.

De hecho, y aunque a veces se pongan en tela de juicio los dispendiosos trámites y procedimientos que deben cumplirse

o la camisa de fuerza que representan y hasta la pérdida de autonomía universitaria que muchos invocan, no siempre con razón, lo cierto es que tales procesos generan múltiples beneficios, de los cuales la USB puede dar constancia.

Así, entre 2009 y 2011 se acreditaron los programas de Psicología (reacreditado por seis años), Administración de Empresas e Ingeniería de Sistemas, mientras se está a la espera de obtener dicho reconocimiento en Fisioterapia e Ingeniería Industrial, completando en esta forma los cinco programas que son requisito ineludible para la acreditación institucional.

Como si fuera poco, en 2014, tras cumplirse 40 años de la fundación, se busca ampliar ese reconocimiento de calidad a los programas de Trabajo Social, Derecho y Medicina, hasta completar diez antes de terminar el quinquenio 2013-2017, habiéndose procedido ya a la entrega del documento sobre los requisitos esenciales para la acreditación institucional y el correspondiente avance en el proceso de autoevaluación exigido. ¡Es apuntar a lo más alto en la excelencia académica, como fue el afán permanente de *El Maestro* a lo largo de su prolongada existencia!

3.10. En la hora de la internacionalización

Consuegra Higgins fue un crítico implacable del neoliberalismo y la globalización, según veíamos en el capítulo anterior con base, además, en nuestro ensayo biográfico sobre *El Maestro* y en los prólogos a varios tomos

de sus *Obras Completas*. Rechazaba, como sabemos, el libre comercio, fuente a su vez de los tratados que llevan ese nombre –TLC–, por considerar que sólo favorecen a los países del Norte, ricos, poderosos, acentuando así la dependencia y el subdesarrollo, mientras la sociedad global deja al mundo a merced de las empresas multinacionales, dando al traste con el apenas incipiente desarrollo local. ¿Cómo aceptar, entonces, la internacionalización en que ha entrado la USB durante los últimos años? ¿Cómo?

Para empezar, sus cuestionamientos a ese modelo son compartidos hoy por autores como Joseph Stiglitz, Premio Nobel de Economía, quien muestra precisamente en sus libros “el malestar en la globalización” por fenómenos como la creciente brecha entre países ricos y pobres, sinónimo de la desigualdad social; él, por su lado, era amigo del internacionalismo, así éste fuera, opuesto al de ahora, de carácter “proletario”; y, de otra parte, trascendía la visión localista, provinciana, por medio de su muy conocido latinoamericanismo bolivariano, sin fronteras nacionales en nuestra región, con cuyos países (Venezuela, México, Cuba, Argentina...) mantuvo estrechas relaciones personales y académicas. *El Maestro* era un ciudadano del mundo, con dimensiones universales.

Esta última visión fue precisamente la que se terminó imponiendo a nivel institucional. En efecto, la Oficina de Relaciones Internacionales de la USB se creó en 2007, pero

en tan corto tiempo, con poco más de un lustro de existencia, ha tenido un crecimiento exponencial, vertiginoso, como tenía que ser en las circunstancias actuales, signadas por la tecnología más avanzada en la historia de la humanidad, por los cambios continuos, acelerados, en cuestión de segundos, y porque al fin y al cabo de ello depende su competitividad, pues no hacerlo sería quedarse rezagada, obsoleta, en la nueva Sociedad del Conocimiento. El mundo ha cambiado por completo, en verdad.

Volvamos la mirada al Plan Estratégico 2013-2017 que nos ha servido de guía en el presente capítulo. Para empezar, tras exponerse la misión y la visión con sus principios y valores, se aborda el análisis del contexto y aquí aparece, en primer lugar, el contexto mundial, precediendo incluso al nacional y al regional, prueba rotunda de su férreo compromiso con la internacionalización, entendida precisamente como su principal apuesta hacia el futuro, su estrategia por excelencia, su mayor reto. No es poca cosa a lo que ahora estamos enfrentados.

Según el documento a que aludimos, la globalización ha trascendido la esfera económica para incursionar “en el ámbito de lo social”, tanto que ni siquiera la educación se libra de su enorme influencia, de su alto impacto y de las múltiples y duras exigencias que le representa, las cuales van desde su orientación hacia lo internacional y la ponderación de lo multicultural hasta sus elevados estándares en el

mercado laboral, con el mejor talento humano para competir, y la necesidad de mayor adaptabilidad, pasando por el manejo emocional en circunstancias volátiles (inteligencia emocional, mejor dicho), la citada preeminencia de la tecnología –en especial, las tecnologías de la información y las comunicaciones, TIC– y el requisito obvio de una segunda lengua.

Retoma, sin embargo, la visión latinoamericanista, particularmente sobre el movimiento pedagógico con énfasis en la investigación, pero siempre en “comparación con estándares internacionales”, a los que no puede ser ajeno. Al respecto, la USB destaca importantes desarrollos en epistemología de la pedagogía, constructivismo, pensamiento crítico y pensamiento complejo, transdisciplinariedad, educación por competencias y virtual, ludocreatividad y, claro está, internacionalización de la educación superior, “lo cual plantea –concluye– posibilidades desde el punto de vista curricular y de la adopción de nuevas estrategias pedagógicas”. No es poca cosa, insistamos.

De igual manera, la USB, trascendiendo el simple cuestionamiento a la globalización para aceptar su realidad y asumirla como un reto, tiene la Cátedra América Latina y las asignaturas de economía política –con una posición defensiva de la región– en los programas de Administración de Empresas, mientras la Teoría propia, sobre la dependencia y el subdesarrollo estructural, se aborda en el Doctorado de

Administración, guiados por pensadores como Prebisch y Consuegra Higgins.

Lo anterior implica, en la práctica, que la dimensión internacional sea de carácter transversal y esté, por consiguiente, en todos los programas académicos, sin excepción; que forme parte esencial de la educación impartida en la docencia, la investigación y la función social, las tres áreas fundamentales de la Universidad en el marco de la RSU; que se suscriban más y más convenios internacionales (64 en la actualidad), con universidades de América, Europa y Asia en una larga lista encabezada por España, México, Brasil, Argentina y Cuba; que la USB pertenezca a varias redes mundiales de universidades de alto nivel académico, y que esté en marcha un programa de intercambio estudiantil, sea porque llegan de otras nacionalidades –Chile, México, España...– o porque sus alumnos viajen al exterior, como sucede con algunos de Medicina que hacen su pasantía clínica en un prestigioso hospital norteamericano.

Como se ve, la USB empieza a adquirir una auténtica proyección internacional, aquella que paradójicamente –¡sorpresas del tiempo!– permite también proyectar la imagen de *El Maestro*, su pensamiento y su obra, pero sobre todo su gran realización académica o educativa, a nivel internacional, más allá de las fronteras patrias e incluso de su amada Indoamérica, como él se lo merece. ¡Enhorabuena!

3.11. La cátedra de *El Maestro*

Sí, es una cátedra en su honor. Y como tal, lleva su nombre. Es la Cátedra América Latina José Consuegra Higgins, dictada por prestigiosos académicos del país y el exterior, amigos suyos en muchos casos, quienes disertan sobre temas universitarios, sociales, económicos, políticos y culturales, en amplios y profundos foros o seminarios que suelen prolongarse durante varios días, desde el mismo acto de instalación que presidió en su mutismo absoluto, sea con la presencia física –siempre junto a su esposa Anita– o de manera virtual, según lo hizo al iniciarse la celebración, en noviembre de 2012, de los 40 años de fundación de la USB. ¡No podía ser de otra manera!

La Cátedra se abrió formalmente en 2009, aunque ya antes fue inaugurada en una charla informal pero con la solemnidad característica de los actos relacionados con el rector-fundador, donde participaron David Sánchez Juliao, Jorge Greco, Julián Sabogal, Horacio Gómez Aristizábal, Ignacio Consuegra Bolívar y quien esto escribe, entre otros que exaltamos la vida y la obra de *El Maestro*, la conveniencia y la necesidad de mantener vigente su gran legado intelectual, o simplemente para manifestar el deseo sincero, hondo, auténtico, de recordarlo, tenerlo presente, no dejarlo ir a pesar del paso incontenible del tiempo y evitar, a toda costa, que él sufriera esa “peste del olvido” –según la llama García Márquez– de que han sido víctimas hasta los más importantes personajes históricos de nuestro país.

En 2009 se dictó la primera Cátedra con bombos y platillos, nada menos que con la participación de Edgar Morin, “padre del pensamiento complejo”, uno de los máximos pensadores del último siglo en el mundo, quien prolonga la tradición de autores franceses que han marcado a la cultura occidental desde Descartes y Rousseau hasta Bergson y Sartre, para mencionar unos pocos.

“Educación y sociedad latinoamericana: Una mirada desde el pensamiento complejo”, fue el tema central del encuentro, realizado entre el 7 y el 9 de septiembre en el Teatro José Consuegra Higgins, hermoso lugar bautizado también así en honor a *El Maestro*, quien observaba en su silencio al ilustre visitante.

Allí se habló, entre muchas otras cosas, de educación y complejidad, ética y responsabilidad social, la nueva revolución copernicana que representan las tesis de Morin, los saberes necesarios para enfrentar la crisis actual de la civilización y, como era apenas lógico, el pensamiento complejo, cuyo autor, de prestigio universal, impartió sus lecciones de sabiduría, recibió múltiples homenajes, sostuvo un diálogo conmovedor con niños y jóvenes de los centros educativos de la ciudad, fue galardonado con el título de Doctor Honoris Causa en Ciencias de la Educación y, por último, bailó cumbia en ‘La Cueva’, con sus más de 80 años encima, mientras se despedía para seguir su gira por Cartagena, Medellín y Bogotá. ¡Barranquilla, pues, lo recibió con los brazos abiertos!

En 2012, la Cátedra coincidió con la iniciación de los festejos del cuadragésimo aniversario de la Universidad, esta vez en torno a José Consuegra Higgins, el ilustre fundador, y a su maestro de juventud, Antonio García Nossa, quien dirigió –recordemos– su tesis de grado, presidió el partido socialista colombiano al que el joven gaitanista se vinculó mientras cursaba estudios de Economía en la Universidad Nacional en Bogotá, y de quien fue además uno de sus mejores amigos, con quien compartía los ideales de justicia social, humanismo integral, libertad para nuestros pueblos y pasión por la cultura en sus múltiples manifestaciones.

¡Consuegra y García volvieron a estar unidos por varias horas, por varios días, desde el 13 hasta el 15 de noviembre, negándose a desaparecer, abandonarnos y dejarse llevar por la terrible muerte, sombría y definitiva! ¡Estaban juntos, como antes! ¡Todos los demás participábamos de tan grato encuentro!

Como si lo anterior fuera poco, la Cátedra coincidió con el Simposio Internacional de Genética, con expertos provenientes de universidades españolas y científicos colombianos como Jorge Reynolds (inventor del marcapasos), quienes se sumaron, junto a numerosos invitados especiales y cientos de estudiantes y profesores, a la magna celebración de los 40 años de fundación de la USB, donde el nombre de *El Maestro* se repetía por todos lados en medio de sentidos elogios y cálidos aplausos.

¿Recuerdan ustedes, queridos amigos, lo que había sucedido cuatro décadas atrás, cuando el entonces rector de la Universidad del Atlántico fue expulsado y debió refugiarse en la Escuela de Bellas Artes, de donde saldría para fundar su propia universidad? ¿Lo recuerdan?

3.12. *Del recuerdo a la semblanza*

Tras los saludos de rigor a los miembros de la mesa principal y al público asistente que llenó el amplio y confortable Teatro José Consuegra Higgins, el presentador se centró en la figura de *El Maestro*, a quien exaltó como escritor y periodista, economista y académico, político e historiador, resaltando su condición de profesor, decano y rector en varias universidades del país y el exterior, así como el hecho de pertenecer a las Academias de la Lengua, de Historia y de Ciencias Económicas, entre las múltiples distinciones que había recibido a lo largo de su vida, la cual se acercaba a la avanzada edad de 90 años. Él, sin embargo, era el gran ausente en la ceremonia, a quien todos, sin excepción, extrañábamos.

Pero, estaba presente de todos modos. No sólo por las referencias personales a que acabamos de aludir sino por el video que vino a continuación, en el que se recreó su trayectoria vital e intelectual, desde la lejana infancia en el corregimiento de Isabel López —que inmortalizó en las bellas páginas autobiográficas: *Del recuerdo a la semblanza*— hasta el paso por el colegio San José de Barranquilla —donde tuvo entre sus discípulos a Gabriel García Márquez, en franca

competencia literaria— y los estudios de Economía en la Universidad Nacional, en Bogotá, por la cordial sugerencia del caudillo Jorge Eliécer Gaitán y la generosa acogida de Gerardo Molina y Antonio García, con quienes fundara el partido socialista colombiano.

Allí se habló, además, sobre su participación decisiva en el máximo organismo de planificación del país, durante el gobierno conservador de Guillermo León Valencia, mientras, con el énfasis debido, se destacaba su vasta producción bibliográfica que comprende libros como *Apuntes de Economía Política*, *Antología del Pensamiento Social y Económico de América Latina*, *Cómo se reprime la universidad en Colombia*, *Teoría de la inflación*, *La planeación en Colombia*, *Las ideas económicas de Simón Bolívar* y *Las sorpresas del tiempo*, entre muchos otros cuyas portadas fueron apareciendo en la pantalla desplegada sobre el escenario, donde las miradas del público se posaban con admiración, como justo reconocimiento.

Y claro, la emocionada voz del locutor habló de la revista *Desarrollo Indoamericano*, fundada también por Consuegra en 1966, ahora con 125 ediciones auestas y siempre como órgano de expresión de la Teoría propia de América Latina en sus aspectos económicos, sociales, políticos y culturales, que en algún momento fue considerada la mejor de su género en el mundo por una prestigiosa asociación —¡sorpresas del tiempo!— norteamericana. Como era de esperarse, allí se mencionó, aunque fuera de pasada, la célebre reunión de

México, aquella que le dio origen y en la cual el entonces profesor de la Universidad de Cartagena asumió el reto de sacar adelante dicha publicación que va rumbo a su medio siglo de existencia.

Hasta cuando llegó la creación de la Universidad Simón Bolívar, bautizada en un principio como Corporación Educativa Mayor del Desarrollo Simón Bolívar, que abrió sus puertas el primero de marzo de 1973 en una casa alquilada del barrio El Prado, debajo de un árbol gigantesco, con el propósito de hacer realidad los sueños democráticos, de justicia social, que inspiraban a su fundador, José Consuegra Higgins, y a quienes lo acompañaron en esa loable aventura académica a la que algunos críticos le auguraban un rotundo fracaso.

La USB nació, sí, en la casita del barrio El Paraíso, en un quiosco con techo de paja, tras la expulsión, gracias a la represión militar por orden oficial, de la Universidad del Atlántico, y al buscar como último refugio a la Escuela de Bellas Artes, situada precisamente –¡sorpresas del tiempo!– donde hoy se levanta la imponente Casa de la Cultura, réplica de la residencia de Charles Chaplin en la costa mediterránea. ¡Una historia que parece de fantasía, fruto apenas de la desbordante imaginación propia del espíritu caribeño!

Luego, como tenía que ser, se hizo un alto elogio de doña Anita, la esposa inseparable, colaboradora insustituible de tantas empresas, cómplice de tantas ilusiones, confidente de tantas horas, amiga, madre y abuela que nunca deja

de irradiar bondad, sonreír en medio de las dificultades, alegrar a los demás con sus palabras de aliento, compilar la invaluable Historia Gráfica de la Universidad y hacer gala a cada momento de su sencillez, su tranquilidad de conciencia, sus fuertes creencias religiosas y sus anécdotas maravillosas que tanto celebraba *El Maestro* mientras decía, con su humor característico, que ella era su ‘computadora’ en lugar de las otras, las de la era electrónica, que ni siquiera sabía manejar. “Es el amor hecho entrega y servicio”, concluía el video en forma acertada.

Al final, cuando todos creíamos que la proyección terminaba, apareció en la pantalla, sin previo aviso, la imagen de José Consuegra Higgins, *El Maestro*, acompañado por su esposa y su hija Anita, quienes veían con satisfacción que él se dirigiera al público, leyera una hoja de papel y dijera en voz alta pero débil, gastada, haciendo un gran esfuerzo y acaso sin darse cuenta, unas pocas palabras que retumbaron en el auditorio: “Muchas gracias por asistir a la celebración de los 40 años de nuestra Universidad Simón Bolívar”. Sonrió, como si de nuevo celebrara la misión cumplida, mientras sus dos amadas mujeres lo abrazaban tiernamente y besaban en la frente, entre los estruendosos aplausos del público.

A muchos asistentes se nos llenaron los ojos de lágrimas, presas del dolor y la nostalgia. El video había terminado, igual que la breve ceremonia inaugural. Por un momento, sólo quedó el vacío, un vacío profundo en el alma.

Epílogo



El 28 de diciembre de 2013, en medio de las festividades navideñas y del fin de año, Barranquilla se despertó con una noticia muy triste: *El Maestro* José Consuegra Higgins había fallecido en la madrugada, tras varios días de permanecer en sala de cuidados intensivos por sus graves problemas de salud que afrontó con estoicismo pero aferrado a la vida, luchando como siempre, como si no quisiera dejar a los suyos, a su familia, a doña Anita, a sus hijos, nietos y biznietos, ni a sus amigos, a sus numerosos amigos, ni a su Universidad, ni a su ciudad, ni a su país, ni a su Indoamérica del alma.

Era el Día de los Santos Inocentes, según la tradición católica. De hecho, él ya se encontraba desde hacía varios años en estado de inocencia, víctima de una terrible enfermedad, y por ende era como un niño, aunque dejando traslucir en sus ojos la paz interior, fruto de la bondad que irradió durante 89 largos años. “Fue también uno de los Santos Inocentes”, dijo alguien al recordar la dolorosa muerte de numerosos niños judíos, víctimas del poderoso imperio romano, poco después del nacimiento de Jesús en Belén.

Su familia estaba destrozada, con una tristeza enorme, sin límites. Doña Anita, en primer lugar, se veía traspasada

por una espada, inconsolable, junto a su hija Ana, sin alejarse nunca del féretro donde yacía su amado esposo, pero fue acaso él quien le dio fuerzas para resistir tan rudo golpe, del cual nunca pensaba que podría levantarse. Se animó, por fortuna, con la celebración de la sagrada eucaristía, durante la velación, cuando el sacerdote le pidió a Dios mantener la esperanza y darles consuelo por la ausencia definitiva de quien “ha sido llamado a la casa del Padre”, cuya voluntad –agregaba– debemos aceptar aun en las situaciones más difíciles.

En ese momento, la noticia se había regado por todas partes. Publicada por los principales periódicos nacionales, transmitida por la radio y la televisión, compartida de inmediato en las redes sociales por sus millares de alumnos a lo largo de varias décadas, desató un sentimiento de pesar generalizado, de angustia por la desaparición de este gran hombre, sobre cuyas vida y obra, repasadas en detalle, se hacían los mayores elogios, describiéndolo como un auténtico modelo a seguir.

Llegaban más y más mensajes de condolencia, más y más coronas de flores que él tanto admiraba, hechos que al día siguiente, el domingo 29 de diciembre, se repitieron y multiplicaron al cumplirse las honras fúnebres en su teatro, el Teatro José Consuegra Higgins, donde estuvo en cámara ardiente, custodiado por las banderas de Colombia y la Universidad Simón Bolívar, mientras una muestra de sus decenas de libros lo acompañaban, dejando constancia de que su espíritu estaba todavía presente, dispuesto a hablarnos.

El teatro permanecía repleto, en silencio absoluto. Fue entonces cuando las máximas autoridades eclesiásticas de la región presidieron una segunda eucaristía, cuyo evangelio se refería esta vez a la Sagrada Familia, en recordación de la célebre huida a Egipto, y por ende los cientos de asistentes no pudieron menos que pensar en la familia Consuegra Bolívar, en el padre y abuelo que fuera un verdadero patriarca a la manera de personajes bíblicos, en los fuertes lazos de sangre que los unían y que no podrían, a pesar de todo, romperse, ni mucho menos separarlos.

El jerarca de la Iglesia hizo un llamado para que esos valores familiares tuvieran plena vigencia, al tiempo que recordaba su mensaje de fe en la otra vida, en la vida eterna, en la resurrección al final de los tiempos. “Los cristianos no hablamos de muerte sino del fin de la primera parte de nuestras vidas”, dijo.

Al término de la ceremonia religiosa, el coro estudiantil entonó el himno de la Universidad, el mismo que se interpretó por primera vez en sus comienzos, cuando un joven estudiante de Derecho lo compuso, inspirado por la magna obra que abría las puertas hacia un mejor futuro, gracias a la educación:

*“Soy la llama procera que ofrece / en los claustros,
radiante, el saber / a este mundo colmado de bienes, / repleto
de amor y de paz y de fe... / Tras las metas gloriosas del arte,
/ del deporte y la ciencia social, / nuestras almas conducen la*

antorcha / que despide su lumbre, ¡Oh, luz inmortal! / ¡Simón Bolívar, ciencia y libertad! / ¡Simón Bolívar, tu Universidad!”.

En las horas siguientes, hasta cuando partió el desfile mortuorio a los Jardines de la Eternidad, se leyeron más y más mensajes de reconocimiento a Consuegra Higgins, enviados por autoridades públicas, privadas y académicas de Barranquilla, el departamento y la región Caribe, el país y el resto de América Latina, a los que hacían eco las continuas intervenciones de personas que hablaban de su humanismo y bondad, su integridad o autoridad moral y, en definitiva, sobre sus virtudes excepcionales como dirigente político, escritor y académico, economista y pensador social.

El rector ejecutivo, José Consuegra Bolívar, agradeció en nombre de la familia este “caluroso acto” para despedir a su padre de la vida terrenal y ratificó el férreo compromiso, como máxima autoridad de la Universidad en representación suya, de preservar su legado y engrandecerlo –dijo con elocuencia– por la libertad de nuestro pueblo, basado en sus profundos valores éticos, como la solidaridad.

“Le diremos adiós a su cuerpo, pero sus ideas quedan”, declaró mientras anunciaba que en 2014 se avanzaría con paso firme hacia la acreditación institucional ante el Ministerio de Educación, la cual será –observó– el mejor regalo para él, para José Consuegra Higgins, quien dedicó su vida a lograr una educación superior con calidad, único medio efectivo

para la transformación necesaria de nuestra juventud y para el desarrollo social.

“Los invito a que nos acompañen ahora –expresó compungido, con voz temblorosa– hacia los Jardines de la Eternidad”, donde por cierto –aclaró– se había encontrado un sitio, más bien discreto, donde *El Maestro* se sentiría a gusto, como él mismo lo hubiera deseado.

En efecto –observó, emocionado–, cuando pocas horas antes había ido al camposanto para escoger la que sería su última morada, vieron a lo lejos, como si los estuviera esperando, un hermoso árbol de almendro, similar al que en los albores de la Universidad, durante el solemne acto de iniciación de las labores académicas, cobijó con su sombra ‘al doctor Consuegra’ en el momento de pronunciar su discurso de bienvenida a los primeros estudiantes, hace 40 años, el primero de marzo de 1973.

Y es que el árbol de almendro –explicó– nunca pierde sus hojas en verano, ni en invierno, por lo cual su espeso follaje es permanente, igual que su sombra, aquella que le seguirá dando, por siempre, a su ilustre padre.

“Nosotros seguiremos recibiendo de él, también por siempre, sus sabias enseñanzas”, concluyó en tácita alusión a que él, desde la fundación de la Universidad, ha sido quien

cubre y da su sombra permanente a la Simón Bolívar, como un imponente árbol de almendro.

La USB ha estado y seguirá estando “a la sombra de *El Maestro*”, según hemos dicho desde un principio.



El cortejo fúnebre fue avanzando con lentitud. El rector y su esposa presidían, a pie, esta marcha dolorosa, seguidos por una larga caravana de vehículos, con coronas de flores, tras haberse modificado, por disposición de las autoridades municipales, el tráfico vehicular en la ruta correspondiente para evitar las previsibles congestiones de tránsito desde el barrio El Prado hasta el cementerio en la vía a Puerto Colombia.

Al llegar a su destino, con el féretro al borde del sepulcro de tierra y debajo obviamente del árbol de almendro, Ignacio Consuegra Bolívar, vicerrector de Infraestructura en la USB, tomó la palabra para exaltar otra vez la memoria de su padre, dejarle un paquete de libros y CD (con los escritos y las voces de Neruda, Gaitán y García Márquez, algunos de sus fieles e inseparables compañeros de viaje), y pedir no un minuto de silencio sino un minuto de aplausos en su honor para despedirlo, para darle el adiós definitivo a quien –dijo, para terminar su conmovida intervención– “murió anclado al mar de sus convicciones, sin haberse nunca doblegado”.

De inmediato, los aplausos estallaron en la multitud y se fueron prolongando hasta caer en el silencio, mientras se alejaban los rostros tristes, apesadumbrados.

Aquella noche, tal como había sucedido desde la noche anterior de un 28 de diciembre cuando se suele celebrar con alborozo la llegada del nuevo año, habría un silencio absoluto en el corregimiento de Isabel López, como si todos allá se hubieran quedado huérfanos, sin padre. Y ‘El niño Joche’ volvería, con seguridad, a hacer sus travesuras por las calles de polvo, por el alto de La Loma, por la iglesia y el colegio Ana Bolívar de Consuegra, por los vastos pastizales y los palos de mango, persiguiendo a su perro ‘Tigelino’, herencia de ‘papá Ignacio’.

Iría en busca, a lo mejor, de un árbol de almendro, para cobijarse con su sombra...

A LA SOMBRA DE EL MAESTRO

les y literarios, entre los que se destacan *El pensamiento político de Gaitán, Líderes empresariales, 50 protagonistas de la economía colombiana* y *¿Qué hacemos con Colombia?*

Su libro *El Maestro*, sobre la vida de José Consuegra Higgins, fue reconocido como La Mejor Biografía del Año en 2002 por la Asociación Internacional de Escritores y Artistas –IWAA– en Estados Unidos.

La editorial Digital Reasons, en España, acaba de publicar su más reciente obra: *Liderazgo con valores*, en la colección Argumentos para el siglo XXI.

Ha sido director ejecutivo del Instituto Latinoamericano de Liderazgo –ILL–, donde tuvo a su cargo el área de Responsabilidad Social Empresarial, tema al que se ha dedicado en los últimos años, con tres libros publicados: *RSE: Lecciones, casos y modelos de vida, Nuevas lecciones de RSE y Principios de RSE*. Fue asesor de la Dirección Ejecutiva de la Asociación Colombiana de Universidades –ASCUN– sobre Responsabilidad Social Universitaria.

Es presidente de la firma RSE Consultoría, asociada al ILL, y nuevo director de la revista *Desarrollo Indoamericano*, fundada en 1966 por José Consuegra Higgins, además de prestar servicios de asesoría sobre Responsabilidad Social Empresarial a la Universidad Simón Bolívar.

Con la doble satisfacción que puede sentirse al leer un libro que recrea la historia de vida de su padre, y simultáneamente la de la institución en la que labora, repasé feliz y orgulloso las páginas de este bello parto intelectual del distinguido amigo Jorge Emilio Sierra Montoya.

Durante los momentos de lectura de la obra, viví plenamente su fascinante esencia de escritor y sus virtudes de periodista e historiador, donde logra entrelazar el discurrir histórico con el tiempo presente, en un lenguaje sencillo, accesible y ameno que convierte al lector en un viajero que viene y va por el tiempo y le permite conocer con cercanía cada uno de los momentos trascendentales de la vida académica de *El Maestro* José Consuegra Higgins y de los 40 años de historia de la Universidad Simón Bolívar.

Se siente en este texto la madurez de historiador y biógrafo lograda después de sus exitosos libros *José Consuegra Higgins: El Maestro*, *Jaime Sanín Echeverri: Un humanista integral* y *Jaime Posada: El poder de las ideas*, publicados por la Asociación Colombiana de Universidades –ASCUN– y varias universidades colombianas, sin perder su lenguaje cercano y cálido derivado de sus más de cuatro décadas de ejercicio del periodismo.

Es un libro que atrapa por el encanto de la narración y lo sencillo de su prosa. Le cabe en toda su extensión el refrán popular: “Sencillo y bueno, doblemente bueno”.

Existen acá todos los ingredientes para asegurarle al lector varias horas de amena y deliciosa lectura. Se unen la excelsa pluma, la temática interesante y la vivencia en primera persona de lo narrado por el autor, gran amigo y admirador de *El Maestro* José Consuegra Higgins y su principal obra, la Universidad Simón Bolívar.

José Consuegra Bolívar
Rector Universidad Simón Bolívar

EDICIONES
UNIVERSIDAD
SIMÓN BOLÍVAR

ISBN 978-958-8715-51-3



9 789588 715513